LIBRO dot.com

ANTES DE ADAN

Jack London



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

"Esos son nuestros antecesores, y la suya es nuestra historia. Recordadlo. Tan seguro como que un día, dejando el balanceo de los árboles, comenzamos a caminar erguidos, es que en más lejanos días nos arrastramos desde las orillas del mar, para realizar nuestra primera aventura terrena."

CAPITULO PRIMERO

¡IMÁGENES! ¡Imágenes! ¡Imágenes! Muy a menudo, antes de averiguarlo, me he preguntado de dónde vendrían la multitud de escenas animadas que poblaban en tropel mis ensueños; porque en la vida real, no había visto nunca nada semejante a las imágenes de mis sueños. Ellas torturaron mi infancia, convirtiendo mis noches en procesión de pesadillas; ellas me convencieron, poco después, de que yo era diferente de mis semejantes, criatura innatural y maldita.

Sólo durante el día lograba algo de felicidad. Mis noches señalaban el comienzo del reino del terror. ¡Y qué terror! Me atrevo a afirmar que ninguno de los hombres que han hollado la tierra se vio jamás atormentado de un terror semejante y tan intenso como el mío. Porque el mío es el terror de remotísimos tiempos, el terror desenfrenado del mundo primitivo. En resumen, era el terror que imperaba, supremo, en el período que llamamos Pleistoceno Medio.

¿Qué es lo que quiero decir? Veo que necesito explicarme antes de que pueda relataros la sustancia de mis ensueños, porque, si no, nada comprenderíais de lo que yo tan bien conozco. Según voy escribiendo estas líneas, se enhiestan ante mí en vasta fantasmagoría los seres y los acontecimientos de aquel otro mundo, y comprendo que no tendrían significado alguno para vosotros.

¿Qué veríais en la amistad de Oreja Caída, en la cálida mirada de mi Dulce Alegría o en la lujuria y atavismo de Ojo Bermejo? Una incoherencia aturdidora, no más. Y una aturdidora incoherencia serían también para vosotros las gestas de los Hombres del Fuego, de los Pueblos de los Árboles y el guirigay de los ruidosos concilios de las hordas. Porque ignoráis la paz de las cuevas frías de los peñascales y los círculos que se formaban en los abrevaderos al caer del día. No habéis sentido nunca la mordedura del viento matinal en las copas de los árboles, ni es dulce a vuestro paladar el sabor de las cortezas tempranas de los troncos.

Me atrevo a decir que será lo mejor que os lleguéis a esta historia, como yo mismo lo hice, a través de mi infancia. Cuando niño, era yo muy semejante a los demás niños en mis horas de vigilia. En mis sueños es donde estaba la diferencia. Mis sueños, hasta donde mis más lejanos recuerdos, eran periodos de terror Raramente los coloreaba la felicidad. Casi siempre eran un entretejido de miedo, tan extraño y ajeno, que no hay medio de ponderarlo y describirlo. Ninguno de los

terrores de mi vida diurna se parecía en lo más mínimo a los que se apoderaban de mí en las horas de sueño Su especial carácter y cualidad rebasan todas mis otras experiencias.

Por ejemplo, yo era un chico de la ciudad, un niño, para quien era el campo un reino inexplorado y desconocido. Sin embargo, nunca soñaba en ciudades; ni una sola casa se presentó jamás en mis sueños. Ni siquiera un solo ser humano --y esto es lo más notable-- rompió el espeso muro de mi dormir. Yo que había visto árboles mas que en los parques y en los libros ilustrados, correteaba en mis ensueños por interminables selvas vírgenes, y además, no eran manchas más o menos borrosas e indecisas los árboles de mis visiones, sino cosas definidas, claras y resaltantes. Íntimamente los conocía, por así decirlo; percibía cada una de sus ramas y brotes, cada una de sus múltiples hojas.

Me acuerdo perfectamente de la vez primera que percibí un roble en mi vida. Cuando contemplaba sus hojas, sus ramas, sus nudosidades, sentí con angustiosa intensidad que había visto la misma clase de árboles innumerables veces en mis sueños. Así que no me sorprendió más tarde el que pudiera reconocer, al verlos por vez primera, árboles como el abeto, el tejo, el abedul o el laurel. ¡Ya los había visto antes! ¡Los veía aún, todas las noches, al dormir!

Como habréis comprendido, todo esto rompe la primera ley del ensueño: esto es, que en los ensueños no se ve más que lo que ya se ha visto estando despierto o combinaciones de eso mismo. Pero todos mis ensueños violaban esa ley. Nunca veía en ellos cosa alguna que pudiera haber conocido en mi vida normal. Mi vida, dormido y despierto, eran dos vidas separadas y distintas, sin más relación entre sí que yo mismo. Yo era ese misterioso lazo en que se unían ambas vidas.

En mi más temprana infancia, se me enseñó que las nueces procedían del tendero y las bayas del frutero; pero mucho antes de esto, había arrancado nueces de los árboles en mis sueños, o las había recogido de¡ suelo, bajo sus copas, para comérmelas, y de la misma manera devoraba las bayas de las, cepas y matorrales. Todo esto trascendía a mis experiencias normales.

Nunca me olvidaré de cuando, por vez primera, vi servir a la mesa un plato de fresas. No las había visto nunca, y sin embargo, brotaron en mi alma, al contemplarlas, recuerdos de sueños en que yo vagaba por países pantanosos comiéndolas hasta hartarme. Mi madre me sirvió un plato de postre lleno de fresas; llené la cucharilla, pero antes de llevarlas a la boca, ya sabía yo cuál sería su sabor. Y no me equivoqué. Era el mismo sabor intenso que había gustado mil veces en mis sueños.

¿Serpientes? Mucho antes de que hubiera oído hablar de las serpientes, me atormentaban al dormir. Me acechaban en los claros del bosque y en las parameras se erguían y saltaban bajo mis pies; se deslizaban entre la hierba seca y por los desnudos retazos de los roquedales, o me perseguían hasta las copas de los árboles, enroscándose al tronco con sus cuerpos de brillantes escamas, haciéndome huir, trepando a lo más alto de las ramas, hasta los brotes oscilantes y quebradizos, desde donde sentía la amenaza del suelo a una distancia vertiginosa. ¡Las serpientes ... con sus lenguas bífidas, sus ojos redondos y sus ardientes escamas brillantes, sus silbidos

y su zumbar! ¿Acaso no las conocía yo demasiado bien antes de verlas en el circo, cuando el encantador de serpientes las presentó al público? Eran mis viejas amigas, o más bien las inveteradas enemigas que poblaban de horrores mis noches.

¡Oh aquellas interminables selvas tenebrosas y sombrías! ¡Durante cuántas eternidades no habré vagado yo en su seno, tímida criatura perseguida, sobresaltada al más leve ruido, asustada de mi propia sombra, siempre ojo avizor, siempre alerta y vigilante, presto en todo momento a lanzarme en loca carrera fugitiva para salvar la existencia! Porque yo podía ser presa de cuantos feroces seres moraban en las selvas, y huía ante los monstruos cazadores, en un éxtasis de terror.

Tenía cinco años de edad cuando fui por primera vez al circo. Me sacaron de allí enfermo... mas no de algún atracón de cacahuetes o de indigestión de limonada. Dejádmelo contar. Cuando entramos en las jaulas de los animales, rasgó el aire un rugido crujiente. Me solté de la mano de mi padre y me lancé en vertiginosa huida hacia la entrada; chocaba con la gente, tropecé y caí, sin dejar de llorar, aterrorizado. Mi padre, al recogerme trataba de consolarme, mostrando cómo la multitud permanecía indiferente y descuidada ante aquellos rugidos; me prodigó sus caricias y me inspiró la seguridad de que nada podía ocurrirme.

No obstante, Me acerque por fin a la jaula del león, asustado y tembloroso, después de haberme animado mucho mi padre. ¡Oh! ¡Le reconocí instantáneamente! ¡Era la fiera terrible! Sentí relampaguear en mi visión anterior las reminiscencias de mis sueños: el sol ardiente del mediodía sobre las hierbas altas, el toro salvaje que pacía apaciblemente, el rápido abrirse de las hierbas ante el veloz salto de la fiera de atezada piel, un salto sobre la espalda del toro, la explosión de un bramido y un crujir de huesos rotos... Otras veces, la fresca quietud del abrevadero, el caballo salvaje que se arrodillaba para beber, suavemente, y luego, la fiera de atezada piel, un relincho doloroso, un salpicar de agua y el crujir y roer de huesos... Otras veces, el crepúsculo sombrío y el silencio triste del morir del día, y luego el rugido a toda voz del león calenturiento, repentino como si fuera la trompeta del destino, que nos hacía estremecer y encoger de pavor entre los árboles, y yo era uno de los que temblorosos, se recogían en la selva, castañeteando que miedo los dientes.

Al contemplarle impotente tras de los barrotes de su jaula, sentí brotar mi cólera. Le enseñé los dientes apretujados, dancé dando brincos, ululé en una burla incoherente, entre extraños y grotescos gestos. Él contestó abalanzándose contra los barrotes y rugiendo entre dientes contra mí en su ira impotente ¡Oh! ¡Él también me reconocía! ¡Mis gritos eran los de pesadas edades remotas, inteligibles para él!

Se asustaron mis padres. "***El niño está enfermo***", dijo mi madre. "***Es un histérico***", añadió mi padre. Nunca se lo dije y nunca lo supieron. Había aprendido a guardar la más absoluta reserva en cuanto concierne a mi dualidad, a esta semidisociación de la personalidad, como creo llamarla justamente.

Vi al encantador de serpientes, y allí se acabó para mí el circo de aquella noche. Me tuvieron que llevar a casa, nervioso, destrozado, enfermo por la invasión en mi vida real de aquella otra vida de mis sueños.

Ya os he hablado de mi reserva. Sólo una vez confié a otro la extrañeza de estas cosas mías. Fue a un muchacho condiscípulo mío; teníamos ambos ocho años de edad. Le reconstituí las escenas de aquel mundo desvanecido -en que creo firmemente haber vivido alguna vez sacándolas de las tramas de mis sueños. Le hablé de los terrores de los tiempos primitivos, de Oreja Caída y de las travesuras con que nos distraíamos, del guirigay de nuestras reuniones, de los Hombres del Fuego y de los lugares donde se asentaban en cuclillas.

Pero se mofó de mí, se burlócruelmente y se puso a relatarme cuentos de fantasmas y de muertos que andan sueltos por la noche. Se rió de mi imaginación enferma. Le conté más cosas y brotaron sus risas más abiertamente. Juré con todas mis fuerzas que era verdad cuanto decía, y comenzó a mirarme con recelo. Luego y transmitiría a los compañeros de juego sorprendentes relaciones entresacadas de mis conversaciones, hasta que todos comenzaron a mirarme con extrañeza.

Tal fue la mas amarga de mis experiencias; pero aprendí la lección. Yo era diferente de mis semejantes.
Era algo anormal con algunas características que ellos no podían comprender, y que, si las diera a conocer, no podrían servir mas que para desorientarlos. Yo guardaba silencio mientras narraban cuentos de fantasmas y duendes; me sonreía horriblemente para mis adentros; pensaba en mis temores nocturnos y sabía que éstas sí que eran cosas reales, tan reales como la vida misma, y no humos difusos y sombras desvanecidas...

No veía que pudieran inspirar miedo el coco y los ogros maléficos. La caída entre las hojosas ramas y las alturas vertiginosas; las serpientes que me estremecían mientras saltaba en rápida huída; los perros salvajes que me perseguían en la tierra llana hacia el bosque: he ahí mis terrores concretos y reales, sucesos y no imaginaciones, cosas de carne viva, de sudor y de sangre. Los ogros y el coco hubieran sido agradables compañeros de mi lecho, comparados con estos pavores que se acostaron conmigo durante toda mi niñez, y que aun ahora continúan haciéndolo mientras escribo estas líneas, ya viejo y achacoso, con la carga de mis años sobre la espalda.

CAPITULO II

YA HE dicho que nunca vi un solo ser humano en mis sueños. Muy pronto me di cuenta de ello, y sentía, dolorosamente, la falta de mis semejantes. Aun siendo niño, tenía el presentimiento de que si pudiera encontrar a un solo ser humano en la trama de mis sueños ¡uno tan sólo! me salvaría de ellos y no me volvería a ver rodeado de tan frecuentes horrores. Este pensamiento me obsesionaba todas las noches de mi vida, durante muchos años. ¡Si pudiera encontrar a ese solo ser humano y salvarme! ...

Debo añadir que este pensamiento se me ocurría mientras soñaba, y en ello veo la prueba de la inmersión de mis dos personalidades, la evidencia de que existe un punto de contacto entre las dos partes disociadas de mi propio ser. Mi personalidad del sueño vivió en remotas edades, antes de la aparición del hombre tal como lo

conocemos hoy; y mi otra personalidad actual se proyectaba, con su conocimiento de la existencia del hombre, en la substancia de mis sueños.

Quizá si mi libro llega a manos de algún psicólogo, me achacará el uso de la frase: "disociación de la personalidad". Conozco la verdadera acepción de esta palabra y, sin embargo, me veo obligado a utilizarla a mi manera, a falta de otra expresión más exacta. Me defenderé echando la culpa a la imprecisión de nuestro idioma. Y ahora vamos a explicar el uso, bueno o malo, de la frase.

Hasta que, ya siendo joven, asistí a la Universidad, no encontré la verdadera clave de la explicación de mis sueños y su causa. Pero en la Universidad conocí la evolución y la psicología y me enseñaron la explicación de varios estados mentales no acostumbrados. Por ejemplo, tenéis el sueño de la caída en el espacio conocido de todo el mundo prácticamente, por experiencia propia y directa. Mi profesor me dijo que esto era un recuerdo racial, originario de nuestros antecesores, que vivían en los árboles. La posibilidad de caerse era para ellos una eterna amenaza. Muchos perderían la vida de esa manera; todos debieron experimentar horribles caídas, salvándose al agarrarse a las ramas cuando rodaban hacia el suelo.

Ahora bien; tales caídas de ese modo remediadas habrían de producir necesariamente un golpe. El golpe reduciría cambios moleculares en las células cerebrales. Estos cambios se transmitirían a las células cerebrales engendradoras, convirtiéndose así en recuerdos de raza. De modo que, cuando tú y yo, lector, durmiendo o adormecidos, nos caemos a través del espacio y nos despertamos a la conciencia normal, fatigados, en el instante mismo en que habíamos de chocar contra el suelo, no hacemos más que recordar lo que les -sucedió a nuestros antecesores arbóreos, que se ha grabado en la herencia de la raza a causa de los cambios cerebrales.

Todo esto no es ni más ni menos extraño que el instinto mismo. Un instinto no es más que un hábito estampado en la trama de la herencia. Bueno será hacer notar de pasada que en este nuestro sueño de la caída en el espacio, tan común para ti, para mí y para todos nunca chocamos contra el suelo. El choque hubiera sido la muerte. Nuestros antecesores, cuando chocaran contra el Suelo, morirían. El golpe de su caída se comunicaría, claro está, a las células cerebrales; pero murieron antes de dejar descendencia. Tú y yo somos descendientes de los que no chocaron contra la tierra; he aquí por lo que tú y yo no sentimos nunca el golpe en nuestros sueños.

Y vamos a tratar de la disociación de la Personalidad. Nunca sentimos la sensación de caer en nuestra vida diaria mientras estamos despiertos. Nuestra personalidad despierta no tiene experiencias semejantes. Así, pues -y el argumento no tiene vuelta de hoja-, tiene que existir otra personalidad distinta que cae mientras estamos dormidos, y que debe haber sufrido la experiencia de semejante caída; que recuerda, por decirlo en pocas palabras, experiencias de tiempos pasados, de la misma manera que nuestra personalidad de la vida real tiene memoria de nuestras diarias experiencias.

Empecé a ver claro cuando llegaba a este momento de mi razonamiento. Y de repente, brotó en mí la luz con deslumbrante claridad, iluminando y explicando

todo cuanto había sido enigmático, inexplicable, absurdo, innatural e imposible en mis experiencias de sueño.
Mientras dormía, no era mi propia personalidad la que en mí mandaba; era otra personalidad distinta, poseedora de un fondo de experiencias totalmente diferente, Y que, en el momento en que me dormía, poseía el recuerdo de las mismas.

¿Que era esta personalidad? ¿Cuándo había vivido una vida real en este planeta para recoger ese fondo de experiencias extrañas? Mis sueños mismos contestaban a tales preguntas. Vivió en remotos tiempos, cuando aún era joven el mundo en el período que llamamos Medio-Pleistoceno. Cayó de los árboles sin estrellarse nunca contra el suelo. Lanzaba confusos gritos de miedo ante el rugir de los leones. Fue perseguido por las bestias de presa y sorprendido por las serpientes. Charloteó extrañas jerigonzas con sus semejantes en sus reuniones y fue rudamente maltratado por los Hombres del Fuego en los días en que huía por ellos perseguido.

Pero ya os oigo objetar: "¿Cómo es que nosotros no conservamos esa memoria racial, siendo así que tenemos otra personalidad, aunque vaga y difusa, que cae por el espacio mientras dormimos?"

Y yo os contestaré con otra pregunta: "¿Cómo es que a veces nace una ternera con dos cabezas?" Mi contestación a esto es que se trata de un monstruo. Y así contesto también a vuestra pregunta. Yo tengo esa otra personalidad y esa memoria integral de la raza porque soy un monstruo.

Permitidme que sea más explícito. La caída en el espacio es nuestro recuerdo más vulgar y frecuente de nuestra memoria racial. Esta otra personalidad es muy vaga. Casi es la caída su único recuerdo. Pero muchos de nosotros tenemos la otra personalidad más clara y distinta. Muchos tenemos sueños de volar, de ser perseguidos por un monstruo, sueños de colores, de sofocación, de reptiles y de gusanos. En resumen, así como esta otra personalidad está atrofiada en la mayoría, en otros yace medio olvidada, y en otros, finalmente, está más pronunciada. Unos tenemos recuerdos de raza más intensos y concretos que otros.

Todo es cuestión de que cambie el grado de posesión de esta otra personalidad. En mí es enorme el grado de posesión. Mi otra personalidad es casi tan poderosa como la personalidad propia, y por eso digo que soy un monstruo, un verdadero monstruo de la herencia ancestral.

Estoy convencido de que esta posesión de una doble personalidad ha sido la causa de que algunos que la sienten, aun cuando no tan fuerte como la mía, hayan despertado la creencia en una reencarnación personal. Tales gentes creen tener una prueba plausible y convincente de la hipótesis de la reencarnación. Cuando tienen visiones de escenas que no vieron nunca, recuerdos de hechos y acontecimientos de pasados tiempos, no encuentran explicación más sencilla que la de creer firmemente en que han vivido otra vez.

Pero cometen el error de ignorar su doble personalidad, su propia dualidad. Piensan que ha sido su propia personalidad, que no tienen mas que una sola; y partiendo de tales premisas, no pueden llegar a otra conclusión que a la de vidas anteriores.

Pero se equivocan. No es la reencarnación. Yo tengo visiones en que me veo vagando por las selvas del lejano mundo; pero no me veo realmente a mí mismo, sitio a otro que, sólo de una manera remota, es parte de mi ser; como mi padre y mi abuelo lo son, si bien no tan remotamente. Este otro yo que hay en mí es un antecesor, un progenitor de mis progenitores en la línea directa de mi ascendencia, siendo él, a su vez, descendiente de otra línea que mucho antes de aquel tiempo desarrolló los dedos y trepó a los árboles.

Y debo repetir, a riesgo de hacerme pesado, que se me debe considerar, en este sentido, como a un monstruo. No solamente poseo el recuerdo de raza con una intensidad inusitada, sino que conservo la memoria de un determinado progenitor mío, de remotísima edad.

Y aunque esto no sea lo corriente, no debéis sorprenderos por ello.

Seguid el hilo de mis razonamientos. El instinto es un recuerdo o memoria de raza. Muy bien. Entonces, tú y yo y todos nosotros hemos recibido ese recuerdo de nuestros padres, como ellos lo recibieron de los suyos. Por lo tanto, debe existir algún medio por el que se transmitan estas memorias de generación en generación. Ese medio es lo que llama Weismann "germoplasma" que conserva el recuerdo de toda la evolución de la raza. Estos recuerdos suelen ser oscuros e imprecisos, perdiéndose muchos de ellos; pero algunas modalidades de germoplasma llevan una carga excesiva de recuerdos; son, para hablar científicamente, más atávicas que otras; y esto es lo que le pasa a mi modalidad. Soy un monstruo de la herencia, una pesadilla atávica, llamadme lo que gustéis. Pero aquí me tenéis real y viviente, comiéndome tres abundantes comidas al día. ¿Qué le vamos a hacer?

Y ahora, antes de emprender la relación de mi historia, necesito anticiparme a los dudosos Tomases de la psicología, siempre prestos a la burla, que atribuirán la coherencia de mis ensueños al exceso de estudio y proyección subconsciente de mi conocimiento de la evolución en mis sueños. En primer lugar, nunca he sido buen estudiante. Me gradué el último de mi clase. Me preocupaba más el atletismo y, no hay por qué ocultarlo, el juego del billar.

Además, no tuve conocimiento de la evolución hasta que fui a la Universidad, mientras que en mi infancia y adolescencia ya había vivido en mis sueños todos los detalles de aquella otra vida remota. Debo decir, sin embargo, que estos detalles estaban entremezclados e incoherentemente confundidos, hasta que conocí la ciencia de la evolución. La evolución fue la clave. Me dio la explicación y me devolvió la salud de este cerebro atávico que Dios me ha dado a mí, que, siendo normal y hombre moderno, he presenciado un pasado tan remoto, hasta ser contemporáneo de los rudos comienzos de la humanidad.

Porque en aquel pasado que tan bien conozco, no existía el hombre tal y como hoy lo vemos. Yo he tenido que vivir y existir en el período de formación del hombre.

CAPITULO III

EL MÁS común de los sueños de mi infancia era algo semejante a esto: me parecía que era yo muy pequeño y que yacía acurrucado en una especie de nido de ramillas y hojas. A veces estaba tendido sobre la espalda. Yacía largas horas en esta postura, contemplando el juego de la luz sobre mi cabeza y la agitación de las hojas al soplo del viento. Muchas veces, cuando el viento era fuerte, el nido se balanceaba.

Pero, mientras yacía en el nido, siempre me dominaba la sensación de estar sobre un tremendo espacio vacío. Nunca lo vi, ni nunca me asomé al borde del nido para verlo; pero temía a aquel espacio que acechaba debajo de mí, amenazándome siempre como si fuera el buche de algún monstruo devorador.

Soñé muy a menudo en mi infancia este sueño en que permanecía quieto, que era más bien una condición que una experiencia activa. Mas, de repente, entraría en medio de este sueño, formas extrañas y feroces acontecimientos, el trueno y el estallido de la tormenta, o bien panoramas no acostumbrados, que en nada se parecían a los que había visto despierto. El resultado de todo ello era la confusión y la pesadilla incomprensible, sin enlace ni lógica.

Como veis, no soñaba consecutivamente. Ora era un niño de pecho del mundo primitivo que yacía en mi nido de árbol, ora un hombre de cuerpo entero empeñado en lucha con el horroroso Ojo Bermejo, o bien me sentía arrastrándome sigilosamente hacia el abrevadero, bajo el calor ardiente del día. Los sucesos ocurridos en el mundo prehistórico, separados por muchos años, se amontonaban en mí en el espacio de algunos minutos o segundos.

Era, pues, un verdadero enredo, que no quiero haceros sufrir. Hasta que me hice hombre, y después de soñado miles de veces, no pude definir y someter a un plan claro todos mis sueños.

Fue entonces cuando encontré la clave del tiempo, y pude eslabonar todos los sucesos y acciones en su orden apropiado. Así es como fui capaz de reconstituir aquel lejano mundo, ya desvanecido, tal como era cuando viví en él... o cuando mi otro yo vivió en él. La distinción no importa; porque también yo, el hombre moderno, he retrocedido hasta entonces y he revivido aquella vida primitiva en compañía de mi otro yo.

Para provecho vuestro, acumularé los diferentes sucesos en una historia que os sea comprensible; pues a través de estos sueños corre un cierto hilo de continuidad y enlace. Ahí tenéis, por ejemplo, mi amistad con Oreja Caída, o mi enemistad con Ojo Bermejo, o mi amor hacia Dulce Alegría. Juntando y acoplando todas estas diversas impresiones, creo que se podrá componer una hermosa historia que sea de vuestro agrado.

No me acuerdo mucho de mi madre. Acaso mi primer recuerdo de ella, y desde luego el más intenso, sea el siguiente: Parece que yo estaba tendido sobre el suelo. Era un poco mayor que en los tiempos del nido; pero desvalido todavía. Me revolvía sobre las hojas secas, jugando con ellas, arrullando y haciendo ruidos roncos con la garganta. El sol calentaba y yo me sentía feliz y a mi gusto. Estaba sobre un pequeño descampado, al aire libre. A mi alrededor crecían matorrales y

plantas parecidas a los helechos. Encima y por todas partes se divisaban los troncos y el ramaje de los árboles silvestres.

De repente oigo un sonido. Me incorporo y escucho. Permanezco inmóvil. Los pequeños murmullos se apagan en mi garganta y quedo sentado, como si fuera de piedra. El sonido se aproxima. Es como el gruñir de un cerdo. Empiezo entonces a sentir el ruido que produce el movimiento de un cuerpo entre los breñales. Veo agitarse enseguida los helechos al paso de aquella masa corpórea. Luego se abren las ramas y percibo unos ojos brillantes, un largo hocico y dos blancos colmillos.

Era un jabalí. Me observaba curiosamente. Gruñó una o dos veces y trasladó el peso de su masa de una a otra pierna, moviendo al mismo tiempo la cabeza de uno a otro lado, agitando los helechos. Yo seguía como petrificado, contemplándole fijamente, sin pestañear, y lleno de pavor el corazón.

Parece como si lo que se esperara de mí fuera esta inmovilidad y silencio. No debía gritar ante el temor. El instinto me lo decía y por eso permanecía inmóvil, esperando no sabía a qué. El jabalí apartó las ramas y avanzó hacia el descampado. Resplandecía la curiosidad en sus ojos, que relampagueaban cruelmente. Agitó su cabeza amenazándome y avanzó un paso más. Y luego otro, y otro...

Entonces grité o ululé. No puedo describirlo; era un grito terrible y penetrante. También parece que ahora era esto lo que de mí se esperaba. Mis chillidos habían desconcertado por el momento a la bestia, y mientras que ésta se detenía indecisa y trasladaba el peso de su masa de una pierna a otra, se presentó sobre nosotros una aparición.

Parecía un gran orangután o como un chimpancé y, sin embargo, mostrábase muy diferente en ciertos rasgos que saltaban a la vista. Era mi madre. Tenía la contextura más pesada que aquéllos y estaba menos poblada de pelo. No eran tan largos sus brazos ni tan corpulentas sus piernas. No llevaba más vestido que su pelambrera natural. Puedo aseguraros que era una verdadera furia cuando se excitaba.

Y como una furia se arrojó sobre la escena. Le rechinaban los dientes, retorcía el rostro en terribles gesticulaciones y muecas, emitía continuos y cortantes chillidos que sonaban como "¡kj-aj!" ¡kj-aj!"- Tan repentina y formidable fue su aparición, que el verraco se encorvó involuntariamente a la defensiva, erizándosele la pelambrera, mientras ella se abalanzaba sobre él. Después se lanzó hacia mí. Ya sabía yo lo que tenía que hacer en aquellos momentos que ella acababa de ganar. Salté a su encuentro y me agarré a su cintura, asiéndome con un pie y una mano. He dicho con un pie, porque podía agarrarme con ellos tan bien como con las manos. Sentía bajo mi garra tensa los tiritones de mi madre cuando sus músculos y su piel se conmovían por efecto de sus esfuerzos.

Seguía fuertemente asido a ella, mientras que se lanzaba recta por el aire, agarrando y colgándose de las ramas. Enseguida, el jabalí pasó por debajo de nosotros, rozándonos con sus colmillos. Se había repuesto de la sorpresa y brincó hacia adelante con un ronquido como de trompeta. Debía ser una especie de

llamada, porque a continuación, multitud de cuerpos cruzaron como una avalancha por los helechos y breñales en todas direcciones.

Los jabalíes se lanzaban hacia el descampado. Pero mi madre se balanceaba ya sobre la copa de un árbol, en el extremo de una gruesa rama a doce pies del suelo, asido yo todavía a ella y ambos colgados, a salvo. Estaba, no obstante, muy excitada. Rugía y charloteaba, haciendo muecas de burla a la muchedumbre que debajo de nosotros se amontonaba, erizados los cabellos y rechinando los dientes. Yo también miraba, todavía tembloroso, a las bestias enfurecidas, e imitaba a mi modo los gritos de mi madre.

Contestaron desde lejos gritos semejantes, pero de entonación más grave, como el mugido de un bajo. Empezó a sonar más fuerte cada vez, y vi enseguida a mi padre que se acercaba. Al menos, por lo que puedo colegir, he llegado a la conclusión de que era mi padre.

No era un padre demasiado simpático y atractivo, como suelen serlo todos los padres. Parecía medio hombre, medio mono; pero ni hombre ni mono del todo. No encuentro modo de describirlo. Hoy no existe nada semejante, ni en la tierra, ni bajo la tierra, ni sobre la tierra. Era un hombre alto para su tiempo y pesarla sus ciento treinta libras. La cara ancha y aplastada y las cejas colgadas sobre los ojos. Éstos eran pequeños, hundidos y muy juntos uno del otro. En realidad, no tenía nariz ni cosa que se le pareciera: chafada y sin puente, las fosas eran como dos agujeros sobre la cara que se abrieran hacia afuera en vez de hacia adentro.

La frente se inclinaba hacia atrás desde los ojos, y el cabello comenzaba en los ojos mismos se extendía por la cabeza, que era muy pequeña, sostenida sobre un cuello enormemente grueso y corto. Tenía, como todos nosotros, formado el cuerpo con verdadera eco El pecho profundo, cavernosamente hundido; pero los músculos no estaban bien moldeados, ni los hombros amplios y robustos, ni la lírica de los miembros bien dibujada, ni era simétricamente bello su con torno Parecía la representación de la fuerza, pero de la fuerza sin belleza; la fuerza primordial hecha para agarrar para rasgar, para destruir.

Sus caderas eran delgadas, y las piernas finas y peludas, ganchudas y de músculos como cuerdas. Parecían más bien brazos. Retorcidas y nudosas, no tenían ni asomo de las pantorrillas carnosas y rellenas que a ti y a mí, lector, nos agracian y embellecen. Recuerdo que no podía caminar sobre la planta de los pies, porque los pies eran prensiles, más mano que pie. En lugar de tener el dedo grueso en línea con los demás, se les oponía, como en los dedos de la mano, dándole aspecto de garra. Por este motivo no podía andar la planta de los pies.

Su aspecto no era menos inusitado que su manera de venir hacia nosotros cuando aún pendíamos sobre los enfurecidos jabalíes. Llegaba a través de los árboles, saltando de rama en rama y de árbol en árbol, velocísimamente. Aún me parece verle ahora, despierto, mientras escribo estas páginas, balanceándose a lo largo de los árboles. Criatura peluda y cuadrumana, aullaba encolerizado, y deteniéndose de cuando en cuando para golpearse el pecho con el puño agarrotado, saltando espacios de diez y quince pies. Se agarraba con una mano a un

a rama y cruzaba balanceándose para asirse a otra con la opuesta mano y seguir avanzando, sin vacilar nunca en su carrera arbórea.

Y cuando le contemplo, siento en mi propio ser, y en mis propios músculos, el ímpetu y estremecimiento del deseo de ir saltando de tronco en tronco, y siento también la garantía de esta facultad latente en mi ser y en mis músculos. ¿Y por qué no? Cuando los hijos del leñador ven cómo su padre blande la segur y derriba los árboles, sienten en sí mismos la confianza de que algún día también ellos manejarán el hacha y derribarán los troncos; así me ocurría a mí. La vida en mí latente estaba constituida para hacer lo que mi padre hacía, y me hablaba en secreto y ambiciosamente Té los senderos del aire y de los vuelos a través de la selva.

Por fin mi padre se juntó a nosotros. Estaba extremadamente enfurecido. Recuerdo cómo sacaba hacia adelante su pronunciado labio y su mandíbula inferior mientras contemplaba a los jabalíes. Parecían sus gestos los del perro y veo todavía sus largos caninos semejantes a colmillos, que me impresionaban terriblemente.

Su actitud hacía encender más la ira de los jabalíes. Rompía tallos y pequeñas ramas y las arrojaba contra sus enemigos. Hasta se colgó de una mano, burlándose de ellos, que no pudiendo alcanzarle, hacían rechinar los colmillos con impotente rabia. No contento con esto, quebró una rama corpulenta, y asiéndose de un pie y una mano les pinchaba en los costados y les golpeaba furiosamente en los hocicos. Inútil es decir que mi madre y yo nos divertíamos con esta clase de juego.

Pero hasta de las cosas buenas acabamos por cansarnos; así es que mi padre, después tic reírse a carcajadas un rato, acabó por continuar su caminata entre los árboles. Entonces se apoco otra vez mi ánimo, y, tímido de nuevo, me así tenazmente a mi madre, que trepaba columpiándose en el espacio. Recuerdo que la rama se quebró a nuestro peso. Mi madre había dado un enorme salto, y me sentí anonadado en la sensación de caer, a través del vacío, junto con ella. La selva y la luz del sol que brillaba sobre las hojas susurrantes se desvanecieron ante mis ojos. Tuve una vislumbre borrosa de que mi padre detenía bruscamente su marcha para mirarnos, y luego todo se entenebreció

Un momento después, yacía despierto en mi lecho de sábana, sudoroso, temblando y lleno de malestar. La ventana estaba abierta y un aire fresco corría por la habitación. La lámpara ardía serenamente.

Deduzco de todo esto que nos alcanzaron los jabalíes ni chocamos tampoco contra la tierra, pues en otro caso no estaría yo aquí, mil siglos después, recordando tales acontecimientos.

Y ahora colocaos por un momento en mi lugar. Convivid conmigo unos instantes mi más tierna infancia, e imaginaos soñando tales horrores incomprensibles.

Recordad que yo era un niño inexperto, que nunca había visto un jabalí en toda mi vida; que ni siquiera sabía lo que es un cerdo doméstico. Lo más próximo al cerdo de cuanto conocía era el tocino del almuerzo, chamuscado en su propia

grasa. Y, sin embargo, los jabalíes, tan verdaderos como la vida misma, se abalanzaban en mis sueños, y yo, con mis fantásticos progenitores, huía balanceándome por los altísimos espacios de los árboles.

¿Os maravillaréis de que me sintiera aterrorizado por mis noches llenas de pesadillas? Estaba maldito. Y, lo que es peor todavía, tenía miedo de hablar, no sé por qué; tal vez por un presentimiento de culpa, aunque tampoco comprendía la causa de mi culpabilidad.

Y así pasaron los años, sufriendo en silencio, hasta que me hice hombre y comprendí el por qué y el cómo de mis sueños.

CAPITULO IV

L0 QUE más me desorienta de estas mis memorias prehistóricas es la impresión del elemento tiempo. No siempre me es posible conocer la prioridad de los acontecimientos, ni puedo precisar si entre unos y otros han transcurrido uno, dos, o cinco años, más o menos. Únicamente puedo medir el paso de los años juzgando el camino de aspecto y continuidad de mis semejantes.

También puedo valerme de aplicar a los acontecimientos la lógica natural. Por ejemplo, no cabe duda de que mi madre y yo huimos entre los árboles, alejándonos de los jabalíes, y esto fue antes de que conociera yo a Oreja Caída, mi verdadero compañero de infancia. También es igualmente cierto que debí abandonar a mi madre en el tiempo transcurrido entre ambos períodos.

No tengo otro recuerdo de mi padre que el que acabo de ofreceros. Nunca volvió a aparecer en los siguientes años; y a mi juicio, la única explicación posible es que debió perecer poco después de nuestra aventura. No puede sostenerse que fuera otro su desdichado fin. Estaba aún en pleno vigor, y sólo una muerte violenta y repentina pudo arrebatarlo. Pero ignoro cómo sucedió; acaso se ahogaría en el río; tal vez lo devorara una serpiente, o quizás fuera a parar al estómago del viejo tigre Diente de Sable.

Conviene advertir que únicamente recuerdo las cosas vistas con mis propios ojos en los días prehistóricos. Si mi madre sabía el fin de mi padre, nunca me lo dijo. Dudo, además, de que tuviera el vocabulario adecuado para transmitirme semejante información. Quizás la Horda no llegaría a tener más de treinta o cuarenta palabras de vocabulario, todo incluido.

Más vale llamarlas sonidos que no palabras; porque eran en realidad sonidos primitivos. Carecían de significación variable por medio de adjetivos y adverbios. Tales instrumentos de lenguaje son lujos que aún no se habían inventado. En lugar de calificar a los nombres y verbos por medio de adjetivos y adverbios, nos valíamos de la entonación que dábamos a los sonidos, cambiando la duración y tono, retardándola o acelerándola. La duración de un sonido, o sea, el tiempo empleado en su pronunciación, encerraba el matiz de su significado.

Tampoco teníamos conjugaciones. El tiempo se deducía por la contextura del discurso. Sólo expresábamos cosas concretas, porque sólo cosas concretas pensábamos. También nos valíamos mucho de la pantomima. La más simple abstracción quedaba fuera del alcance de nuestro pensamiento; y si alguna vez acertaba alguien a pensarla, le era dificilísimo poderla comunicar a sus semejantes. No existían para ello palabras adecuadas. Estaba más allá de los límites de su vocabulario; y si inventaba algún sonido, sería incomprensible para sus semejantes. Por eso tenla que recurrir a la pantomima, ilustrando el pensamiento cuanto le fuera posible, mientras que repetía multitud de veces el nuevo sonido.

Así se desarrolló el lenguaje. Los pocos sonidos de que disponíamos nos permitían pensar un poquito más allá de ellos y entonces aparecía la necesidad de nuevos sonidos con que expresar el nuevo pensamiento. A veces, sin embargo, pensábamos mucho más allá del alcance de nuestro medio de expresión y conseguíamos algunas abstracciones, que no podíamos en modo alguno darlas conocer a la Horda. Después de todo, el lenguaje no iba formando rápidamente en aquellos días.

¡Oh, creedme! Éramos los seres más simples del mundo. Pero sabíamos hacer una porción de cosas, hoy ignoradas. Podíamos retorcer a voluntad y aplanarlas. Sabíamos rascarnos la espalda con la mayor facilidad del mundo y hasta tirar piedras con el pie. Yo lo hice muchas veces. Y lo que es más importante todavía: teniendo rectas las piernas, podía inclinarme hacia adelante, doblándome por la cintura hasta tocar en el suelo, no con las puntas de los dedos, sino con los huesos del codo. Y en cuanto a la caza de nidos de pájaros... ¡sólo quisiera que me hubiera visto algún chico del siglo XX! Pero no creáis que hacíamos colecciones de huevos. Nos los comíamos nada más.

Aún me acuerdo... pero me voy saliendo de mi historia. Os hablaré primero de Oreja Caída y de nuestra amistad. Ya he dicho que en los comienzos de mi vida me separé de mí madre. Acaso fue porque ella, después de la muerte de mi padre, tomó nuevo esposo. Tengo pocos recuerdos de él, y nada agradables por cierto. Era tornadizo, inconstante y malicioso. Aún me aturde su infernal cotorreo. Tenía el alma demasiado inconsecuente para mantener propósitos determinados. Los monos enjaulados evocan en mí su recuerdo. Era un ser simiesco: tal es la mejor descripción que puedo daros de él.

Me odió desde el primer día, y pronto aprendí a temerle en sus bromas malditas. Yo me apretujaba contra mi madre, recogiéndome en su regazo cada vez que aparecía ante mi vista. Pero iba desarrollándome y era forzoso el separarme de ella muchas veces. Tales eran las oportunidades aprovechadas por Chachalaca jura fastidiarme. Debo declarar que no teníamos apelativos en aquellos tiempos. No se nos conocía por nombre alguno; pero para mayor propiedad he puesto nombres a los diversos individuos de la Horda con quienes viví en más íntimo contacto. Chachalaca es la más expresiva que puedo encontrar para describir a mi inapreciable padrastro. Chachalaca quiere decir embustero charlatán y ruin. Diente Largo ha sido el nombre que me he puesto a mí mismo, porque mis colmillos eran pronunciadamente grandes.

Pero volvamos a tratar de Chachalaca. Me asustaba su insistencia. Siempre estaba pinchándome, provocándome y abofeteándome, y hasta en cierta ocasión llegó a morderme. Mi madre intervenía muchas veces, y era graciosísimo ver cómo espantaba a su propio consorte.
El resultado de todo esto era una deliciosa e interminable disputa doméstica por mi causa.

No era, pues, dichosa mi vida en el hogar, aunque he de reírme de mí mismo cuando escribo la palabra "vida en el hogar". ¡El hogar! Yo no tenía hogar en el sentido moderno de esta palabra. Mi hogar era una asociación y no una vivienda. Vivía bajo los cuida-dos de mi madre, pero no en su casa, porque mi madre vivía en cualquier parte, encaramándose lejos del suelo en cuanto se avecinaba la noche.

Era mi madre una mujer muy primitiva. Aún les tenía cariño a los árboles, cuando los miembros más avanzados de nuestras hordas vivían en cavernas, más allá del río. Pero mi madre, suspicaz y retrógrada, no quería abandonar los árboles. Teníamos desde luego un árbol escogido, donde generalmente nos recogíamos, aunque algunas veces dormíamos en otros, si las sombras de la noche se nos adelantaban. Disponíamos de una especie de tosca plataforma hecha de tallos, ramitas y enredaderas, dispuesta sobre la horquilla de dos ramas que se bifurcaban del tronco. Parecía un enorme nido de pajarracos, aunque mil veces más rudamente entretejido. Tenía, sin embargo, una característica que nunca he visto en ningún nido: el techo.

¡Oh! No era precisamente un techo como los que hacen los hombres modernos. Ni siquiera parecido a los de los salvajes de hoy. Era más burdo infinitamente que la más tosca de las obras humanas. Lo habíamos amontonado a troche y moche, colocando una pila de hojas y matas secas sobre la bifurcación de las ramas. Cuatro o cinco horquillas adyacentes servían de sostén a las viguetas, por así decirlo, formadas de ramas recias de una pulgada de diámetro, poco más o menos. Sobre ellas descansaban las matas y el ramaje seco. Parecía que había revuelto todo sobre las ramas sin orden ni propósito, pues ni siquiera se había intentado bardar la techumbre. Y debo confesar, en honor a la verdad, que cuando caía un buen chubasco se llenaba miserablemente de goteras.

Pero Chachalaca... hizo que la vida del hogar fuera una carga pesada para mi madre y para mí, y no quiero referirme con esto al nido lleno de goteras, sino al grupo viviente que formábamos los tres. Chachalaca era muy mal intencionado al perseguirme, único propósito que mantuvo firmemente durante más de cinco minutos seguidos. Además, al correr del tiempo, mi madre había ido cediendo en ni¡ defensa, y creo que, a fuerza de trifulcas promovidas por Chachalaca, llegué a serle molesto. Lo cierto es que la situación iba de mal en peor, y se agravaba tan rápidamente, que me habría de ver obligado a dejar para siempre mi hogar por decisión propia. Pero me fue negada la satisfacción de llevar a cabo este acto de independencia. Antes de que me dispusiera a marcharme, me arrojaron violentamente. Quiero explicároslo con todo género de detalles.

Un día, cuando yo estaba solo en el nido, encontró Chachalaca la deseada oportunidad. Mi madre y él se habían marchado juntos hacia los pantanales de las fresas. Pero debía tenerlo todo preparado de antemano, porque le sentí venir por el

bosque, solo, gruñendo y encolerizándose a sí mismo. Como era costumbre entre todos los de nuestra Horda cuando estaban o querían estar coléricos, se detenía de cuando en cuando para martillarse el pecho con los puños cerrados.

Comprendí el desamparo de mi situación, y me acurruqué temblando en el nido. Chachalaca se llegó directamente al árbol -recuerdo que era un roble- y comenzó a trepar por él, sin cesar nunca en su infernal alboroto. Ya os he dicho que nuestro idioma era extremadamente mezquino; así es que tenía que retorcerlo para expresarme su inmenso odio y su propósito de zanjar en aquella ocasión sus cuentas conmigo.

Cuando trepó hasta la horquilla del nido, huí deslizándome por una rama horizontal. Me persiguió más allá y más allá, y arriba y más arriba. Finalmente trepé hasta las ramitas más leves, entre las hojas. Chachalaca fue siempre un cobarde, y su precaución era ahora mayor que su rabia. Tenía miedo de seguirme hasta las pequeñas ramitas, porque el peso de su cuerpo las hubiera quebrado antes de alcanzarme.

Pero el miserable no necesitaba de esto y él lo sabía muy bien. Con una pérfida expresión en su rostro, brillando sus ojos saltones con refinada crueldad, empezó a sacudir las ramas, y a sus sacudidas, como yo estaba en el extremo mismo del ramaje agarrándome ansiosamente, comenzaron a quebrarse las ramitas bajo mi peso. La tierra estaba debajo de mí a unos veinte pies de profundidad.

Continuó sus sacudidas más furiosamente cada vez, gruñendo y rechinando los dientes en su odio infinito. Y luego vino el fin. Mis cuatro asideros se rompieron a una, y cal, caí de espaldas, mirándome todavía, sosteniendo aún en mis pies y manos agarrotados las ramitas truncadas. Afortunadamente no había jabalíes debajo y mi caída terminó sobre los duros matorrales.

Por lo general, las caídas solían terminar con mis sueños, siendo suficiente la sacudida nerviosa para servir de puente entre miles de siglos y arrojarme sobre el lecho, completamente despierto, sudando y tembloroso, mientras oía el reloj de cuco del salón que canta las horas. Pero he tenido muchas veces este sueño del abandono de mi hogar y todavía no me ha despertado ni una sola vez. Por el contrario, siento siempre el ruido del golpetazo al chocar, gimiendo y hecho una pelota, contra el suelo.

Arañado y doliente yazgo después de la caída. Escudriño a través de las breñas y veo aún a Chachalaca que entona un cántico infernal de alegría, llevando el compás con sus balanceos. Entonces ahogo mis gemidos. Ya no estaba bajo la seguridad de los árboles y sabía el peligro que correrla si atrajera a los animales carniceros con demasiado ruidosas muestras de dolor.

Recuerdo que, al contener mis suspiros, me interesé en admirar los extraños efectos de luz que producía el abrir y cerrar los párpados húmedos de lágrimas. Comencé a recapacitar después, y pude darme cuenta de que no estaba tan maltratado por la caída. Había perdido algunos pelos y unas tiras de pellejo; el extremo puntiagudo de una rama rota estaba hincado una pulgada en el antebrazo, y me dolía insoportablemente la cadera derecha, que había recibido todo el golpe

de la caída. Pero nada de esto tenía importancia en realidad. No se me había roto hueso alguno, y en aquellos tiempos, la carne humana tenía mejores cualidades curativas que hoy. Fue, sin embargo, una soberana caída, pues una semana después andaba todavía renqueando con mi dolorida cadera.

Aún yacía entre las matas cuando me asaltó el sentimiento de mi desolación. Ya no tenía hogar. Me propuse firmemente no volver jamás a vivir con Chachalaca y mi madre. Me iría lejos, muy lejos, a través de la selva virgen, y encontraría un árbol para mí solo donde poder recogerme. En cuanto a la comida, ya sabía dónde la podría encontrar. Hacía más de un año que no necesitaba de mi madre para buscarla. Ella no ofrecía entonces más que su protección y su guía.

Me arrastré poco a poco fuera de los matorrales. Aún me volví una vez y vi a Chachalaca que continuaba todavía su canto y sus sacudidas. No era cosa que me agradara ver y no miré más.

Sabía que tenía que andar con mucha precaución, y durante esta mi primera jornada en el mundo, anduve con extremado recelo y cuidado. No sabía ni pensaba hacia dónde iba. Uno sólo era mi firme propósito: huir lejos del alcance de Chachalaca. Trepé a los árboles y vagué por ellos horas y más horas, pasando de uno a otro, sin jamás poner los pies en tierra. Pero ni tenía ruta fija, ni caminaba constantemente. La inconstancia estaba en mi temperamento, como en el de todos los de mi Horda. Además, yo era niño, y me detenía muchas veces para jugar durante el camino.

Son muy borrosos estos recuerdos de cuanto me acaeció entonces. Mis sueños no los conservan. Mi otro yo ha olvidado mucho, sobre todo en este período particular. No he podido tampoco reconstituir los diversos sueños, a fin de encontrar el puente que una el vacío entre el abandono de mi hogar y mi llegada a las cuevas.

Recuerdo que algunas veces fui por descampados; los recorría con grande azoramiento, descendiendo al suelo y corriendo velozmente hacia las copas de los árboles. Recuerdo también que siguieron días de lluvia y de sol; así es que debí vivir solo y errante durante mucho tiempo. He soñado intensamente en mi congoja y miseria bajo la lluvia, en el padecimiento del hambre y en el modo de aplacarla. Fortísima es la impresión de la caza de lagartos sobre la cima rocosa de un cerro desnudo. Corrían bajo las rocas, escapándose los más de ellos; pero algunas veces, volcando las piedras, lograba atrapar alguno. Las serpientes me ahuyentaron del cerro. No llegaron a perseguirme en realidad. Salían a solearse sobre las rocas planas; pero era tal mi terror hereditario, que huí de ellas tan deprisa como si verdaderamente me persiguieran.

Después recuerdo haber mordido la amarga corteza de los árboles jóvenes. Tengo la vaga reminiscencia de haber comido muchas nueces verdes, con su vaina blanducha y sus lechosas almendras. Y recuerdo aún más concretamente el sufrimiento de un dolor de estómago, a causa tal vez de las nueces verdes o de los lagartos; no lo sé bien. Lo que no ignoro es que tuve una inmensa suerte al no ser devorado durante las horas que me retorcía en el suelo sufriendo los efectos del cólico.

CAPITULO V

SE ME presenta bruscamente la impresión de la escena del día en que salí del bosque. Me encontraba a orillas de un amplio llano desnudo. A un lado se alzaban elevados riscos. Al otro corría el río. La ribera descendía escarpada hacia las aguas,, que, de cuando en cuando, se internaban en la tierra por grietas y desmoronamientos. Estos eran los abrevaderos de la Horda que vivía en las cavernas.

Tal era la residencia donde me aventuré a entrar. Constituía, por así decirlo, y estirando algo la palabra, la ciudad. Mi madre, Chachalaca y yo, y algunos otros organismos primitivos, veníamos a ser algo así como habitantes de las afueras. Formábamos parte de la Horda, aun cuando viviéramos un poco alejados de ella. Aunque la distancia no era muy grande, había tardado en llegar una semana. Si hubiera ido directamente, en vez de errar por el bosque, podría haber andado el camino en una hora.

Como iba diciendo, al salir al linde de la selva, vi las cavernas abiertas en los riscos, la tierra llana y los barrancales de los abrevaderos. Y sobre la tierra llana veía a muchos de la Horda. Había estado errando, solo y niño, durante más de una semana, sin ver a ninguno de mi propia raza. Había vivido entre el pánico y la desolación. Y ahora, al contemplar a mis semejantes, me sentí invadido de gozo y corrí alborozado hacia ellos.

Entonces sucedió algo muy extraño. Algunos, al contemplarme, lanzaron un grito de alarma, y al instante, llorando de terror, huyó la Horda. Saltando y arrastrándose sobre las rocas, se sumergieron en la boca de las cuevas, donde desaparecieron todos, menos un niño pequeño, que se había desprendido en su atolondramiento, rodando hasta la parte inferior de los riscos. Allí lloraba, doliente y quejumbroso. La madre salió de la caverna, se lanzó a su encuentro, lo cogió apretadamente y trepó de nuevo a su cobijo.

Me hallaba otra vez completamente solo. El campo abierto, antes tan concurrido, se había quedado desierto como por ensalmo. Me senté desconsolado y gemebundo. ¿Por qué la Horda había huido de mí? Más tarde, cuando conocí sus costumbres, pude comprobar la causa de todo esto. Cuando me vieron abalanzarme fuera del bosque a todo correr, creyeron que algún animal cazador me perseguía. Mi presentación descortés les había dispersado.

Hallábame mirando hacia la boca de las cavernas, cuando me di cuenta de que la Horda me estaba observando. Pronto asomaron las cabezas. Después se llamaban y contestaban entre sí. En la rapidez de la confusión, muchos no se habían metido en sus propias cavernas. Algunos de los más jóvenes se habían refugiado en las ajenas. Las madres no les llamaban por sus nombres, porque esta invención nos era desconocida. Nadie tenía nombre, como ya he dicho. Las madres lanzaban voces lastimeras y anhelantes que sus pequeños reconocían. Así, si mi madre hubiera

estado allí y me llamara, hubiera distinguido su voz entre las voces de las mil madres, y también ella hubiera reconocido la mía entre otras mil.

Continuaron durante un rato las llamadas y respuestas; pero todos tenían recelo de salir de las cavernas y descender a la tierra llana. Al fin uno se atrevió a hacerlo. Estaba destinado a desempeñar un gran papel en mi vida, así como yo lo representé en la vida de todos los de la Horda. Era Ojo Bermejo, como le llamaremos en las páginas de esta historia, porque tenía los párpados enrojecidos y los ojos inflamados, lo que le daba un aspecto particular, como si anunciara su terrible salvajismo. Rojo era el color de su alma.

Verdadero monstruo en todos sus aspectos, su cuerpo gigante pesaría unas ciento setenta libras. Era el más corpulento de cuantos semejantes míos he visto. Ni entre los Hombres del Fuego, ni entre los Hombres de los Árboles, vi nunca nada tan gigantesco. Cuando a veces leo casualmente en los periódicos la descripción de nuestros modernos atletas y luchadores, me pregunto qué hubiera sido del mejor entre todos si se hubiera puesto frente a Ojo Bermejo.

Con las tenazas de sus dedos de hierro les hubiera arrancado un músculo de un solo tirón, o les hubiera separado un bíceps del resto del cuerpo. Con un revés o un leve puñetazo de su mano les hubiera machacado el cráneo como si fuese una cáscara de huevo.

Un golpe de sus terribles pies (o manos traseras) les hubiera destripado. De un retorcimiento les hubiera roto el cuello y con un simple chasquido de sus mandíbulas les hubiera atravesado al mismo tiempo la yugular y la columna vertebral.

Estando sentado, saltaba horizontalmente veinte pies de distancia. Era peludo horriblemente. Solíamos envanecernos de no serlo mucho; pero él estaba completamente cubierto de pelo en la parte superior o inferior de los brazos y aun en las mismas orejas. Únicamente las palmas de las manos, de los pies y la zona debajo de los párpados aparecían peladas. Horrorosamente feo, su boca feroz y rechinante y su enorme labio pendiente armonizaban con los terribles ojos.

Tal era Ojo Bermejo. Se arrastró cauteloso fuera de la caverna y descendió al suelo. No reparando en mí, comenzó a reconocer el lugar, inclinándose tanto hacia adelante desde la cintura, según caminaba, que a cada paso tocaba con los nudillos en el suelo, a fin de balancearse. Os digo que él sabía correr sobre las cuatro patas, cosa en la que todos los demás éramos muy torpes. Raros eran, además, los que entre nosotros andaban balanceándose sobre los nudillos. Esto sólo ocurría por atavismo, y Ojo Bermejo era el mayor de los atavismos.

Esa es su verdadera descripción: un atavismo. Nosotros íbamos realizando el progreso de cambiar nuestra vida arbórea en terrena. Hacía muchas generaciones que veníamos realizando este cambio, con lo que también nuestro porte y cuerpo se habían transformado. Pero Ojo Bermejo era una regresión al más primitivo de los Hombres de los Árboles. Como había nacido en nuestra Horda, era fuerza que permaneciera entre nosotros; pero, en realidad, representaba el atavismo y su sitio estaba en otra parte.

Prevenido y siempre alerta, iba de un lado para otro en la tierra llana, escudriñando entre los árboles, queriendo vislumbrar al animal cazador que todos sospechaban me hubiera perseguido. Y mientras que hacía esto, la Horda se apiñaba en la boca de las cavernas y observaba sin reparar en mí.

Parece que, al fin, Ojo Bermejo se dio cuenta de que ningún peligro acechaba. Regresaba de la entrada del barrancal, donde había bajado a beber en el abrevadero. Se acercó hacia donde yo estaba, pero sin mirarme. Prosiguió caminando al azar, hasta que dio de bruces sobre mí, y entonces, sin mediar nada y con increíble rapidez, me soltó en la cabeza un tremendo manotazo. Reculé tambaleándome un buen trecho y caí contra el suelo medio atontado, mientras que se oía un salvaje tumulto de risas y carcajadas ululantes que venían de las cavernas. Era una gran broma, por lo menos en aquellos tiempos, y así lo apreció la Horda con gran alegría.

Así fue como me recibieron en la Horda. Ojo Bermejo no volvió ni siquiera a fijar su atención en mí y me dejó en libertad para llorar y gemir como quisiera. Se acercaron curiosamente algunas mujeres y las reconocí enseguida, por habérmelas encontrado el año anterior cuando mi madre me llevaba a las cañadas donde crecían los avellanos.

Pronto me dejaron solo, siendo reemplazadas por tina docena de curiosos e impertinentes chicuelos. Formaron círculo a mi alrededor y me señalaban con el dedo haciendo gestos, hurgándome y provocándome. Yo estaba asustado y los aguanté al principio; después se apoderó de mí la ira y salté armado de uñas y dientes sobre el más audaz de ellos, que no era otro que Oreja Caída. Le doy este nombre porque sólo podía aguzar una de las orejas. La otra colgaba siempre fláccida y sin movimiento. Algún accidente le habría dañado los músculos, privándole de su uso.

Cerramos el uno contra el otro, como los niños cuando riñen. Nos arañamos y mordimos, nos arrancamos el pelo, forcejeamos y nos tiramos por el suelo. Recuerdo que conseguí echarle una buena presa que me dio la ventaja decidida; pero no gocé mucho tiempo de ella, porque él dobló una pierna y con el pie (o mano trasera) me dio tan terrible golpe, que por poco me destripa. Lo tuve que soltar para salvarme, volviendo de nuevo ambos a la lucha.

Oreja Caída tenía un año más que yo, pero mi rabia era mayor que la de él, y al fin tuvo que confiarse a sus piernas y poner pies en polvorosa. Lo perseguí cruzando la llanura y atravesando después uno de los barrancos que daban al río; Oreja Caída tomó el diagonal del llano y se lanzó en la abierta boca de una cueva.

Antes de darme cuenta de nada ya estaba yo dentro de la cueva, en tinieblas. Luego me sentí atemorizado. Era la primera vez que veía una caverna. Comencé a gemir y llorar. Oreja Caída charloteaba en la sombra, haciéndome burla, y saltando sobre mí en la oscuridad, me tumbó de un empujón sin que pudiera verle. No se arriesgó, sin embargo, a un segundo encuentro y optó por retirarse. Yo me hallaba entre él y la entrada de la cueva, y aunque no le había visto pasar, parecía como si

se hubiera escurrido de allí. Agucé el oído, pero no pude averiguar dónde estaba. Esto me dejó absorto. Gané la salida y me senté allí, quedando en acecho.

No lo vi salir por la entrada, estaba cierto de ello, y no obstante, al cabo de algunos minutos me dio un golpe en el codo. Corrí tras él, que de nuevo volvió a meterse en la cueva; pero esta vez no quise apartarme de la entrada. Me dejé caer a corta distancia y observé. Oreja Caída no salió y, sin embargo, volvió como antes a darme un golpe en el codo, persiguiéndonos por tercera vez, hasta que penetró en la caverna.

Volvió a repetirse la hazaña varias veces. Luego lo seguí hasta el interior de la cueva, buscándolo inútilmente. Se había avivado mi curiosidad. No podía comprender de que manera me burlaba. Llegábamos hasta la caverna, de donde nunca salía, pero siempre volvía a darme burlonamente en el codo. De esta suerte nuestra lucha se transformó en un juego al escondite.

Seguimos jugando durante toda la tarde, descansando de cuando en cuando, y acabó por despertarse entre nosotros un sentimiento de amistad. Al fin él no huía de mí y nos sentábamos juntos, rodeándonos con nuestros brazos. Poco después me reveló el misterio de la caverna. Me condujo al interior asiéndome de la mano.
La cueva se comunicaba con otra por una pequeña rendija y a través de ella se deslizaba Oreja Caída para salir al aire libre.

Ahora éramos ya buenos amigos. Cuando los otros chicuelos se juntaron a mi alrededor para provocarme, él se unió conmigo, saliendo en mi defensa, y tan duramente les acometimos que pronto nos dejaron solos.
Oreja Caída me dio a conocer la aldea. Muy poco podía explicarme en lo que a condiciones y costumbres se refiere, porque no tenía palabras con que hacerlo; pero yo aprendí mucho observando sus acciones y después me mostró también las cosas y los lugares.

Me condujo por el llano, entre las cavernas y el río, por la selva que más allá comenzaba, hacia un lugar herboso, bajo los árboles, donde almorzamos zanahorias, de fibrosas raíces. Después bebimos un buen trago de fresca agua en el río y trepamos el barranco en dirección a las cuevas.

En el barranco volvimos a encontrarnos con Ojo Bermejo. Yo no lo había visto. Oreja Caída se retiró acobardado a un lado, apretándose contra el barranco.
Natural e involuntariamente lo imité. Entonces me di cuenta de la causa de su terror. Era Ojo Bermejo que bajaba tambaleándose hacia el centro del barranco, gesticulando amenazador, con sus ojos inflamados. Observé todos los chicuelos se escabullían lejos de él, lo mismo que nosotros, mientras que los mayores lo contemplaban con ojos cautelosos y se apartaban, cediéndole el centro de la senda.

Al llegar el crepúsculo, quedó desierto el llano. La Horda se fue a buscar la seguridad de las cuevas. Oreja Caída me enseñó el camino de nuestro lecho. Trepamos hacia lo más escarpado de los altos riscos, más allá de las cavernas, hasta una diminuta grieta que no podía distinguirse desde el suelo. Oreja Caída se escurrió dentro y yo le seguí con dificultad, tan estrecha era la entrada, encontrándome al fin en una pequeña cueva abierta en la roca. Era muy baja, no

más de un par de pies de altura y acaso unos tres pies de ancho por cuatro de largo. Aquí, apoyado uno en los brazos del otro, pasamos la noche durmiendo.

CAPíTULO VI

VIENDO cómo los chicuelos más audaces jugaban al escondite en las cavernas de ancha entrada, comprendí que debían estar deshabitadas necesariamente. Nadie dormía allí por la noche. Sólo se utilizaban para dormir las cavernas de boca estrecha, mejores cuanto más reducida fuera la rendija de entrada, a causa del temor a los animales de presa que nos amargaban la vida en aquellas noches y días del mundo primitivo.

Comprendí cual era la ventaja de estas cavernas de entrada estrecha a la mañana siguiente, después de la noche que dormí con Oreja Caída. Despuntaba el alba, cuando el tigre Diente de Sable caminaba por el llano. Ya se habían levantado dos de la Horda y corrieron a refugiarse en una de las cavernas. No sé si por efecto del pánico o porque estaría Diente de Sable demasiado cerca, sin darles tiempo para trepar por el escarpado hasta las grietas, ello fue que se metieron a toda prisa en la cueva de ancha boca donde habíamos jugado Oreja Caída y yo la tarde anterior.

No hay manera de decir lo que pasó dentro; pero podemos asegurar que los dos de la Horda se escurrieron por las rendijas que comunicaban con las otras cavernas. La rendija era demasiado pequeña para permitir el paso a Diente de Sable, que se volvió por donde había entrado, rugiendo furioso. Había fracasado durante, la noche en su cacería y esperaba almorzarse tranquilamente a algunos de los nuestros. Vio a los dos de la Horda en la boca de la otra caverna y saltó hacia ellos, pero se le volvieron a escapar escurriéndose por el pasadizo hasta la primera caverna. Diente de Sable, más furioso que nunca, gesticulaba amenazador.

Se armó entre nosotros una batahola horrible. Nos habíamos asomado desde lo alto del escarpado, ululando y chillando en mil tonos distintos. Gesticulábamos con extrañas carantoñas, tan enfurecidos como el propio Diente de Sable, sólo que nuestra ira estaba enlazada con el miedo. Me acuerdo que yo chillaba y gesticulaba como el que más, no sólo siguiendo el ejemplo de los otros, sino obedeciendo a un impulso interior que me incitaba a obrar como ellos. Los pelos se me erizaban y me estremecía en convulsiones le cólera ardiente y ciega. Diente de Sable continuó lanzándose de una a otra caverna. Pero los dos de la Horda se deslizaban simplemente por la grieta o pasadizo y le esquivaban. Mientras tanto, todos los demás, desde el escarpado, procedíamos a poner manos a la obra. Cada vez que salía Diente de Sable le apedreábamos con peñascos. Habíamos empezado por dejarlos rodar sobre él, pero pronto comenzamos a lanzarlos con todo el impulso de nuestros músculos.

Este bombardeo encolerizó muchísimo más a Diente de Sable. Abandonó la persecución anterior y saltó por los riscos hacia nosotros, clavando sus garras en las rocas, gruñéndonos mientras trepaba. Ante su tremendo aspecto, nos refugiamos desde el primero hasta el último en el interior de las cavernas. Lo puedo afirmar porque me asomé y vi que estaba completamente desierto el escarpado, donde Diente de Sable, que había pisado en falso, resbalaba y rodaba por los riscos.

Lancé una exclamación para animar a todos y nuevamente las peñas se cubrieron de la Horda, que prorrumpía en gritos, y de nuevo las piedras rodaban más aprisa que antes. Diente de Sable estaba frenético de ira. Asaltó otra vez los riscos, y en una ocasión hasta llegó a las primeras cavernas de boca estrecha, pero no pudo forzar la entrada. Cada impulso era una nueva ola de cólera que brotaba en nosotros. Al principio nos retirábamos casi todos hacia el interior de las cavernas, pero algunos permanecían en sus puestos golpeándole con las piedras, hasta que terminamos por quedarnos todos fuera sosteniendo nuestras descargas.

Nunca se había visto a una fiera tan poderosa tan completamente en ridículo. Su terrible orgullo estaba herido y burlado por la astucia de unos seres tan pequeños y débiles. Quedóse en el suelo Diente de Sable mirándonos furioso, gruñendo, restallando la cola y esquivando las piedras que llovían sobre él. En una ocasión lancé un pedrusco en el preciso momento en que levantaba la cabeza para mirar, y la piedra le cayó de pleno sobre la nariz. Reculó de un brinco rápido, las cuatro patas al aire, gruñendo a causa del dolor y la sorpresa.

Se había dado cuenta de su derrota; recobró, sin embargo, su perdida dignidad y comenzó a caminar solemnemente alejándose de la lluvia de piedras. Aún se detuvo a mirarnos. Estaba ansioso y hambriento. Se había quedado sin almuerzo, cuando creía tener en nosotros tan buena provisión de carne; pero aunque la había sitiado, era para él inaccesible. No pudimos por menos de estallar en una carcajada al verle. Nos reíamos tumultuosa y burlescamente. A los animales no les gustan las burlas. Se encolerizan cuando se ríen de ellos. Así le ofendieron también a Diente de Sable nuestras risas. Se volvió con un espantoso rugido, y para sacudirse el ridículo quiso volver a acometernos de nuevo. En realidad no podíamos desear nada mejor. La lucha se había convertido en juego, y nosotros gozábamos mucho apedreándole.

No insistió, sin embargo, en el ataque. Recobró su buen sentido, además de que nuestros proyectiles no eran demasiado cariñosos. Recuerdo muy bien el aspecto de uno de sus ojos, medio saltado por una de nuestras piedras. Y también conservo un vivo recuerdo de la escena final, en que le veo al borde de la selva, adonde se había retirado; miraba hacia atrás, en dirección a nosotros, con los labios retorcidos, mostrando la raíz de sus tremendas fauces, erizado el pelo y la cola arqueada y restallante. Dio un último rugido y desapareció entre los árboles.

Dimos entonces suelta a nuestra garrulería locuaz. Hormigueábamos fuera de las cavernas, examinando las huellas de las garras sobre los peñascales del escarpado y charlando todos a la vez. Uno de los dos perseguidos por Diente de Sable hasta la doble caverna era casi adolescente. Habían salido ambos muy orgullosos de su refugio, pavoneándose ante la multitud que, admirada, había comenzado a rodearles. Pero apareció entonces en medio de nosotros la madre del más joven y descargó sobre él su tremenda ira, tirándole de las orejas, arrancándole el pelo y dándole una soberana paliza, mientras gritaba como un demonio. Era una mujerona rolliza y muy peluda, que hacía las delicias de la Horda al verla zurrar a su hijo. Agarrándonos los unos a los otros y rodando juntos al suelo en la explosión de nuestra gran alegría, prorrumpimos en estridentes carcajadas.

La Horda, a pesar de vivir en el reino del terror, era muy reidora. Teníamos el sentido del ridículo. Nuestra alegría era gargantuesca e irrefrenada. No sabíamos hacer las cosas a medias. Ante las escenas cómicas que advertíamos, inmediatamente nos deshacíamos en convulsiones de risa. Las cosas más sencillas y toscas nos parecían cómicas. ¡Oh! Vivíamos en una perpetua carcajada. Puedo asegúraroslo.

Tratábamos a todos los animales que invadían nuestra aldea de la misma manera que a Diente de Sable. Los barrancales y los abrevaderos estaban reservados para nosotros, porque hacíamos imposible la vida a las bestias que vagaban o penetraban en nuestros dominios. Hasta los más fieros animales cazadores, a fuerza de recibirlos de aquel modo, terminaron por dejarnos a solas en nuestros lugares. No éramos luchadores como ellos; éramos astutos y cobardes, y la astucia y la cobardía, junto con nuestra desordenada propensión al miedo, nos hicieron sobrevivir y vencer en aquel ambiente de terror del mundo Primitivo.

Oreja Caída contaba, a mi entender, un año mas que yo. No tenía medio de expresión para relatarme su propia historia; pero como nunca vi rastro de su madre, le creía huérfano. Después de todo, la paternidad no importaba gran cosa en nuestra Horda. El matrimonio estaba aún en estado primordial y las parejas tenían siempre abierto el camino de reñir y separarse. El hombre moderno, con la institución del divorcio, hace lo mismo, sólo que legalmente. Nosotros no teníamos leyes; nos regíamos por las costumbres, que no eran muy definidas en este asunto particular.

Sin embargo, como más adelante se verá en esta narración, mostrábamos algunas débiles vislumbres de inclinación hacia la monogamia, que más tarde habría, de dar fortaleza y poder a las tribus que la adoptaron. Además, en mis tiempos, había ya alguna que otra pareja fiel que vivía entre los árboles en la vecindad de mi madre. La vida en el corazón de la Horda no incitaba a la monogamia, e indudablemente por esto se alejaban las parejas fieles para vivir a solas. Allí permanecían unidas durante años, pero cuando marido o mujer morían o eran devorados, el que sobrevivía encontraba siempre un nuevo compañero.

Había una cosa que me dejaba absorto y desorientado durante los primeros días de residencia en la Horda. Era un inmenso e inexplicable terror secreto que se apoderaba de todos. Al principio parecía que sólo se refería a la orientación: la Horda temía al Nordeste. Vivía con gran inquietud respecto a ese punto del horizonte, y cada cual miraba frecuentemente y con mayor alarma hacia esa dirección que hacia ninguna otra.

Cuando Oreja Caída y yo íbamos hacia el Nordeste para comernos las zanahorias de fibrosas raíces que estaban entonces en sazón, se volvía tímido como nunca. Se contentaba con comer las zanahorias grandes y duras, o las pequeñas, pegajosas aún, antes que aventurarse un poco más allá, donde había otras maduras e intactas. Cuando me atreví a llegar hasta allá, me daba a entender que algún grave peligro me acechaba en aquella dirección; pero la pobreza del lenguaje no le permitía expresar cuál fuera ese tremendo peligro.

Muchos y muy buenos banquetes me di de esa manera, mientras que él gruñía y chillaba inútilmente. Yo me mantenía siempre alerta, pero nunca pude ver peligro alguno. Calculaba siempre la distancia al árbol más próximo, y sabía que podía alcanzar su asilo acogedor antes de que el león o Diente de Sable me pillaran si de súbito aparecieran.

Una tarde, ya cercana la noche, se levantó un gran tumulto en la Horda. Una idea fija la martirizaba: el terror. La Horda hormigueaba sobre el escarpado, contemplando y señalando hacia el Nordeste. Instintivamente corrí hacia la seguridad de mi caverna, trepando por el camino resbaladizo, antes de volverme a mirar la causa de todo aquello.

Y entonces vi por primera vez, al otro lado del río, lejos, hacia el Nordeste, el misterio del humo. Era el más corpulento animal que había visto en toda mi vida. Pensé en una monstruosa serpiente cuya cabeza se erguía recta hacia el cielo sobre los más altos árboles, agitándose y serpenteando hacia abajo o hacia arriba, alternativamente. Y, sin embargo, no sé cómo entreví en la actitud de la Horda que no era el humo el verdadero peligro. Parecían temerlo como anuncio de alguna otra cosa No podía averiguar cuál fuera esa otra cosa ni ellos podían decírmelo. Mas pronto habría de saberlo y había de comprender que era más terrible que Tawny el león, que el tigre Diente de Sable, que las mismas serpientes, aunque parecía que no pudiera existir nada más terrible que ellas.

CAPITULO VII

ERA Diente Mellado, otro chicuelo que campaba por cuenta propia. Su madre vivía en las cavernas, pero habían venido después de él otros dos hijos, y se vio expulsado y abandonado a sus propias fuerzas. Habíamos contemplado la escena con no poco regocijo durante varios días anteriores. Diente Mellado no quería irse, y en cuanto su madre se alejaba de la cueva, se escurría él hacia dentro. Cuando al regreso lo encontraba la madre, daba gusto ver cómo se encolerizaba. Casi la mitad de la Horda acostumbraba a quedarse allí para contemplar aquel espectáculo. Primeramente salían de la caverna los gruñidos y chillidos de la madre; después el ruido de la paliza y los alaridos de Diente Mellado, coreados por los otros dos muchachos más pequeños. Y finalmente, como la erupción de un volcán en miniatura, Diente Mellado era lanzado afuera.

Al cabo de varios días quedó terminada definitivamente su expulsión del hogar. En el centro del llano estuvo lamentando su dolor, sin que nadie le hiciera caso, y después de una hora de llanto inútil determinó venirse a vivir con Oreja Caída y conmigo. Era muy pequeña nuestra cueva, pero apretujándose mucho hubo sitio para los tres. Sin embargo, no recuerdo que Diente Mellado estuviera con nosotros más de una noche; así es que debió ocurrirle enseguida el accidente que os voy a referir.

Sucedió al mediodía. Habíamos comido por la mañana nuestra ración de zanahorias, y luego nos aventuramos por los árboles, despreocupados con nuestros juegos. No puedo explicarme cómo Oreja Caída perdió su recelo habitual: acaso distraído por el juego, como ya he dicho. Habíamos estado mucho rato jugando al

escondite entre los árboles. ¡Y vaya un escondite! Saltábamos espacios de diez o quince pies como si tal cosa. Un salto dejándonos caer desde veinte o veinticinco pies de altura, no tenía para nosotros ninguna importancia. Casi temo deciros los enormes trechos que saltábamos. Cuando nos hicimos más pesados, aprendimos con los años a ser más precavidos en los saltos; pero en aquella edad eran nuestros cuerpos como mimbres y hacíamos con ellos lo que queríamos.

Diente Mellado desplegaba extraordinaria agilidad en estos juegos. Él se quedaba menos veces que ninguno, y en el transcurso del juego encontraba siempre alguna pirueta dificilísima que ni Oreja Caída ni yo éramos capaces de imitar. Para decir la verdad, he de confesar que nos daba miedo intentarlo.

Cuando nos "quedábamos" alguno de nosotros, Diente Mellado corría hasta el extremo de las ramas más altas del árbol, a unos setenta pies del suelo, sin nada debajo que pudiera amortiguar la caída A unos veinte pies por debajo y a más de quince de la perpendicular, pendía una gruesa rama de otro árbol. Cuando le perseguíamos hasta las ramas altas, Diente Mellado, haciéndonos frente, comenzaba a sacudir la rama en que se hallaba, y esto, como es natural, nos hacía detenernos. Entonces se balanceaba, y cuando al fin íbamos a cogerle, se dejaba caer a impulsos de la oscilación de la rama, de la que se servía como un trapecio. Durante la caída, daba una voltereta en el aire para quedar de frente a otra rama donde había de asirse. Ésta se doblaba al golpe, y a veces hasta crujía amenazando romperse; pero no se quebró nunca, y siempre veíamos entre las hojas el rostro de Diente Mellado que nos hacía muecas de burla y de triunfo.

A mí me había tocado "quedarme" la última vez que Diente Mellado intentó su famoso salto. Había alcanzado ya el extremo de la rama y comenzaba a balancearla. Me arrastraba hacia él, cuando de repente oímos un grito de alarma de Oreja Caída. Miré hacia abajo y le vi en la bifurcación misma de las ramas junto al tronco, acurrucándose contra él. También yo me acurruqué instintivamente contra la gruesa rama en que me hallaba. Diente Mellado contuvo su balanceo, pero la rama continuó aún sus oscilaciones, arqueándose de arriba a abajo entre el rumor de las hojas.

Oí quebrarse una ramita seca, y mirando hacia abajo vi al primer hombre del Fuego. Se deslizaba sigilosamente sobre la tierra, escudriñando los árboles. Pensé primero que seria algún animal salvaje, porque llevaba en torno a la cintura y sobre los hombros jirones de piel de oso. Luego distinguí sus manos, sus pies, y más claramente sus facciones. Se parecía mucho a mi propia especie, sólo que era menos velludo y sus pies menos parecidos a las manos que los nuestros. En efecto, como pude observarlo más tarde, estos Hombres del Fuego eran menos velludos que nosotros, como nosotros lo éramos menos que los Hombres de los Árboles.

Al verle, lo comprendí todo perfectamente. Este era el terror del Nordeste que anunciaba el misterio del humo. Sin embargo, yo estaba sorprendido; no era ciertamente ningún monstruo terrible. Ojo Bermejo o cualquiera de nuestros más fuertes hombres hubieran sido un temible rival para él. Era viejo, además, arrugado por los años, y sus cabellos aparecían grises. Cojeaba penosamente de una pierna. No cabía duda de que podríamos escaparnos y trepar más deprisa que él. Indudablemente no lograría cogernos.

Pero llevaba en la mano algo que yo no había visto nunca: un arco y una flecha. Ambas cosas aún no significaban nada para mí. ¿Cómo podía comprender que la muerte nos acechaba en aquel pedazo de madera curva? Oreja Caída sí que lo sabía. Sin duda habría visto antes a los Hombres del Fuego y conocía algo de su manera de ser. El hombre del Fuego le miró, dando la vuelta alrededor del árbol. Oreja Caída dio también la vuelta sobre la bifurcación de las ramas, poniendo siempre el tronco entre él y el hombre del Fuego.

Éste se volvió en dirección distinta repentinamente. Oreja Caída, sorprendido, también se volvió velozmente, pero no pudo ocultarse antes de que el hombre del Fuego hubiese tendido el arco. Vi cómo saltaba la flecha disparada, rozaba a Oreja Caída y se hincaba oblicuamente contra un ramón, cayendo después al suelo. Salté, bailando de alegría sobre la alta rama donde estaba encaramado. ¡Qué juego tan divertido! El hombre del Fuego le tiraba cosas a Oreja Caída, como nosotros cuando jugábamos.

Continuó un rato más el juego; pero Oreja Caída no se volvió a exponer. Entonces el hombre del Fuego miró hacia arriba. Yo me eché adelante, asomándome fuera de la rama horizontal, provocándole con mi media charla, ganoso de jugar con él. Deseaba ponerme de blanco a ver si me acertaba. Me miró, pero no se dio por aludido, fijando la atención en Diente Mellado, que aún se balanceaba ligera e involuntariamente en el extremo de la rama.

Saltó hacia el cielo la primera flecha. Diente Mellado dejó exhalar un gemido de miedo y agonía. El dardo había dado en el blanco. Esto cambiaba para mí el aspecto de la cuestión. Perdí inmediatamente las ganas de jugar y me recogí tembloroso detrás de las ramas. Dos flechas más pasaron rozando a Diente Mellado, silbando al deslizarse entre las hojas, y describiendo un arco en el aire cayeron después hacia la tierra.

El hombre del Fuego tensó de nuevo su arco. Cambió de posición, desviándose algunos pasos. Vibró sonoro el arco, salió la flecha disparada, y Diente Mellado, lanzando un tremendo alarido, se desprendió de la rama. Lo vi caer volteando; parecía que fuera todo brazos y piernas; llevaba clavado el dardo en el pecho y aparecía y desaparecía a cada vuelta del cuerpo desplomado.

Cayó, entre la estridencia de un grito, desde setenta pies de altura. Fue a aplastarse contra el suelo con un golpe como un chasquido, y rebotó el cuerpo para caer de nuevo. Aún vivía, porque se agitó arañando con pies y manos. Recuerdo al hombre de1 Fuego corriendo hacia él con una piedra y machacándole la cabeza; luego... no recuerdo nada más.

Siempre, en mi infancia, al llegar a este momento de mis sueños, me despertaba gritando y aterrorizado... para encontrar a menudo a mi madre o a mi niñera, que, ansiosas y sobresaltadas, me acariciaban con sus manos los cabellos y me decían que estaban a mi lado y nada debía temer.

Mi sueño siguiente me representó la huída a través de la selva en compañía de Oreja Caída. Se habían desvanecido Diente Mellado, el hombre del Fuego y los

árboles de la tragedia. Oreja Caída y yo, llenos de pánico y de recelo, huíamos entre los árboles. De pronto sentí en la mano derecha un dolor ardoroso. Un dardo me había atravesado la carne. La punta y la caña de la flecha del hombre del Fuego asomaban respectivamente a cada lado de la mano. No sólo la tirantez de la flecha me dolía intensamente, sino que impedía mis movimientos y me imposibilitaba para seguir a Oreja Caída.

Me detuve al fin, acurrucándome al abrigo de las ramas de un árbol. Oreja Caída siguió adelante. Le llamé ansiosamente, aún lo recuerdo, y él se detuvo para mirar hacia atrás. Entonces volvió hacia mí trepando por las ramas y examinando el dardo. Trató de arrancarlo, pero por una parte lo impedía la punta barbada y por la otra el extremo de la caña rodeada de plumas.

Permanecimos agazapados unos instantes; Oreja Caída, nervioso y con ansiedad de irse, miraba inquieto y temeroso hacia uno y otro lado; yo gimoteaba en voz baja. Oreja Caída ardía en deseos de huir y, sin embargo, permanecía a mi lado; sabía el peligro que le amenazaba y no quiso abandonarme a pesar del terror. Veo en su conducta la sombra precursora del altruismo y del compañerismo que han contribuido a que el hombre sea el más poderoso de todos los animales.

Aun quiso arrancarme la flecha, rasgando la carne, pero yo lo detuve enfurecido. Entonces se inclinó y comenzó a mordisquear la caña del dardo. Mientras lo hacía, sostenía firmemente la flecha entre sus manos para que no me lastimara la herida, en tanto que yo me apoyaba sobre él.

Muchas veces pienso en esta escena: los dos muchachos, en la infancia de la Horda, dominando el uno su terror y su egoísmo de huir, para permanecer a mi lado ofreciéndome su ayuda. Y entonces se levanta ante mis ojos todo lo que allí estaba latente, y veo la visión de Damón y Pythias, los mártires, la Cruz Roja, los guías que emprenden los heroísmos desesperados el padre Damián, y Cristo mismo, y todos los grandes hombres de la tierra, cuya fortaleza tiene sus huellas originarias en el lazo primitivo y rudimentario de Diente Mellado, Oreja Caída y otros ignorados habitantes del naciente mundo.

Cuando Oreja Caída hubo triturado la caña del dardo, pudo separar la punta fácilmente y arrancar la flecha. Me levanté para proseguir nuestra huída; pero ahora fue él quien me detuvo. La pierna me sangraba profusa-mente. Se habrían roto sin duda alguna de las venas menores.

Oreja Caída corrió hacia el extremo de la rama, arrancó un puñado de hojas tiernas y las puso como un emplasto cubriéndome la herida La sangre dejó de brotar inmediatamente Entonces continuamos adelante, volviendo a la seguridad de las cavernas.

CAPITULO VIII

RECUERDO muy bien el primer invierno que siguió a mi expulsión del hogar. Durante mis sueños he vuelto a padecer los sufrimientos de sed y los estremecimientos de frío que entonces nos acometían. Oreja Caída y yo nos

sentábamos muy juntos, estrechándonos con brazos y piernas, amoratado el rostro y tiritando. Al amanecer era cuando me sentía más entumecido. En aquellas horas heladas dormíamos poco, y esperábamos el despuntar del día, ateridos y desamparados, para reconfortarnos a los rayos del sol.

Crujía la escarcha bajo nuestros pies cuando salíamos de la caverna. Una mañana descubrimos una capa de hielo sobre las aguas quietas en el remanso del abrevadero. La noticia se extendió por la Horda y todos nos preguntábamos qué pudiera ser aquello. El anciano Marrow-Bone, que era el más viejo de la Horda, no había visto nunca nada semejante. Recuerdo la mirada interrogativa, perpleja y llorosa que brotó de sus ojos al examinar el hielo. Esa mirada llorosa resplandecía en nuestros ojos cuando no comprendíamos algo o cuando sentíamos el aguijón de algún vago e inexpresable deseo. También Ojo Bermejo vino a examinar el hielo. Llegaba aterido y se volvió a mirar hacia el Nordeste, como si quisiera relacionar a los Hombres del Fuego con este último hallazgo.

Sin embargo, sólo encontramos hielo esta mañana a pesar de ser aquel invierno el más frío que tuvimos que sufrir. No recuerdo de ningún otro que fuera tan duro. He pensado muchas veces que seria precursor de los innumerables fríos venideros, Cuando las sábanas de hielo iban bajando del Norte lejano arrastrándose sobre la faz de la tierra. Nosotros no llegamos a verlas. Debieron pasar muchas generaciones antes de que los descendientes de la Horda emigraran al Sur o permanecieran allí adaptados a las variables condiciones del medio.

Nuestra vida era un azar. Vivíamos sin ton ni son. Ni se planeaba nada, ni nada se ejecutaba. Comíamos cuando teníamos hambre, bebíamos al sentir la sed, nos retirábamos al abrigo de las cuevas cuando la noche se aproximaba y pasábamos en un juego fortuito el resto de la vida. Éramos muy curiosos, fáciles de divertir y muy abundantes en bromas y jugueteos. Sólo la cólera o el peligro nos volvían serios y graves; pero tan pronto como se disipaba la amenaza se olvidaba todo.

Ilógicos, inconsecuentes e inconstantes, carecíamos de firmeza en nuestros propósitos, y esta era la causa de la superioridad de los Hombres del Fuego, que poseían todo esto en que tan pobres éramos nosotros. En algunas cosas, sin embargo, éramos capaces de algún propósito largamente acariciado, especialmente en la vida emocional. El caso de las parejas monogámicas a que antes me he referido podrá interpretarse como efecto de una costumbre; pero no ocurre lo mismo con mi pasión hacia Dulce Alegría, ni menos aún con la enemistad oculta que existía entre Ojo Bermejo y yo.

Lo que más me aflige cuando vuelvo mis ojos a esa vida lejana, es nuestra inconsecuencia y nuestra estolidez. En una ocasión me encontré una calabaza rota, con la concavidad hacia arriba, a manera de cuenco, llena de agua de lluvia. Era dulce el agua y bebí de ella. Hasta me llevé la calabaza y la volví a llenar en el río, en parte para beberla y en parte para derramarla sobre Oreja Caída. Después tiré la calabaza sin más consecuencias. No me cabía en la cabeza ni se me ocurrió nunca llenarla de agua y llevármela a la cueva. Sin embargo, muchas veces, durante la noche, tenía sed, sobre todo después de haber comido cebollas, y tenía que sufrirla, porque nadie osaba salir a beber, fuera de las cavernas.

Más adelante me encontré otra calabaza en cuyo interior sonaban las semillas. Mucho me divirtió esto; pero era un juguete y nada más que un juguete. No pasó, sin embargo, mucho tiempo sin que se adoptase al fin el uso de las calabazas para depósitos de agua de la Horda. No fui yo el inventor; corresponde el honor de ello al anciano Marrow-Bone, y bueno es aclarar que fue la necesidad de sus avanzados años la causa productora de la innovación.

Lo cierto es que el primero en usar las calabazas para beber en la Horda fue Marrow-Bone. Podía tener así una reserva de agua en la caverna donde moraba y que pertenecía a su hijo Pelicalvo, quien le había permitido ocupar un rincón de ella. Solíamos ver a Marrow-Bone cuando llenaba su calabaza en el abrevadero para llevársela después a la caverna. La Horda era muy imitadora; así es que, unos primero y otros después, cada cual se procuró una calabaza parecida, hasta que se generalizó la práctica de almacenar el agua de esta suerte.

A veces, el anciano Marrow-Bone, a causa de sus achaques, no podía salir de la caverna, y entonces Pelicalvo le llenaba su calabaza. Algún tiempo después, Pelicalvo delegó esta tarea en su hijo Labio Largo, y después, cuando se restableció Marrow-Bone, continuó Labio Largo llevándole el agua. Andando el tiempo, los hombres dejaron de transportar agua, imponiendo la tarea a las mujeres y a los niños. Oreja Caída y yo, que vivíamos independientes, llevábamos tan sólo el agua para nosotros y solíamos burlarnos de los demás muchachos cuando les llamaban para que cargasen las calabazas, dejando la alegría de sus juegos.

Lentos eran nuestros progresos. Aun los adultos pasaban la vida jugando mucho más de lo que ahora juegan nuestros niños. En esto no nos igualaba ningún animal. Lo poco que aprendíamos era hijo del juego o de nuestra curiosidad y penetración. Por eso fue el uso de las calabazas el más grande invento de la Horda durante todo aquel tiempo. Al principio nos limitábamos a guardar agua en ellas, como hacía el anciano Marrow-Bone. Pero cierto día, una de las mujeres, no recuerdo cuál, llenó de moras una calabaza y la trajo a la caverna. Al poco tiempo todas las mujeres las traían llenas de bayas, nueces y raíces. Otra mujer inventó una nueva evolución del sistema de transportes; sin duda su calabaza sería muy pequeña o tal vez se la habría olvidado; pero fuera lo que quiera, el caso es que ató dos hojas grandes, cosiéndolas con juncos, y pudo traer así una gran cantidad de bayas muy superior a la que cupiera en la mayor de nuestras calabazas.

Hasta ahí y no más allá llegamos en los medios de transporte durante mi vida en la Horda. A nadie se le ocurrió tejer una cesta con mimbre o juncos. A veces ataban con varitas flexibles y con enredaderas los manojos de helechos y ramas que se traían a las cuevas para acostarse sobre ellos. Acaso al cabo de diez o veinte generaciones llegaríamos a inventar el tejido de las cestas. Y después vendría otra cosa indudablemente: si se tejían mimbres para hacer cestos, el paso próximo sería el tejido de la tela. Seguiría a esto el vestido, y al cubrir nuestra desnudez, nacería el pudor.

Así se iba avanzando en el mundo prehistórico. Pero nosotros estábamos empezando el camino y no podíamos ir muy lejos en una generación. No teníamos flechas, desconocíamos el fuego y estábamos en los rudos comienzos del lenguaje.

Tan lejana estaba aún la invención de la escritura, que me siento anonadado al pensarlo.

Sin embargo, estuve a punto de hacer un gran descubrimiento, u se hubiera realizado a no ser por la glotonería e Oreja Caída. Demuéstrase, además, con esto cuán casual era en aquellos días nuestro desarrollo. El caso es que estuvo en un tris que no descubriera yo la domesticación del perro, cosa que los Hombres del Fuego no habían conseguido todavía, pues sé por observación directa que no tenían perros. Pero relatemos cómo la glotonería de Oreja Caída detuvo, acaso por muchas generaciones, nuestro progreso social.

Muy lejos, hacia el Occidente de nuestras cavernas, había grandes pantanos, y al Sur se extendía una hilera de pequeñas colinas rocosas. Eran menos frecuentadas, porque nadie se aventuraba por allí, a causa de no haber alimento alguno y porque estaban plagadas de fieras carnívoras.

Pero un día, Oreja Caída y yo nos encontramos en las colinas, desviados de nuestro camino. No nos habríamos extraviado si no hubiéramos estado persiguiendo a un tigre. Os ruego que no os riáis. Era el propio Diente de Sable. Tropezamos con él en la selva, una mañana, y le gritamos, desde el seguro de las altas ramas nuestro odio. Le perseguimos por encima de su propia cabeza, de rama en rama y de árbol en árbol, lanzando una gritería infernal que avisaba a todos los habitantes de la selva la proximidad del viejo tigre Diente de Sable.

Con esto le echábamos a perder la caza por todas partes. Se enfureció de un modo terrible; nos amenazaba, gruñía, restallaba la cola, y a veces se paraba a mirarnos fijamente durante un gran rato, como si estuviera cavilando el medio de echarnos mano. Pero nos reíamos de él y le pinchábamos con tallos secos desde el extremo de las ramas.

Era el gran juego de la Horda el acoso del tigre. A veces se complicaba con el de un león o de otro tigre que se había aventurado por la selva en pleno día. Era nuestra venganza. Más de uno de los nuestros, pillado desprevenido, había ido a llenar la panza del tigre o del león. Acaso también estas pruebas nos enseñaron a ahuyentar de nuestro territorio a los animales cazadores. Pero aquello era muy divertido; un magnífico juego.

Así es como perseguimos Oreja Caída y yo al viejo Diente de Sable por más de una legua del bosque. Al final, huyó con las orejas gachas y el rabo entre piernas, como un pobre diablo apaleado. Hicimos cuanto pudimos para alcanzarle; pero cuando llegamos al linde de la selva, ya no se veía de él más que un leve punto en la lejanía.

No sé si fue la curiosidad lo que nos impulsó; pero lo cierto es que, después de jugar un rato por allí, nos aventuramos por el descampado, hacia el límite de las colinas rocosas. No fuimos demasiado lejos. Acaso no estaríamos nunca a más de cien varas de los árboles, y -he aquí que al transponer una roca bastante alta, dimos de manos a boca con tres perritos que retozaban al sol.

No nos vieron y les contemplamos un buen rato. Eran perros salvajes. Una rendija horizontal abierta en el muro de piedra indicaba evidentemente el cubil donde su madre los habría dejado y donde ellos debieron permanecer obedientes. Pero el mismo aumento de vida que nos habla impulsado a Oreja Caída y a mí a aventurarnos fuera el bosque, había arrastrado a los perritos retozones fuera del cubil. Bien sé cómo les hubiera castigado su madre si los hubiera pillado en aquella desobediencia.

Pero fuimos Oreja Caída y yo quienes les sorprendimos. Me miró Oreja Caída y saltamos hacia los perritos, que no sabían a dónde escapar como no fuera al cubil; pero nosotros nos habíamos interpuesto y se lo impedíamos. Uno de ellos se lanzó entre mis piernas, y agazapándome lo apresé enseguida. Me hincó sus agudos dientes en el brazo, lo solté en la sorpresa del repentino dolor, y al momento ya se había escurrido rápido dentro del cubil.

Oreja Caída, que luchaba con otro, me hizo un gesto de desprecio, y valiéndose de una multitud de sonidos, me intimó echándome en cara mi estupidez. Me sentí avergonzado, así bravamente al otro perrito por la cola, y aunque me clavó también sus dientecitos, le agarré por el cogote. Oreja Caída y yo nos sentamos; teniendo en las manos los perritos, los mirábamos y nos reíamos.

Gesticulaban, regruñían y lloriqueaban. Oreja Caída se sobresaltó de repente, creyendo que había oído algo. Nos miramos atemorizados y comprendimos el peligro de nuestra situación. Lo que más encolerizaba a los animales, lo que les volvía demonios enfurecidos, era que les tocaran a sus hijuelos. Y aquellas crías que armaban tal escándalo pertenecían a los perros salvajes. Bien los conocíamos nosotros, les habíamos visto en cuadrilla acosando a los animales herbívoros; los habíamos contemplado persiguiendo a las manadas de bisontes y toros, desgarrando entre sus dientes a los recentales y a las bestias viejas y enfermas. Más de una vez nos habían perseguido también a nosotros, y yo había visto en cierta ocasión cómo una mujer de la Horda cala y era atrapada por ellos cuando iba a alcanzar el refugio de los árboles. Si no la hubiera rendido la carrera, habría podido trepar a las ramas; pero al intentarlo, resbaló y rodó al suelo. Entonces los perros dieron buena cuenta de ella.

Nos miramos unos instantes, y después, asiendo fuertemente nuestras presas, corrimos al bosque. Una vez en la seguridad de los árboles, levantábamos en el aire a los perritos y nos reíamos de nuevo. Ya veis con qué facilidad brotaba en nosotros la risa, sucediera lo que sucediere.

Comenzó entonces una de las tareas más difíciles. Había que volver a la caverna, llevando con nosotros a los perritos, y no podíamos disponer de las manos para trepar, porque habíamos de asir a nuestros escurridizos prisioneros. Quisimos caminar por el suelo, pero hubimos de trepar otra vez a los árboles perseguidos por una hiena que nos vino acosando.

Oreja Caída tuvo al fin una idea feliz. Se acordó de cómo ataba los montones de hojas y los llevaba a la cueva para que le sirvieran de cama. Rompió algunas ramas fuertes de enredaderas y ató las piernas del perrito, y con otra rama que se pasó alrededor del cuello lo pudo sujetar, colgándoselo a la espalda. Esto le dejaba libres

los pies y las manos, pero había el inconveniente de que el perrito no se conformaba a permanecer sujeto en la espalda de Oreja Caída. Osciló primero hacia un costado, luego hacia delante, y como no tenía atados los dientes, asestó un buen mordisco en el indefenso estómago de Oreja Caída. Este lanzó un grito, estuvo a punto de caerse, y se hubo de agarrar a un ramón con ambas manos para evitar la caída. Pero con la violencia de la sacudida se rompió la rama de enredadera que llevaba al cuello, y desplomándose el perro, con sus cuatro patas atadas todavía, vino a caer en la boca de la hiena, que procedió tranquilamente a comenzar su comida.

Oreja Caída se enfureció. Azuzó primero a la bestia, y luego se fue solo a través de los árboles. Yo no tenía porqué llevar mi perrito a la caverna; pero como sentía el deseo de hacerlo, me quedé a realizar mi propósito. Y para hacer más fácil la empresa, desarrollando la idea de Oreja Caída, no sólo le até las patas, sino que metí una rama entre las dos mandíbulas y la até fuertemente.

Al fin pude llegar a la caverna con mi perrito. Imagino que fui algo más tenaz de lo que solíamos serlo los de la Horda, pues en otro caso no hubiera conseguido realizar mi proyecto. Todos se rieron de mí cuando me vieron llegar arrastrando al animal para meterlo en la caverna. Pero no me preocupé. El éxito había coronado mis esfuerzos y allí estaba mi cachorro. Era un juguete como ninguno de los de la Horda podía poseer. Aprendió rápidamente a comportarse. Cuando jugando con él me mordía, le daba un tirón de orejas y dejaba de intentarlo por mucho tiempo.

Yo estaba muy contento con él. Era algo nuevo, y los de la Horda nos desvivíamos por las novedades. Cuando vi que rechazaba las frutas y los vegetales, le cacé pájaros, ardillas y conejitos. Los de la Horda éramos tan vegetarianos como carnívoros, y nos complacía dedicarnos a la caza menor. El perrito comía a carne que yo buscaba para él y se iba desarrollando. Calculo que estaría bajo mis cuidados más de una semana. Un día, cuando regresaba a la caverna con una nidada de faisanes recién salidos del huevo, me encontré con que Oreja Caída había matado al perrito y comenzaba a comérselo. Salté sobre él -la cueva era muy angosta- y nos liamos a arañazos y mordiscos.

Así terminó el primer intento de domesticación del perro: con una pelea. Nos arrancamos los pelos a puñados, nos arañamos, nos mordimos y rodamos varias veces uno sobre otro. Luego, cansados de reñir, nos pusimos de pie y nos comimos tranquilamente el perrito. ¿Crudo?. . . sí, señor, crudo. Aun no habíamos descubierto el fuego. Nuestra evolución hacia el pasado de los animales yacía todavía oculta en el arrollado pergamino de los siglos venideros.

CAPITULO IX

OJO BERMEJO era el elemento de discordia de la Horda. Más primitivo que nosotros, no pertenecía en realidad a nuestra raza; Pero nosotros éramos también tan primitivos, que no fuimos capaces de un esfuerzo común para matarle o expulsarle de la Horda. Siendo como era tan tosca nuestra organización social, Ojo Bermejo era demasiado rudo para vivir en ella. Siempre sus actos, por desordenados e insociales, tendían a la destrucción de la Horda. En realidad, siendo

una reversión al tipo primitivo, su lugar estaba entre los Hombres de los Árboles más bien que entre nosotros, que ya íbamos Por el proceso de formación del hombre.

Era un monstruo de crueldad, que ya es decir, en aquellos tiempos crueles. Maltrataba a sus mujeres, y no porque tuviera muchas a un tiempo, sino porque se casó varias veces. Ninguna mujer podía vivir con él, y, sin embargo, vivían a la fuerza. Nadie se atrevía a plantarle cara. No había ninguno que fuera lo suficientemente fuerte para ponerse frente a él.

A veces recuerdo la Horda a la hora del crepúsculo, hora quieta y callada. Desparramada por los abrevaderos hasta los campos de las zanahorias y los pantanales de las bayas, se reunía en el llano extendido delante de las cavernas No osaba retardarse más allá de esta hora, porque las tinieblas se aproximaban y el mundo se abría a la crueldad de los animales carniceros, mientras que los precursores del hombre se ocultaban tiritando en sus agujeros.

Aun nos quedan unos minutos antes de que emprendamos la ascensión a las cuevas del escarpado. Estamos cansados del juego del día y apagamos nuestros gritos. Hasta los pequeñuelos, aun ganosos de broma y travesuras, juegan con cierto cuidado. Se han dormido las brisas del mar y las sombras su esparcen con el último destello del sol moribundo. Y entonces, de repente, surge de la caverna de Ojo Bermejo un grito de llanto y el ruido de los golpes. Está apaleando a su mujer.

Primero nos sobrecoge un silencio pavoroso. Pero como los golpes y los gritos continúan prorrumpimos en una algarabía, de rabia impotente. Es indudable que los hombres sienten la ofensa de aquellas brutalidades de Ojo Bermejo, pero están demasiado acobardados. Cesan al fin los golpes y el ahogado lamento se pierde poco a poco, mientras que procuramos aturdirnos con nuestras charlas. La noche se extiende sobre el paisaje.

Nosotros, para quienes casi todas las cosas eran motivos de broma, no reíamos nunca cuando Ojo Bermejo maltrataba a sus mujeres. Conocíamos demasiado bien la tragedia de las desventuradas, Más de una mañana, en lo profundo de los peñascales, encontramos el cuerpo exánime de su última esposa. La había arrojado allí, desde la boca de la caverna, después de matarla. Nunca enterraba a sus muertos. Dejaba a la Horda el cuidado de llevarse los cadáveres, que de otra suerte hubieran mancillado nuestras moradas. Acostumbrábamos a lanzarlos al río, más allá del último abrevadero.

Pero no sólo mataba a sus mujeres Ojo Bermejo, sino que asesinaba también para proporcionárselas. Cuando necesitaba una nueva esposa, elegía la de otro hombre y lo mataba inmediatamente. Yo mismo vi dos de estos asesinatos. Toda la Horda lo sabía, pero nada podía hacer. Aún no habíamos desarrollado ningún sistema de gobierno; teníamos solamente algunas costumbres y dejábamos caer nuestra ira sobre aquellos que las violaban. Así, por ejemplo, si alguien manchaba los abrevaderos, podía ser atacado por cualquiera que lo viese, y si alguno daba un falso grito de alarma, se convertiría en el blanco del mal trato de nuestras manos. Pero Ojo Bermejo pisoteaba todas nuestras costumbres, y tanto le temíamos, que nunca nos atrevimos a una acción colectiva necesaria para castigarle.

Al sexto invierno de nuestra vida en la caverna, Oreja Caída y yo descubrimos que habíamos crecido. Al principio podíamos entrar en ella sin ninguna dificultad, gracias a nuestra pequeñez lo cual tenía sus ventajas, porque impedía que los mayores intentasen quitárnosla, ya que era la más segura y la más cálida en el invierno.

Para que veáis cuál era el grado de desarrollo mental de los de la Horda, os diré que a nadie se le ocurrió pensar en lo sencillo que hubiera sido expulsarnos y engrandecer después la rendija de entrada. Tampoco Oreja Caída y yo pensamos en esto, hasta que, al aumentar nuestra corpulencia, nos vimos obligados a ensanchar la covacha. Realizamos esta obra durante el verano, cuando los días eran largos y la comida abundante; trabajábamos por turno, cuando se nos ocurría y nos daba el capricho de hacerlo.

Primeramente arrancamos las rocas desmoronables con los dedos, hasta lastimarnos las uñas; luego, por casualidad, se me ocurrió utilizar una piedra o un pedazo de leño para escarbar en la roca. La cosa fue muy bien al principio, pero no sucedió así después, porque una mañana que a fuerza de arañar hicimos un montón de escombros a la puerta de la cueva, se me ocurrió echarlos a rodar por el escarpado, despejando la entrada. Enseguida sentimos un alarido de rabia lanzado desde abajo. No era necesario mirar. Conocíamos la voz demasiado bien. Los escombros habían caído sobre Ojo Bermejo.

Nos agazapamos en la caverna, consternados. Un minuto después estaba él en la entrada de la cueva escudriñando con sus ojos inflamados y enfurecido como un demonio. Pero era demasiado grande y no podía entrar a cogernos. De pronto se fue. Esto era sospechoso. Conocíamos muy bien el carácter de la Horda y sabíamos que la ira no se habría desvanecido tan pronto. Me acerqué hacia la entrada para observar. Vi entonces a Ojo Bermejo que trepaba nuevamente por los peñascales. Llevaba en la mano un palo enorme. Antes que pudiéramos adivinar su intención ya estaba de nuevo a la puerta de la caverna pinchándonos brutalmente con el palo.

Sus acometidas eran prodigiosas. Hubieran podido reventarnos si nos acertaran. Nos acurrucamos contra las paredes laterales, donde casi estábamos fuera del alcance de su ira; pero hurgando hábilmente nos alcanzaba alguna que otra vez, en sus crueles y arañantes pinchazos con la punta del palo, que nos arrancaba pedazos de piel. Rugía de satisfacción cada vez que el dolor nos arrancaba un gemido, y volvía más afanoso a sus embestidas.

Yo empecé a enfurecerme. Era entonces un impulsivo y mi valor rayaba a veces en la temeridad, aunque en este caso era parecido al de la rata acorralada. Agarre el palo con mis manos; pero tal fue el latigazo fortísimo de su estirón, que me arrojo contra la boca de la caverna. Extendió su brazo y me desgarró la carne con las uñas cuando yo saltaba hacia atrás, librándome de su garra y logrando alcanzar la seguridad relativa del muro lateral.

Comenzó a pinchar de nuevo, dándome un golpe terrible en el hombro. Más allá, tiritando de miedo y gimiendo de dolor cuando le alcanzaba, Oreja Caída

permanecía sumiso. Busqué Con la mirada algún otro palo con que pinchar a mi vez, pero únicamente pude encontrar una pequeña rama de una pulgada de grosor y un pie de longitud. La arrojé furioso contra Ojo Bermejo. No le hice daño alguno, pero lanzó en un gruñido todo el repentino acaloramiento de su ira, amenazándome con golpearme de nuevo. Empezó entonces a pinchar enloquecido, frenético. Cogí una piedra, la lancé con el máximo impulso, y fue a darle en pleno pecho.

Esto me envalentonó. Además, yo estaba tan furioso como él y había perdido el miedo. Arranqué otro peñasco del muro, de unas dos o tres libras de peso, y lo despedí con todas mis fuerzas sobre el rostro de Ojo Bermejo. Estuve a punto de acabar con él. Se tambaleó hacia atrás, dejando caer el palo, y, estuvo en peligro de rodar por el peñascal.

Su aspecto era terrible. La faz cubierta de sangre, agitando las fauces en un gruñido de amenaza y rechinando los dientes como un jabalí. Se enjugó la sangre que le corría sobre los ojos, me echó una terrible mirada y rugió enfurecido. El palo había caído al fondo del peñascal; así es que comenzó a lanzarme piedras, y esto para amunicionarme contra él. Yo le acertaba cuantas veces quería, porque presentaba un blanco magnífico, mientras que él apenas si me podía alcanzar, escudado como estaba tras del muro.

De pronto desapareció. Lo vi desde el borde de la caverna descender por el escarpado. Toda la Horda se había reunido y contemplaba con medroso silencio nuestra lucha. Cuando lo vieron descender se escabulleron corriendo los más tímidos. Aún veo al anciano Marrow-Bone tambaleándose en su huída. Ojo Bermejo terminó de bajar con un enorme salto de más de veinte pies. En el llano se encontró con una pobre madre que atemorizada huía hacia el peñascal. Lloraba de terror, apretando contra el pecho a su niño de dos años. El niño rodó a los pies de Ojo Bermejo. Éste y la madre se lanzaron sobre él para arrebatárselo mutuamente. Después vi cómo volteaba en el aire el frágil cuerpo del niño para estrellarse contra la roca. La madre corrió hasta allí, lo recogió en sus brazos se acurrucó sobre él llorando enloquecida.

Ojo Bermejo continuaba en busca del palo. El anciano Marrow-Bone, vacilante en su camino, se había retrasado en la huída y no pudo evitar el encuentro. La enorme mano de Ojo Bermejo se extendió contra él y le agarro por el cuello, apretando como si fuera una tenaza. El débil cuerpo se abandonó al destino; Ojo Bermejo vaciló un momento, y Marrow-Bone, temblando espantosamente, inclinó la cabeza y se cubrió el rostro con los brazos cruzados. Ojo Bermejo le arrojó de un golpe contra el suelo, donde el anciano quedó inmóvil, llorando con el miedo de la muerte. Vi entonces a Pelicalvo sobre la llanura desnuda, dándose de puñetazos en el pecho desesperadamente, pero sin atreverse a dar un paso. Ojo Bermejo, obedeciendo a la incoherencia de su espíritu, abandonó de pronto al pobre viejo y siguió en busca del palo.

Volvió otra vez al escarpado y comenzó a trepar. Oreja Caída que estaba escudriñando a mi lado, se apresuró a arrastrarse al fondo de la caverna. No cabía duda. Ojo Bermejo venía a matarnos. Desesperado, furioso pero sin miedo, recorrí la escarpadura, amontonando peñascos a la entrada de la cueva. Ojo Bermejo

estaba ya a pocos metros por debajo, oculto por un risco saliente. Cuando apareció su cabeza, hice rodar una roca, que no le acertó, pero al quebrarse contra el escarpado, el polvo le cayó sobre los ojos a Ojo Bermejo y, le cegó momentáneamente.

Estalló una carcajada entre la Horda, que desempeñaba desde lejos el papel de espectador. Al fin había uno que osaba plantar cara a Ojo Bermejo. Al oír esta aclamación que llenaba el aire, Ojo Bermejo se volvió con un gruñido hacia ellos y, enmudecieron enseguida. Entonces, envalentonado por la evidencia de su poder, irguió la cabeza, y con sus gruñidos, sus gesticulaciones y su rechinar de colmillos quiso intimidarme. Contraía fuertemente el cuero cabelludo sobre las cejas, erizando sus cabellos desde la frente hasta la coronilla, donde brotaban como una corona de espinas. Su aspecto me impuso pero dominé al fin mi terror, y lo amenacé de nuevo con una piedra. Intentó avanzar; disparé la piedra y no di en el blanco. La segunda vez acerté por completo, alcanzándolo la piedra en el cuello. Ojo Bermejo, inesperadamente, se puso entonces fuera del alcance de mi vista, pero cuando desaparecía pude verle agarrándose sobre una roca saliente con una mano, mientras que con la otra se cogía la garganta. El palo se le cayó y fue rodando hasta abajo.

No vi a Ojo Bermejo, pero le oía atragantarse. La Horda guardaba un silencio de muerte. Esperé, parapetado en la boca de la caverna. El atragantamiento y la tos cesaron al fin, pero aun se le oía de cuando en cuando cómo se esforzaba en aclarar la garganta. Más tarde comenzó a descender. Iba serenamente, deteniéndose a cada momento para estirar el cuello o palparlo con la mano.

La Horda entera, al verle descender, huyó hacia los bosques, dando salvajes alaridos de pánico El vicio Marrow-Bone, vacilante y tembloroso, les seguía detrás. Ojo Bermejo no se fijó en los fugitivos. Al llegar a la llanura siguió por la falda del escarpado para trepar hacia su caverna. Ni siquiera miró una sola vez a su alrededor.

Oreja Caída y yo nos miramos, y ambos nos comprendimos. Silenciosamente y con gran precaución comenzamos a trepar hacia la cumbre, y cuando llegamos a lo alto del peñascal nos volvimos para contemplarlo todo. Las cavernas estaban desiertas. Ojo Bermejo permanecía en la suya, y la Horda había desaparecido en las profundidades del bosque.

Entonces descendimos y echamos a correr como locos. Nos lanzamos a través de las llanuras, y sin preocuparnos de las serpientes que pudieran esconderse en la hierba nos lanzamos por las pendientes hasta llegar a los bosques. Trepamos a los árboles y continuamos adelante, adelante siempre, acelerando nuestra huída arbórea, hasta que leguas y más leguas nos separaron de las cavernas. Y entonces, y no hasta entonces, nos detuvimos en la seguridad de unas r amas protectoras, nos miramos uno a otro y prorrumpimos en una carcajada. Nos asíamos cor brazos y las piernas, llenos (le lágrimas los ojos y doloridos los costados de tanto reír, y reíamos, y reíamos, y reíamos...

CAPÍTULO X

EN CUANTO terminamos de reírnos, Oreja Caída y yo marchamos hacia los pantanales de las bayas, para almorzar. Eran los mismos parajes adonde se encaminaron mis primeras jornadas en el mundo, años en compañía de mi madre Pocas veces la había vuelto a ver en los años transcurridos. Generalmente, cuando ella visitaba a la Horda en las cuevas, andaba yo errante por el bosque. Una o dos veces había visto a Chachalaca en la llanura y había tenido el placer de irritarle haciéndole carantoñas desde la boca de mi caverna Fuera de estas amenidades, no me había vuelto a ocupar de mi familia. No me importaba gran cosa, y por otra parte, me iba muy bien viviendo por mi cuenta de hartarnos de fresas, añadiendo como dos nidadas de huevos bien incubados, Oreja Caída y o, marchamos por el bosque hacia el río. Allí estaba mi antiguo hogar arbóreo, de donde me había arrojado Chachalaca. Aún se hallaba ocupado. La familia había crecido y, dos chiquitines se apretujaban a mi madre. Había también una niña ya miraba recelosamente desde una de. Era, sin duda alguna, mi hermana, o más bien mi hermanastra.

Mi madre me reconoció enseguida, pero me despachó con viento fresco cuando comenzaba a trepar por el árbol. Oreja Caída, que era muchísimo más precavido que yo, se batió en retirada y no le pude persuadir para que regresara conmigo. A pesar de esto, me acompañó después, y ya más entrado el día, mi hermana descendió al suelo y, allí y en los árboles vecinos triscamos y retozamos toda la tarde. Sin embargo, aquello no podía terminar bien. No obstante ser mi hermana me trató de muy mala manera, porque había heredado todos los malos instintos de Chachalaca. Se volvió repentinamente contra mí y me arañó, me tiró de los pelos y me clavó profundamente sus dientecitos en el antebrazo. Yo perdí la paciencia y aunque no la hice gran daño, le propiné la zurra más cabal que había recibido en su vida.

¡Cómo chillaba! Chachalaca, que había estado ausente todo el día y que regresaba precisamente en aquel momento, se abalanzó hacia el lugar de la refriega. También mi madre se acercaba; pero Chachalaca llegó primero. Oreja Caída y yo no esperamos a su llegada y pusimos pies en polvorosa, perseguidos por Chachalaca a través de los árboles.

Terminada felizmente la evasión, y después de reírnos a nuestras anchas, nos dimos cuenta de que se aproximaba el crepúsculo. La noche, con todos sus terrores, descendía sobre nosotros, y la vuelta a las cavernas era imposible. Nos refugiamos, pues, en un árbol aislado de los demás y pasamos la noche muy mal instalados en una de las ramas más altas. Cayó durante las primeras horas un buen chubasco, luego hizo mucho frío, y después un viento helado soplaba cortante. Completamente empapados, tiritando y castañeteando los dientes, nos arrebujamos el uno en los brazos del otro, echando de menos la caverna tibia que conservaba el calor de nuestros cuerpos.

A la mañana siguiente estábamos decididos a no pasar otra noche como aquélla, y acordándonos del nido de mis padres, nos pusimos a trabajar para construir una obra ruda a manera de nido en los ramajes altos. Las bifurcaciones superiores nos servirían para apoya, el techo. Salió luego el sol, y olvidando bajo su benigna influencia las miserias de la noche, nos fuimos a buscar el almuerzo. Después, para

que veáis cuán inconsecuente era entonces nuestra vida, nos pusimos a jugar. Hubiéramos estado trabajando un mes entero en la construcción del nido, para formarnos nuestra casita arbórea, y luego, una vez terminada, no la hubiéramos usado tal vez.

Pero continuemos nuestra historia. Cuando nos pusimos a jugar después del almuerzo, Oreja Caída me persiguió a través de los árboles hacia el río. Una gran laguna extendía por allí sus aguas estancadas e inmóviles. Sobre estas muertas aguas se entrecruzaba una masa de troncos secos y desramados, algunos por efecto de las riadas y, otros por haber estado encallados muchos años en los bancos de arena. Flotaban en las aguas y se balanceaban; ascendían, descendían o rodaban cuando nos apoyábamos en ellos.

Había diseminados por aquí y por allá, entre los troncos, hendeduras llenas de agua donde nadaban con incierto rumbo pececillos de río. Oreja Caída y yo nos hicimos inmediatamente pescadores. Tumbados sobre los leños permanecíamos completamente inmóviles panza abajo, esperando a que los pececillos se acercaran, y entonces hacíamos un movimiento rapidísimo con la mano para cogerlos. Y en cuanto cogíamos nuestras presas nos las comíamos sin demora, vivitas y coleando, húmedas todavía, sin que echáramos de menos la falta de sal.

Vino a ser aquel sitio, desde entonces, nuestro preferido lugar de diversión. Nos pasamos muchos días cogiendo peces y jugando en las lagunas, y allí aprendimos también nuestras primeras lecciones de navegantes. Un día en que Oreja Caída dormía sobre un leño, el soplo ligero del viento lo arrastró lejos de la orilla lentamente y cuando me di cuenta, ya la distancia era demasiado grande para poder salvarla de un salto.

Al principio me pareció muy divertido este episodio; pero cuando me sentí dominado por uno de esos impulsos de terror, tan comunes en aquellos tiempos de perpetua inseguridad, me sobrecogió la sensación de la soledad en que iba a encontrarme. Me di cuenta súbitamente de la lejanía que me separaba de Oreja Caída, aunque lo tenía allí, a unos cuantos pasos, sobre un elemento ajeno. Lancé un gran grito para avisarle y se despertó asustado, cambiando imprudentemente su posición sobre el leño, y giró éste sobre sí mismo, zambulléndole en cl agua. Otras tres veces le volvió a chapuzar, cuando intentaba trepar de nuevo sobre el leño hasta que por fin lo consiguió, arrastrándose sobre él, tiritando de miedo.

Yo no podía hacer nada; Oreja Caída, tampoco. Ignorábamos por completo lo que fuera la natación, y por otra parte, nos habíamos alejado demasiado de las formas inferiores de la vida para tener el instinto de nadar, sin que además hubiéramos alcanzado aún el grado de humanidad necesario para emprender el ensayo de la natación, deducién1a a modo de un problema por resolver. Vagaba, pues, desconsolado de un lado para otro, acercándome cuanto podía a Oreja Caída en sus involuntarios viajes por la laguna, mientras, él lloraba y gemía de tal modo que fue maravilla que no atrajésemos la atención de algún animal carnicero.

Pasaron las horas. El sol, que ascendió sobre nuestras cabezas, comenzaba a ponerse hacia Occidente. El viento se adormeció, dejando a Oreja Caída sobre su leño flotante a unos cien pies de la orilla. Y entonces, no sé cómo ni de qué

manera, Oreja Caída hizo el gran descubrimiento. Comenzó a remar con las manos. Primero eran lentos e inciertos sus progresos. Después se hicieron más definidos, acercándose cada vez más a la orilla. No sé cómo explicármelo. Yo me había 1 sentado Para observarle, y estuve esperando hasta que Pisara tierra.

Pero él había aprendido algo que yo no sabía. Deliberadamente volvió a apartarse otra vez de la orilla sobre su leño, para regresar inmediatamente, sin ninguna dificultad. Después me persuadió a juntarme con é1, y así aprendí yo también el secreto de remar, llenos de satisfacción ambos por aquel descubrimiento. No había manera de sacarnos de las lagunas durante los días siguientes, tan absortos estábamos en el nuevo juego, que casi no nos acordábamos de comer, y cuando 1legaba la noche, andábamos en el árbol más próximo. Hasta llegamos a olvidar que Ojo Bermejo existía en el mundo.

Siempre estábamos ocupados en hacer nuestros ensayos de navegación, aprovechando para ello nuevos troncos. Aprendimos que cuanto más pequeño era el leño mas rápidamente podíamos hacerle marchar. También aprendimos que cuanto más pequeño, tanto más fácil era que rodase a nuestro peso, dándonos un chapuzón. Aún aprendimos más en el curso de nuestros juegos. Descubrimos que cuando nos asíamos cada uno al leño del otro con un pie y una mano, quedaban fijos y no se volcaban. Además, cuando nos poníamos así, uno al lado del otro, nos quedaban libres la mano y el pie exteriores para usarlos de remos. Nuestro descubrimiento final fue que esta combinación nos permitía usar leños más pequeños todavía, ganando por lo tanto en velocidad. Y ahí terminaron nuestros descubrimientos. Habíamos inventado el más primitivo de los catamaranes y no tuvimos suficiente inteligencia para comprenderlo. Nunca nos cupo en la cabeza que pudieran atarse los troncos con ramas o raíces. Nos contentamos con sostener juntos los leños con los pies y las manos.

Hasta que se hubo calmado nuestro primer entusiasmo por la navegación, no empezó nuestro regreso al cobijo de los árboles, donde dormíamos por la noche. Fue entonces cuando encontramos a Dulce Alegría. La vi por primera vez cogiendo bellotas tempranas entre las ramas de una encina enorme, cerca de nuestro árbol. Era muy tímida. Al principio se quedó inmóvil; pero cuando advirtió que la habíamos descubierto se dejó caer inmediatamente al suelo y se lanzó en vertiginosa huída. La vimos después algunas veces cuando íbamos o regresábamos de nuestras excursiones a las lagunas.

Y luego, un día, no huyó de nosotros. Aguardó nuestra llegada, acogiéndonos con dulces voces de paz. No permitía, sin embargo, que nos acercáramos demasiado. Cuando parecía que nos llegáramos muy cerca de ella, se lanzaba repentinamente en loca huída, para volver a entonar, ya segura y a lo lejos, sus blandos sonidos suaves. Así continuaron las cosas durante algunos días. Fue necesario bastante tiempo hasta que consiguiéramos entablar amistad con ella; pero llegó el momento por fin, y a veces se juntaba a nosotros en nuestros juegos.

Me gustó desde el principio Su aspecto, que no podía ser más bello y agradable, me sedujo desde el primer momento. Era mansa y dulce; sus ojos brillaban con una suavidad y una ternura que nunca había visto en nadie más. Se diferenciaba en esto de todas las mujeres de la Horda, que eran verdaderos marimachos Nunca sus

gritos fueron duros ni airados, como si estuviese en su temperamento el huir de toda lucha.

La mansedumbre parecía emanar de todo su ser. Acaso el aspecto de su cuerpo y de su rostro dispusiera a creerlo de esta manera. Sus ojos eran grandes, más grandes que los de todas las de la Horda, y no tan cavernosos. Las pestañas, más largas, estaban bien dibujadas. La nariz no era tan gruesa ni tan chata; tenía perfectamente marcado el puente, y las ventanas se abrían hacia abajo. No eran grandes sus dientes incisivos, ni el labio superior largo y pendiente, ni el inferior pronunciado hacia adelante. Tampoco era velluda, excepto en los hombros y los muslos, y aunque delgadas sus caderas, las piernas no parecían retorcidas y nudosas.

A menudo, retrocediendo hacia ella a través de mis sueños, desde el siglo XX, he pensado que tal vez pertenecía a los Hombres del Fuego. Acaso sus padres provinieran de un linaje superior. Aun cuando no eran comunes tales cosas, ocurrían, sin embargo, y yo he visto con mis propios ojos, que miembros de la Horda fueron a vivir con los hombres de los Árboles.

Pero todo esto no nos interesa. Dulce Alegría se distinguía de todas las mujeres de la Horda y desde el primer momento me sentí atraído hacia ella. Su mansedumbre y su dulzura me cautivaban. Nunca se encolerizaba, nunca combatía; huía, huía siempre, y la llamo Dulce Alegría por eso. Era mejor trepadora que nosotros. Cuando jugábamos, no podíamos cogerla sino por casualidad, mientras que ella nos alcanzaba cuando quería. Era velocísima en todos sus movimientos, y tenía gran facilidad para calcular las distancias, no igualada más que por su rapidez. Excesivamente tímida en todas las cosas, se volvía osada cuando comenzaba a trepar y correr a través de la selva; Oreja Caída y yo éramos unos torpes en comparación con ella.

Sería huérfana, porque nunca la vimos con nadie, y no sé deciros cuanto tiempo habría vivido sola en el mundo. Desamparada, debió haber a rendido en su más tierna infancia que en la huída estaba su salvación. Era discreta prudente Oreja Caída y yo quisimos averiguar dónde pudiera vivir. Debería tener algún retiro entre los árboles, no muy lejos de allí; pero por, mucho que seguimos sus huellas no pudimos encontrarlo. Concedía, benévola, el estar con nosotros en las horas de juego, pero guardó celosamente el secreto de su morada.

CAPITULO XI

BUENO Será recordar que la descripción que acabo de haceros de Dulce Alegría no es la que os hubiera dado Diente Largo, el otro yo de mis sueños y antecesor mío prehistórico; sino que yo, el hombre moderno, la miro por el tamiz de mis sueños con los' ojos de Diente Largo.

Mucho de esto hay en la narración que os- brindo, de aquellos remotos días. Existe en mis impresiones una cierta dualidad demasiado confusa para transmitírsela a mis lectores. Únicamente me detendré un momento a señalar esta dualidad de mi narración, esta desconcertante mezcla de mis dos personalidades. Soy yo, el hombre moderno, quien miro a través de los siglos, y peso y analizo las

emociones y motivos de Diente Largo, mi otro yo. Él no presume de analizar y ponderar las cosas. Era la sencillez y simplicidad mismas, y se limitaba a vivir los acontecimientos, sin pararse a discernir por qué los vivía de aquel modo errático y particular.

Según que yo, mi verdadero yo, he ido haciéndome mayor, he ido penetrando también más y más en la sustancia de mis sueños. Se puede soñar, y aun en medio del ensueño tener conciencia de que se está soñando, y cuando el sueño es malo, reconfortarse y animarse uno a sí mismo con el pensamiento de que no es mas que un sueño. Esta experiencia es común a todos nosotros. Y así es como yo, el moderno yo, penetro muy a menudo en mis sueños y soy, en la consecuente doble personalidad, actor y espectador a un tiempo mismo. Y así también, yo, el moderno yo, muchas veces me he ofendido y alborotado ante la estolidez ¡lógica, ante la torpeza roma y la estupenda estupidez, en cuanto a sí mismo se refiere de mi yo primitivo.

Y aun otra cosa, antes de terminar esta digresión. ¿No has soñado nunca tú, lector, que soñabas? Los perros sueñan, los caballos sueñan, todos los animales sueñan. En los tiempos de Diente Largo el casi hombre soñaba, y cuando eran malos sus sueños, hacía muecas y gruñidos. Ahora, yo, el moderno, me he acostado con Diente Largo y he soñado sus propios sueños.

Comprendo que esto saca de quicio a la más cabal inteligencia, ya lo sé; pero también sé que yo he hecho todas estas cosas. Y permitidme deciros de pasada que los sueños fugitivos y rastreros de Diente Largo eran tan intensos para él como los sueños de caer en el espacio lo son para ti.

Porque también Diente Largo tenía otro yo, y cuando se dormía, ese otro yo retrocedía en sus ensueños hasta los reptiles alados y hasta las luchas de los dragones, y más allá, hasta la vida escurridiza y esférica de los rimeros mamíferos, y aún más remotamente, hasta las playas cenagosas del océano primordial. No puedo, no me atrevo a decir más. Es demasiado Vago, demasiado complejo, demasiado horrible. Únicamente quiero indicar estos panoramas y visiones, vastos y espeluznantes, a través de los cuales ha escudriñado mi yo, perezosamente, en el progreso de la vida, no sólo desde el mono, adelantado hasta el hombre, sino desde el gusano, avanzado hasta el mono.

Y ahora volvamos a mi historia. Yo, Diente Largo, no vi en Dulce Alegría la criatura de bella simetría de cuerpo y rostro, con sus ojos de grandes pestañas, y la nariz perfecta que la embellecía. Únicamente vi en ella la hembra joven de agradable voz y temperamento pacífico. Me gustaba jugar con ella, no sabía por qué, buscar el alimento en su compañía, e ir en procura de nidos de pájaros con ella. Debo confesar que me enseñó hábiles y secretos recursos respecto a la manera de trepar por los árboles. Era prudente y fuerte y riada impedía sus movimientos.

Por entonces ocurrió una cierta defección por parte de Oreja Caída. Tomó la costumbre de ausentarse en dirección a1 bosque, donde vivía mi madre. Le había tomado gusto a mi terrible hermana y Chachalaca lo había consentido. También había allí otros jóvenes de las parejas monógamas que vivían en la proximidad, con quienes Oreja Caída jugaba en grande.

Nunca pude conseguir que Dulce Alegría se reuniera con ellos. Cuando le instaba para que me acompañase se dejaba caer de los árboles, muy sobresaltada, y desaparecía. Recuerdo que una vez hice un gran esfuerzo para convencerla, pero ella, lejos de seguirme, miraba con ansiedad hacia atrás, brillándole la inquietud en los y luego se retiró, llamándome desde los árboles. Así es que no pude acompañar nunca a Oreja Caída cuando visitaba a sus amigos.

Dulce Alegría y yo éramos muy buenos camaradas; pero como ya he dicho, no pude nunca dar con su retiro arbóreo por mucho que lo intenté. Era indudable que hubiéramos terminado por formar un hogar, porque nuestro afecto era mutuo y correspondido; pero sucedió algo...

Una mañana en que Dulce Alegría no se había presentado, Oreja Caída y yo nos fuimos a las lagunas para reanudar nuestros juegos. Apenas habíamos llegado a la orilla del agua, cuando un rugido de rabia nos sobresaltó: era Ojo Bermejo. Estaba agazapado entre un montón de árboles tumbados y se disponía a lanzarse contra nosotros encendido de ira. Al verlo quedamos espantados; allí no había cavernas de entrada estrecha donde refugiarse. Sin embargo, los veinte pies de agua que nos separaban nos servían de protección por e1 momento con lo cual pudimos recuperar un poco nuestro valor.

Ojo Bermejo se había detenido y comenzó a golpearse el pecho con el puño cerrado. Nuestros dos leños estaban uno al lado del otro; nos embarcamos en pero cuando nos convencimos de la impotencia de Ojo Bermejo, comenzamos a reírnos tumultuosamente de él, a voz en grito. Ojo Bermejo se encolerizaba por momentos y apretujaba furiosamente los dientes en su impotente ira, mientras que nosotros nos mofábamos de su fracaso más ruidosamente cada vez, como si no tuviésemos que temer nada. Ya he dicho que los de la Horda teníamos muy cortos alcances.

Súbitamente Ojo Bermejo cesó de golpearse el pecho y rechinar los dientes. Había corrido a través del montón de árboles caídos buscando algo a lo largo de la orilla. Entonces, con idéntica rapidez, nuestro gozo se trocó en consternación. No era cosa tan fácil, como habíamos creído, escapar a la venganza de Ojo Bermejo. Aguardábamos temblorosos lo que hubiera de suceder y ni siquiera se nos ocurrió alejarnos remando sobre los troncos. Ojo Bermejo volvió dando grandes saltos, llevando una de sus enormes manos completamente llena de guijas redondas, pulidas por el agua. Muchos nos alegramos de que no pudiera encontrar mayores proyectiles, porque de otro modo, a la distancia en que nos hallábamos, es casi seguro que nos habría matado.

Pero aun así, no era menor nuestro peligro. ¡Paf!.. Una menuda guija pasó zumbando sobre nosotros con la fuerza de una bala. Oreja Caída y yo comenzamos a remar frenéticamente. ¡FfffmmPaf! ... Oreja Caída lanzó un grito de dolor intenso e instantáneo. Una piedra le acababa de dar entre los hombros. Luego yo recibí las caricias de otra y, comencé a lamentarme a voz en grito. Sólo pudo salvarnos el agotamiento de las municiones de Ojo Bermejo. Se lanzó, nuevo hacia el lecho de grava en busca de más piedras, mientras Oreja Caída y yo remábamos a toda marcha.

Gradualmente fuimos alejándonos de su alcance, a pesar de que Ojo Bermejo continuaba corriendo siempre en busca de municiones, y las guijas pasaban zumbando a nuestro alrededor. Hacia el centro de 1a laguna había una pequeña corriente, y, no nos dimos cuenta, en nuestra excitación, de que nos iba arrastran do río adentro. Seguimos remando. Ojo Bermejo se mantenía tan cerca de nosotros como podía, persiguiéndonos a lo largo de la ribera. Entonces descubrió piedras de mayor tamaño, con cuyas municiones se acrecentó su ira. Un peñasco de unas cinco libras se estrelló a mi lado contra el leño con tan tremendo choque, que una lluvia de pequeñas esquirlas se me hincaron como agujas en el muslo. Si me hubiera acertado, no sé qué hubiera sido de mí.

Después nos arrastró con mayor impulso la corriente de1 río, apoderándose de nosotros. Ojo Bermejo fue el primero en advertirlo y, celebrarlo con su ladrido de triunfo Una serie de olas y pequeños remolinos marcaban e1 lugar donde la corriente chocaba contra las muertas aguas pantanosas. En tales remolinos se atrancaron nuestros pobres leños, y después se vieron arrastrados girando y saltando en todos sentidos. Cesamos de remar y dedicamos todas nuestras fuerzas a sostener unidos los leños uno al lado del otro. Mientras tanto Ojo Bermejo continuaba bombardeándonos, y los pedazos de roca caían alrededor nuestro, salpicándonos de agua y amenazando nuestras vidas, mientras él se regocijaba en una alegría salvaje y vociferante.

El río hacía un recodo agudísimo, donde la corriente principal se desviaba hacia la orilla opuesta. A esta otra margen fuimos arrastrados nosotros, quedando fuera del alcance de Ojo Bermejo. Cuando le distinguimos por última vez a lo lejos, sobre un altozano, bailaba una danza de extraños brincos celebrando con cantos de victoria.

Oreja Caída y yo no hacíamos otra cosa que mantener unidos los dos leños. Estábamos entregados a nuestro destino, y no nos quedaba otro recurso sino permanecer inmóviles y resignados, hasta que advertirnos que la corriente nos arrastraba a lo largo de la orilla a más de cien pies de tierra. Entonces nos pusimos a remar. En aquel sitio retrocedía la corriente, encaminando la marcha otra vez hacia la orilla Sur; pero como consecuencia de nuestra remadura la cruzarnos en el punto más rápido y estrecho, y antes de que nos diéramos cuenta tuvimos la suerte de hallarnos en un remanso que estaba completamente desviado de ella.

Lentamente fueron deslizándose los leños, y al fin atracaron cerca de la orilla sin ningún peligro. Oreja Caída y yo saltamos a tierra. Arrastrados aún, los leños salieron del remanso y siguieron el curso rápido de la corriente.

Miramos Oreja Caída y yo, ansiosamente, a uno y otro lado; pero no tuvimos ganas de reír. Estábamos en un país desconocido y, no podíamos pensar en volver a nuestra tierra del mismo modo que habíamos venido a la extraña.

Habíamos aprendido a cruzar un río, sin saberlo, cosa que ninguno de la Horda había hecho jamás. Éramos los primeros, y creo que también los últimos, en poner nuestras plantas en la ribera Norte del río. Es indudable que en los días venideros la Horda habría de haberlo hecho más pronto o más tarde; pero la invasión de los

Hombres del Fuego y la consiguiente emigración de los supervivientes de la Horda detendría nuestra evolución durante varios siglos.

No hay modo de narrar los desastrosos resultados de la invasión de los Hombres del Fuego. Casi estoy por decir que produjo la destrucción completa de la Horda y que esta rama de la vida inferior que iba abriéndose a la humanidad fue podada de raíz. Por supuesto, que sobreviví yo a tales eventualidades para poder contarlas. Pero sigamos ahora nuestra narración, y lo otro ya será relatado antes de que lleguemos al fin.

CAPITULO XII

No TENGO idea de cuánto tiempo vagaríamos errantes por el Norte del río. Éramos como náufragos en una isla desierta, desesperanzados de volver a pisar nuestro hogar nuevamente. Nos aventuramos durante semanas y meses por un país salvaje, donde no había ni un solo habitante de la Horda. Me resulta muy difícil reconstituir este viaje. La mayor parte de él está muy confuso, y sólo recuerdo algunas de las cosas que sucedieron.

Recuerdo especialmente el hambre que sufrimos en las montañas que se extienden entre el Lago Largo y el Lago Lejano. También me acuerdo de que había por allí Hombres de los Árboles, que habitaban en la selva, entre el Lago Largo y las montañas. Ellos fueron quienes nos persiguieron y arrinconaron en las montañas, obligándonos a seguir hacia el Lago Lejano.

Primeramente, después de abandonar el río hicimos nuestra jornada hacia el Oeste, hasta que llegamos a un arroyuelo que fluía a través de tierras cenagosas. Después volvimos hacia el Norte, bordeando los pantanos y al cabo de varios días, llegamos a lo que he llamado Lago Largo. Pasamos algún tiempo en su extremo superior, donde encontramos abundancia de alimento; hasta que un día vimos correr en la selva a los Hombres de los Árboles. Eran feroces monos y nada más y, sin embargo, no eran tan distintos de nosotros. Más velludos, es verdad; sus piernas más nudosas y retorcidas, sus ojos más chicos, su cuello más grueso y corto, y la ventana de 1a nariz más parecida a orificios cavados en una superficie. No tenían pelo en las manos en e1 rostro y en las plantas de los pies, y emitían voces similares a las nuestras, con significados parecidos. Después de todo, la Horda y, los Hombres de los Árboles no eran tan diferentes.

Yo fui el primero en encontrar a un hombre de los Árboles. Era un anciano marchito y, rugoso, de ojos pitañosos y rostro encarrujado, que se movía vacilante. Una presa segura y legítima. En nuestro mundo no existía gran simpatía entre los semejantes, y él ni siquiera era semejante nuestro. Era un hombre de los Pueblos de los Árboles, y, además, muy achacoso y, envejecido. Estaba sentado al pie de un árbol, sin duda su propio árbol, porque se percibía, colgado entre las ramas, el nido donde pasaba las noches.

Hice señas a Oreja Caída y nos abalanzamos hacia él. Sobresaltado, comenzó a trepar muy despacio, por el peso de la edad. Lo cogí por la pierna y arrastrándole le hice caer al suelo. Entonces tuvimos la gran diversión. Le pinchábamos, le

tirábamos del pelo, le retorcíamos las orejas y le azuzábamos con ramas, riéndonos tanto, que los ojos se nos llenaban de lágrimas. Su inútil cólera resultaba lo más absurdo del mundo. Era cómico el verle cómo se esforzaba en resucitar la energía perdida en el curso de los años. Haciendo carantoñas de dolor en lugar de los feroces gestos que intentaba le rechinaban los gastados dientes y golpeaba, su miserable pecho con sus débiles puños.

Tuvo luego un acceso de tos, atragantándose y farfullando prodigiosamente. Siempre que intentaba trepar al árbol le tirábamos al suelo, hasta que se rindió a su debilidad y se sentó llorando. Oreja Caída y yo nos sentamos con él, rodeándonos con los brazos y riendo de su desventura.

Después del llanto pasó al gemido, del gemido al lamento y, del lamento al grito doloroso, hasta que por lanzar un espantoso chillido. Esto nos alarmó pero cuanto mis intentábamos acallarle, más desaforadamente chillaba. Y luego vino de no muy lejos de la selva un "¡goeck! ¡goek!" que hirió nuestros oídos. A estos sucedieron gritos de respuesta; algunos de ellos desde muy lejos, sonaban profundamente: "¡goeck! goeck! igoeck!", y también "¡uuoj! ¡uuoj!", como clamores que se levantaban por la selva toda.

Y entonces vino la persecución. Parecía que no se acababa nunca. Corrió desenfrenadamente tras de nosotros la tribu entera, y por poco nos alcanza. Nos vimos obligados a bajar a tierra , donde teníamos la, ventaja porque eran Hombres de los Árboles, y así como ellos trepaban mejor por las ramas, nosotros corríamos más que ellos. Huimos hacia el Norte, con la tribu detrás, en nuestro seguimiento siempre. Corríamos por las parameras sin árboles, donde les aventajábamos; pero después, en la espesura de las selvas, nos volvían a dar alcance. Y en el curso de la persecución comprendimos que no eran de nuestra raza, que los lazos existentes entre ellos y nosotros podían ser de todo menos de simpatía.

Horas y horas corrieron tras de nosotros. La selva parecía interminable. Recurríamos a las parameras y campos rasos siempre que era posible; pero de nuevo tropezábamos con las selvas espesas. Algunas veces creíamos haber escapado de ellos, nos sentábamos a descansar, y antes de que pudiéramos recobrar el aliento, oíamos el odioso "¡uuoj! ¡uuoj!" y los terribles gruñidos "¡goeck! goeck!" que a veces terminaban en un salvaje "¡¡¡ ja, ja, jaaa!!!"

Así fuimos acosados a través de la selva por los Hombres de los Árboles. Al fin, a media tarde, empezaron a hacerse más frecuentes las escarpaduras. Las vertientes ascendían más erizadas cada vez, mientras que los árboles eran pequeños y menos abundantes. Luego salimos a las laderas de las montañas. Allí fue donde pudimos ganar tiempo y, donde los Hombres de los Árboles cedieron en su empeño y se volvieron a 1a selva.

Las montañas eran estériles, desnudas e inhospitalarias y, por tres veces, intentamos el regreso a los bosques; pero los Hombres de los Árboles estaban al acecho y, nos obligaron a regresar a la montaña. Oreja Caída y yo dormimos aquella noche en un árbol enano, no mayor que un matorral, donde no había seguridad y hubiéramos podido ser presa de cualquier animal cazador que se hubiera acercado por allí.

Al llegar la mañana, impulsados por el profundo respeto que nos habían inspirado los Hombres de los Árboles, nos internamos en las montañas. No teníamos plan ni idea fija. Estuvimos muchos días en aquella región desierta y sufrimos mucho, sobre todo a causa del miedo. ¡Era todo aquello tan nuevo y extraño! También padecimos frío y por último hambre.

Un país desolado, de roquedales, torrentes y retumbantes cataratas. Subimos y descendimos por gargantas y, desde todas las alturas veíamos siempre extenderse ante nosotros en todas direcciones interminables hileras de montañas. Dormíamos en los hoyos y en las grietas y, una noche de mucho frío, nos encaramamos a un pináculo rocoso que se asemejaba a un árbol.

Al fin, desvanecidos de hambre, llegamos un día al linde de las montañas. Desde aquella columna vertebral de la tierra vislumbramos el Lago Lejano. El sol brillaba sobre las aguas y, en torno del lago se extendían grandes praderas, mientras que al Este aparecía la línea oscura de una selva extensísima.

Dos días tardamos aún en ganar el lago. Llegamos débiles y hambrientos. En la ribera encontramos un recental que dormía tranquilamente, y nos costó mucho poderle matar porque no conocíamos para ello otro medio que el de nuestras manos. Cuando hubimos comido, llevamos la carne sobrante a la selva, donde la dejamos escondida en un árbol, pero no volvimos nunca por ella, porque en las orillas del río que se sumía en el lago había muchísimos salmones que habían subido del mar para desovar.

Al Oeste se extendían las praderas, donde multitud de, bisontes y ganados salvajes pacían. También había muchas cuadrillas de perros salvajes, y como no había árboles, no era lugar seguro aquel para nosotros. Seguimos por la orilla del río hacia el Norte durante muchos días. Luego, y, no sé por qué razón, abandonamos e1 río y nos lanzamos a través de la gran selva. No quiero cansaros más con la relación de este viaje y, me limitaré a decir cómo llegamos, finalmente, al país de los Hombres del Fuego.

Abocamos a un río, que no reconocimos ser nuestro río. Habíamos estado perdidos tanto tiempo, que nos hicimos a vivir en completa desorientación. Cuando vuelvo mis ojos al pasado, veo claramente que nuestra vida y, nuestro destino se moldean en manos de la pura casualidad. No conocimos que aquel fuera nuestro río, y, si no lo hubiéramos cruzado, acaso no habríamos vuelto nunca a la Horda y, yo, el hombre moderno venido al mundo miles de siglos después, no hubiera nacido nunca.

Y, sin embargo, Oreja Caída y yo anhelábamos ansiosamente el regreso. Habíamos experimentado en nuestro viaje la añoranza de nuestro propio país y de nuestra propia raza. Y muchas veces había recordado a Dulce Alegría, la hembra joven de la dulce palabra, con quien la estancia era agradable y buena y que vivía a solas, nadie sabía dónde... Mi recuerdo de ella iba acompañado de sensaciones de hambre, sensaciones que no se aplacaban después de haber comido.

Pero volvamos al río. Era abundantísimo e1 alimento en sus orillas, especialmente las bayas y, suculentas raíces; así es que estuvimos jugando y retozando muchos días en aquel paraje. Y entonces se le ocurrió a Oreja Caída la gran idea. La formación de la idea se manifestaba en un proceso visible. Yo la vi. La expresión de sus ojos se hizo suplicante y quejumbrosa, y Oreja Caída estaba extraordinariamente agitado. Luego se enturbiaron sus ojos, como si hubiera perdido la idea que comenzaba a brotar. A continuación, la expresión suplicante y, dolorosa daba a entender que aquella idea persistía y, que de nuevo había logrado asirla. Me miró, luego miró al río y a la ribera lejana. Intentó hablar; pero no tenía sonidos con que expresar su pensamiento y el resultado fue un guirigay que me hizo prorrumpir en risa. Se enfureció, me sacudió un tremendo golpe y, me tiró de espaldas al suelo. No hay que decir que comenzamos a luchar y, que finalmente le perseguí hasta un árbol, donde se armó de una rama, con la cual me golpeaba cada vez que intentaba alcanzarle.

La vislumbre de la idea se había desvanecido. Yo no lo comprendí, y él lo había olvidado. Pero a la mañana siguiente volvió a despertarse en Oreja Caída de nuevo. Quizás era el instinto del hogar lo que hacía persistir en él la idea concebida. Fuera lo que quiera, el caso es que allí estaba de nuevo, más clara y rotunda que antes. Me condujo a la ori1la del agua, donde un leño estaba atracado en un remanso. Pensé que quería decirme que jugáramos, como en otros tiempos en la desembocadura de la laguna. Ni tampoco varié de pensamiento cuando le vi remolcar otro leño más lejano trayéndolo a la orilla.

Hasta que estuvimos sobre los leños, uno al lado de1 otro, manteniéndolos juntos, y comenzamos a remar con las manos corriente adentro, no comprendí su intención. Oreja Caída se detenía para señalar a la lejana ribera y, volvía a remar de nuevo, emitiendo al mismo tiempo animadoras exclamaciones Yo le comprendí, y, remamos con todas nuestras fuerzas. La rápida corriente nos arrastró, para lanzarnos hacia la orilla Sur, pero antes de poder tomar tierra nos volvió nuevamente hacia 1a orilla Norte.

Y aquí vino la disensión. Yo, viendo próxima la orilla Norte, empecé a remar hacia ella; Oreja Caída, por el contrario, remaba hacia la ribera opuesta. Los leños oscilaron y comenzaron a rodar circularmente, -iii que los pudiéramos encaminar en una dirección ni ti otra. La selva pasaba rápidamente ante nuestros al arrastre de la corriente. Allí no podíamos pegarnos Comprendíamos que era más conveniente asirnos con pies y manos a los leños para mantenerlos juntos. Pero charlábamos sin ton ni son, injuriándonos mutuamente, ya que no podíamos golpearnos con las manos, hasta que la corriente nos condujo por fin a la orilla sur. Ahora era este el objetivo más próximo, y ambos, unidos otra vez, amistosamente, comenzamos a remar hacia la ribera. Tomamos tierra en un remanso y trepamos inmediatamente por los árboles para reconocer la situación.

CAPITULO XIII

HASTA la primera noche que pasamos en la ribera Sur del río no descubrimos a los Hombres del Fuego. Deberían ser una partida de cazadores errantes que acampaban no muy lejos del árbol que Oreja Caída y yo habíamos elegido para

pasar aquella noche. Al principio nos alarmaron las voces de estos Hombres; pero después, cuando llegaron las tinieblas espesas de la noche, nos sentimos atraídos por el fuego. Nos arrastramos cautelosamente, acercándonos, de árbol en árbol, hasta que encontrarnos un buen punto de observación de la escena.

El fuego ardía en un descampado, entre los árboles, cerca del río. Alrededor de la hoguera había una docena de Hombres del Fuego. Oreja Caída me agarró emocionadísimo: podía percibir el temblor de su mano. Miré más atentamente y vi al viejo cazador rugoso y gris que había lanzado a Diente Mellado de los árboles, tres años antes. Cuando se levantó para arrojar nueva leña al fuego, pude advertir que cojeaba con su mutilada pierna. Fuera lo que quiera, el caso es que la enfermedad de su pierna era permanente. Parecía más seco y rugoso que nunca y estaban completamente canosos sus cabellos.

Los demás eran cazadores jóvenes. Cerca de ellos, en el suelo, estaban sus arcos y sus flechas, que tan bien conocía ya. Llevaban los Hombres del Fuego pieles de animales atadas a la cintura y cruzadas sobre los hombros. Los brazos y las piernas, sin embargo, iban desnudos, y no usaban calzado de ninguna especie. Ya he dicho antes que no eran tan peludos como nosotros los de la Horda. No tenían grande la cabeza y no era mucha la diferencia entre ellos y los de la Horda en lo que a la depresión de la frente se refiere.

Iban menos encorvados que nosotros y eran menos rápidos en sus movimientos. Las caderas, los huesos de la espalda, las junturas de las rodillas, parecían más rígidas, y no tan largos sus brazos como los nuestros. Nunca vi que se balancearan al andar, tocando el suelo con los nudillos de las manos. Sus rostros eran mucho más agradables, las ventanas de la nariz se abrían normalmente y el caballete de la misma lo tenían más desarrollado, menos fláccido y colgante sus labios, y los caninos no se parecían tanto a los colmillos de los animales carniceros. En resumen, se diferenciaban de nosotros menos de lo que nos diferenciábamos de los Hombres de los Árboles, aunque en realidad las tres especies de hombres estaban muy próximas y no eran demasiado remotas sus diferencias.

El fuego alrededor del cual acampaban era especialmente atractivo. Oreja Caída y yo permanecimos muchas horas sentados, observando las llamas y el humo, aquello era verdaderamente fascinador cuando echaban nuevo combustible y saltaban surtidores de chispas que volaban hacia lo alto. Yo anhelaba acercarme más aun al fuego, pero no había medio de lograrlo. Estábamos agazapados en un árbol, al borde mismo del descampado, y no osamos correr el riesgo de que nos descubrieran.

Los Hombres del Fuego sentados alrededor de la hoguera acabaron por dormirse apoyando las cabezas sobre las rodillas. No dormían, sin embargo, profundamente. Aguzaban las orejas durante el sueño y estaban inquietos. De cuando en cuando se levantaba alguno de ellos y echaba más combustible sobre las llamas. En torno al círculo de luz, en la selva, encubiertos en la oscuridad, vagaban los animales cazadores. Oreja Caída y yo podíamos distinguirlos por sus particulares gritos. Había perros salvajes y hienas, y en una ocasión, los ladridos y rumores despertaron al círculo entero de los dormidos Hombres del Fuego.

Una vez, observamos que un león y una leona estaban debajo de nuestro árbol mirando al fuego con la melena erizada y los ojos parpadeantes. El león lamía sus fauces, nervioso e inquieto, como si deseara lanzarse hacia delante, en busca de alimento. La leona era más precavida. Fue ella la que nos descubrió, y ambos, macho y hembra, permanecieron mirándonos silenciosos, retorciendo las narices olfateadoras. Luego lanzaron un rugido, miraron una vez más al fuego y al fin se Internaron en la selva.

Oreja Caída y yo permanecimos aún mucho rato observando. De cuando en cuando sentíamos el choque de pesados cuerpos sobre la espesura de los breñales que crecían debajo del árbol, y al otro lado del círculo de fuego, surgiendo brillantes de entre las' tinieblas, veíamos los ojos ardientes que resplandecían, a la luz de las llamas. Se escuchaba a lo lejos el rugido del león y más lejos todavía el chillido de algún animal herido y el chapotear en las aguas del abrevadero. También del río venía el tremendo gruñido de los rinocerontes.

A la mañana siguiente, después de haber dormido muy mal, nos deslizamos hacia el fuego. Aún ardían los rescoldos humeantes. Los Hombres del Fuego se habían marchado. Echamos una ojeada por la selva para asegurarnos; no había nada que temer, y luego corrimos hacia el fuego. Estaba impaciente por saber lo que era. Cogí con los dedos un carbón candente, y mi grito de dolor asustó a Oreja Caída y le hizo saltar a un árbol, y asustándome su carrera me hizo seguirle también, aterrorizado.

A la segunda vez, volvimos más cautelosos y evitamos tocar los carbones encendidos. Quisimos hacer lo que, hacían los Hombres del Fuego. Nos sentamos en torno a los rescoldos, apoyando la cabeza sobre las rodillas. Remedábamos la mímica de sus conversaciones, hablando entre nosotros a su manera y haciendo una, algarabía de mil demonios. Yo había visto al anciano cazador escarbando en el fuego con una estaca, e hice lo mismo, sacando a flor de las cenizas pedazos de carbón encendido y levantando nubes de cenizas blancas. Era la gran diversión. Pronto estuvimos los dos cubiertos de ceniza

Era inevitable que imitáramos también a los del Fuego, volviendo a encender las llamas. Lo intentamos primero con pequeñas matas, y fue un éxito. Se inflamaron y crujieron enseguida, y nosotros danzábamos alborozados dando chillidos. Luego comenzamos a echar ramas mayores. Y echamos más y más, hasta que hicimos una enorme hoguera. Nos lanzábamos frenéticos de un lado para otro, arrastrando ramas y troncos muertos de la selva. Las llamas se remontaron más alto cada vez y las columnas de humo sobrepasaban como una torre los árboles más elevados. Era tremendo el crujido de la madera ardiente. Nunca habían realizado nuestras manos obra tan monumental, y estábamos orgullosos de ella. Nos creíamos Hombres del Fuego, danzando en torno de la hoguera como gnomos blancos del gran incendio.

Sin que nos diéramos cuenta, ardieron las hierbas secas y los matorrales. Enseguida se alzó en llamas un gran árbol en el borde del descampado. Nosotros le contemplamos con ojos atónitos. El calor que despedía nos hizo retroceder. Luego ardió otro árbol, y luego otro, y otro, y media docena más... Estábamos sorprendidos. El monstruo se había desatado. Nos agazapamos aterrorizados, mientras que el fuego iba marcando el círculo en que íbamos a quedar envueltos.

Resplandeció en los ojos de Oreja Caída la mirada suplicante y dolorosa que acompañaba siempre a la incomprensión, y en mis ojos debió manifestarse la misma mirada. Nos arrebujamos uno en brazos de otro, hasta que el calor comenzó a alcanzarnos y llegó a nuestro olfato el tufo de pelo quemado. Entonces saltamos veloces y huimos a través de la selva, mirando hacia atrás y riéndonos mientras corríamos.

Al mediodía llegamos a un istmo, formado por una gran curva del río, donde se levantaban algunas colinas no muy altas semicubiertas de vegetación. Trepamos por las ramas, mirando por última vez hacia la selva que habíamos dejado atrás Se había convertido en un mar de llamas que el viento sacudía. Seguimos por 1a ribera del río, y antes de darnos cuenta estábamos en el país de los Hombres del Fuego.

Sus viviendas aparecían dispuestas con arreglo a plan muy estratégico. Extendíase el país por una península cuyos tres lados quedaban defendidos por la curva del río. No tenía acceso más que por el otro lado, donde se formaba el estrecho istmo resguardado por las colinas que eran un obstáculo natural. Separados en realidad el resto del mundo, los Hombres del Fuego habían progresado durante el largo tiempo que llevarían viviendo allí. Su propiedad y desarrollo produjo la invasión que trajo tan tremendas calamidades sobre nuestra Horda. Los Hombres del Fuego aumentaron tanto en número, que se vieron obligados a ensanchar los límites de su comarca, Se fueron expandiendo, y en el curso de su expansión arrastraban ante sí a la Horda, ocupando las cuevas y el territorio que antes había sido nuestro.

En nada de eso pensamos Oreja Caída y yo al llegar ante aquella plaza fuerte de los Hombres del Fuego. No tuvimos más que una sola idea: alejarnos cuanto antes de allí; pero no pudimos refrenar nuestra natural curiosidad de escudriñar la aldea. Vimos por primera vez a las mujeres y a los niños del Fuego. Éstos iban casi todos desnudos y las mujeres se cubrían con pieles de animales salvajes.

Los Hombres del Fuego vivían en cavernas como nosotros, La llanura frente a las cavernas se deslizaba hacia el río en suave pendiente, y ardían allí varias pequeñas hogueras. Ignoro si cocerían o no sus alimentos. Oreja Caída y yo no les vimos hacerlo. Sin embargo, es mi opinión que debían conocer los rudimentos del arte culinario. Acarreaban, como nosotros, el agua del río en sus calabazas. Las mujeres y los chicos iban y venían muchas veces en busca del agua, entre sonora gritería. Los niños jugaban mientras iban al río, saltando y haciendo cabriolas lo mismo que los de nuestra raza. Los pequeños se parecían mas entre sí que los hombres de la Horda y los del Fuego.

Oreja Caída y yo no nos retardamos demasiado. Vimos que algunos mozalbetes, habiéndonos descubierto, disparaban las flechas de sus arcos; nos escabullimos por la espesa selva, corriendo hacia el río. Y allí encontramos un catamarán, hecho sin duda por los Hombres del Fuego. Eran pequeños y rectos los dos maderos, atados fuertemente a otros leños cruzados por medio de tensas raíces.

En esta ocasión se nos ocurrió simultáneamente la misma idea. Queríamos escapar de los Hombres del Fuego: ¿qué cosa mejor que cruzar el río sobre aquellos leños tan oportunamente encontrados? Trepamos a bordo y les dimos un empellón

para separarlos de la ribera. Algo detuvo súbitamente al catamarán, que, arrastrado por la corriente, vino a chocar contra la orilla. El súbito choque estuvo a punto de zambullirnos en el agua. Estaba atado el catamarán con una maroma de raíces retorcidas, y hubimos de desatarlo antes de darle un nuevo empellón.

Al poco tiempo ya habíamos remado tanto corriente adentro, que veíamos toda la residencia de los Hombres del Fuego. Ocupados en remar no nos dimos cuenta de nada, hasta que nos sorprendió un grito penetrante que sonaba en la ribera. Miramos en torno, y vimos a los Hombres del Fuego que acudían a perseguirnos. Una gran batahola se armaba en la ribera. Algunos de los Hombres del Fuego nos disparaban sus dardos, que a veces caían a nuestro alrededor; pero afortunadamente estábamos ya fuera de su alcance.

Fue un gran día para Oreja Caída y para mí. Al fondo el horizonte casi cubierto de humo por el incendio que habíamos provocado; y aquí estábamos perfectamente a salvo en medio del río, dando la vuelta a la fortaleza de los Hombres del Fuego. Nos sentamos tranquilamente, riéndonos de ellos, según íbamos avanzando, hasta dar la vuelta hacia el Oeste, en una gigantesca doble curva, donde el río casi se anudaba sobre sí mismo.

Habíamos dejado muy atrás a los Hombres del Fuego, cuando, inesperadamente, una escena familiar relampagueó ante nuestros ojos. Veíamos el gran abrevadero, donde habíamos ido tantas veces para observar a los animales que allí iban a beber. Mas abajo debía estar el llano de las zanahorias, y aún más lejos las cavernas y la residencia de la Horda. Comenzamos a remar hacia la ribera, que parecía deslizarse rápidamente a nuestro paso, y antes de que tuviéramos tiempo de pensarlo, ya estábamos en el abrevadero, donde solía acudir la Horda. Allí estaban las mujeres y los niños llenando las calabazas. Al vernos salieron en estampida, enloquecidos, por los barrancales, abandonando tras de sí una colección de calabazas que habían dejado caer.

Echamos pie a tierra y nos olvidamos de atar el catamarán, que siguió flotando hasta alejarse de la orilla. Subimos con gran precaución los barrancales. Toda la Horda había desaparecido en sus agujeros, aunque veíamos alguna que otra cabeza que se asomaba para mirarnos. No había señal de que anduviera por allí Ojo Bermejo. Ya estábamos de nuevo en casa. Y aquella noche dormimos en nuestra cuevecita en lo alto del escarpado, no sin que antes tuviéramos que expulsar a una pareja de obstinados mozuelos que habían tomado posesión de ella.

CAPITULO XIV

PASARON meses y más meses. Aún había de venir la futura tragedia de nuestra Horda y, mientras tanto, cascábamos nueces que nos servían de alimento. Recuerdo que fue un buen año de nueces. Podíamos llenar las calabazas y llevarlas atiborradas a los cascaderos. Colocábamos las nueces en las junturas de las rocas, golpeándolas con otra piedra, y una vez cascadas nos las íbamos comiendo.

Finalizaba el año cuando Oreja Caída y yo regresamos de nuestro largo viaje de aventuras. El invierno entrante fue muy benigno. Yo hacía de vez en cuando alguna que otra escapada a mi viejo hogar de los árboles y buscaba frecuentemente por todo el territorio que se extendía entre los pantanos y la desembocadura de la charca donde Oreja Caída y yo habíamos descubierto el arte de navegar; pero no pude encontrar en ninguna parte vestigios de Dulce Alegría. Había desaparecido. Yo la deseaba; me sentía impulsado por es hambre a que antes aludía, muy semejante al hambre física, aun cuando se me despertaba después de tener bien lleno el estómago. Pero todas mis pesquisas fueron inútiles.

La vida no era tan fácil como antes en las cavernas. Había que prevenirse contra Ojo Bermejo... Oreja Caída y yo no teníamos momento de sosiego, salvo cuando estábamos en nuestra caverna. A pesar del agrandamiento y reformas de la entrada, teníamos que escurrirnos como anguilas para meternos dentro. Y aun cuando continuamos de vez en cuando ampliándola, era todavía, afortunadamente, muy pequeña para que pudiese pasar el monstruoso cuerpo de Ojo Bermejo pero éste no volvió a atormentarnos allí. Sin duda había aprendido bien la lección, y aún llevaba en el cuello cierta protuberancia que mostraba el blanco de mis Pedradas. Nunca le desapareció este bulto, que era lo suficientemente grande para que se percibiera a distancia. Muchas veces me deleite al ver aquella obra de mis manos; y cuando estaba en lugar seguro, contemplándola me reía.

Los demás de la Horda, aun cuando no habrían venido a rescatarnos si Ojo Bermejo hubiera procedido a desgarrarnos a tiras delante de ellos, simpatizaban, no obstante, con nosotros. Acaso no fuera simpatía, sino un medio de expresar su aversión hacia Ojo Bermejo; pero de todas formas, nos advertían siempre de su llegada. Ya fuera en la selva, o en los abrevaderos, o en el llano, estaban prestos a avisarnos. Así es que teníamos la ventaja de gozar de muchos ojos en nuestra eterna contienda con Ojo Bermejo.

En una ocasión estuvo a dos dedos de atraparme. Era aún muy de mañana y la Horda no se había levantado. Me cortó el camino de los riscos; pero antes que se diera cuenta, ya estaba yo en la caverna doble donde Oreja Caída me había hecho burla años atrás y donde el viejo tigre Diente de Sable se había esforzado inútilmente.

Cuando ya me había metido entre las dos cavernas, por el deslizadero, observé que Ojo Bermejo no me había seguido. Me escurrí hacia el pasadizo y entonces volvió a echarse sobre mí, persiguiéndome con toda su furia. Yo me limitaba a deslizarme por el pasadizo que unía las cavernas.

Me tuvo así medio día, antes de que cesase en su empeño Después de esto, siempre que Oreja Caída o yo teníamos cierta seguridad de poder llegar a esta doble caverna, no nos retirábamos a la pequeña, aun cuando Ojo Bermejo se presentara ante nosotros. Todo lo más que hacíamos era no perderle de vista y cuidar de que no nos cortara la retirada.

Fue durante aquel invierno cuando Ojo Bermejo asesinó a su última esposa con crueles y repetidos golpes. Le he llamado atavismo; pero era algo peor que esto, porque los machos de los animales inferiores no maltratan ni asesinan a sus

compañeras. Por esto afirmo que sobre Ojo Bermejo, a pesar de sus enormes tendencias atávicas, se extendía la sombra del hombre futuro, porque sólo los miembros de la especie humana asesinan a sus camaradas.

Como era de esperar, Ojo Bermejo, después de deshacerse de su última mujer, procedió a buscarse otra. Cantarina fue la elegida. Era nieta de Marrow-Bone e hija de Pelicalvo, joven alada, sutil, muy dada a estarse cantando en la entrada de su caverna a las horas del, atardecer. Se había casado no mucho tiempo antes con Patituerto, un individuo pacífico, que con nadie se metía, pequeño, flaco, y no tan ágil como nosotros.

Nunca cometió Ojo Bermejo acción tan depravada. A la hora serena del anochecer empezamos a reunirnos en el llano, antes de emprender el ascenso a las cavernas. De súbito vimos a Cantarina que trepaba veloz las barrancadas del abrevadero, perseguida por Ojo Bermejo. Ella corrió hacia su esposo, el pobre Patituerto, que estaba terriblemente amedrentado; pero fue un héroe. Sabía que la muerte iba a caer sobre él y no huyó. Permaneció de pie, clavado en el suelo, erguido, gruñendo y enseñando los dientes.

Ojo Bermejo rugía de rabia. Era una ofensa para él el que uno de la Horda osara desafiarle. Disparó la mano hacia adelante y agarró al pobre Patituerto por la garganta. Éste clavó los dientes en el brazo de Ojo Bermejo, pero a los pocos instantes se agitaba y retorcía exánime en el suelo. Cantarina chillaba locamente. Ojo Bermejo la asió por los cabellos y comenzó a arrastrarla. La golpeó brutalmente mientras trepaba por el escarpado y la arrastró después hasta el fondo de su caverna.

Nosotros, mientras tanto, estábamos enfurecidos, golpeándonos los pechos, erizados los cabellos y rechinando los dientes, agrupándonos muy juntos en nuestra rabia. Sentíamos la tendencia hacia la cooperación, el impulso de unirnos para una acción conjunta. Esta necesidad, aunque de una manera confusa, estaba impresa en nosotros. Pero no había medio de conseguir realizarla, porque carecíamos de la manera de expresión requerida. No nos volvimos todos sobre ojo Bermejo para destrozarle, porque no teníamos lenguaje. Pensábamos nebulosamente; pero nos faltaban símbolos de expresión del pensamiento, que aún habían de inventarse lenta y penosamente.

Intentamos expresar en nuestros gritos los pensamientos que revoloteaban como fantasmas en nuestra conciencia. Pelicalvo empezó a mascullar sonidos que querían significar su ira y su ansia de herir a Ojo Bermejo. Hasta ahí llegó y hasta ahí nada más comprendimos nosotros; pero cuando trató de expresar el impulso cooperativo que se agitaba en su interior, sus ritos se convirtieron en una jerigonza sin sentido. Luego, Cara Ancha comenzó a char1otear, erizados los cabellos y apuñeándose el pecho. Y luego otro y después todos, nos unimos a la explosión de cólera, y hasta el propio anciano Marrow-Bone chillaba y farfullaba con su cascada voz y macilentos labios. Alguno agarró una estaca y comenzó a golpear contra un leño Al momento todos habíamos cogido el ritmo: inconscientemente nuestros alaridos y exclamaciones se sujetaron al ritmo de aquellos golpes. Esto tuvo el efecto de un calmante, y poco después, antes de darnos cuenta de nada, nuestra ira se había olvidado y nuestra gritería se había transformado en una canturía.

Esta canturía es un magnífico ejemplo de la inconsecuencia e inconstancia de la Horda. Allí nos tenéis; después de habernos reunido por la mutua rabia y el impulso de cooperación, todo lo olvidamos y todo quedó reducido al ritmo de una canturía salvaje. Éramos sociables y rebañescos, y estas reuniones de cánticos y risas nos satisfacían muchísimo. Estas reuniones eran la sombra de los concilios de los hombres primitivos, de las grandes asambleas nacionales, de las convenciones internacionales de los hombres futuros. Pero nosotros, la raza del mundo naciente, no teníamos lenguaje, y siempre que el instinto nos arrastraba a la reunión, terminábamos por precipitarnos en la confusión de una Babel, de donde brotaba esa unanimidad rítmica que guardaba en su seno la esencia del arte por nacer. Era la aurora del arte.

Los ritmos no eran nunca continuados y sostenidos; pronto perdíamos el compás y armábamos una batahola de todos los demonios, hasta que de nuevo cogíamos el ritmo o comenzábamos otro nuevo. A veces llevábamos a un tiempo media docena de ritmos simultáneos, en grupos distintos que se esforzaban en ahogar con sus voces el ruido de os demás.

En los intervalos de nuestra algarabía, cada cual daba cabriolas, hucheaba, vociferaba y danzaba, bastándose a sí mismo lleno de sus propias voliciones y pensamientos como si fuera el centro del universo divorciado de los otros seres, momentáneamente aislado de los demás centros que también saltaban y ululaban en torno a él. Luego seguiría el ritmo del palmoteo de las manos; el golpe de una estaca; el ejemplo de uno que saltaba a compás con las monótonas repeticiones, o el cántico de alguno que prorrumpía en una inflexión de la voz que ascendía y descendía con ritmo uniforme: "¡A-bang, a-bang! ¡A-bang, a-bang!" Uno tras otro, toda la muchedumbre de aquellos *centros de sí mismos* cederían ante aquél y pronto cantarían a coro: "¡Ha-ah-ha-ah, ha-ah-ah!", que era uno de los coros favoritos: o bien este otro: "¡Eh-uaj, eh-uaj, eh-uaj-haj!"

Y así, con locos caprichos, girando Y bamboleándonos, prorrumpíamos en cánticos y danzas al sombrío crepúsculo del mundo primitivo, induciéndonos al olvido, evocando la unanimidad y lanzándonos en un voluptuoso frenesí. Y así fue como se desvaneció nuestra ira contra Ojo Bermejo, suavizada por el arte, y cantamos coros ululantes y selváticos en nuestra reunión y canturía, hasta que la noche avanzó sobre nosotros su velo de terrores y trepamos a nuestros agujeros de las rocas, llamándonos dulcemente unos a otros, mientras que las estrellas brotaban y las tinieblas se extendían.

Solamente nos inspiraba terror la oscuridad. No teníamos ningún germen de religión ni concepto alguno del mundo invisible. Sólo conocíamos el mundo real y temíamos las cosas reales, los peligros concretos, los animales de carne y de sangre y de presa. Ellos nos aterrorizaban en la oscuridad, porque las tinieblas eran el reino de los animales carnívoros. Entonces salían de sus cubiles para extender sus zarpas en la sombra, desde donde acechaban invisibles.

Acaso de estos temores a los reales y tangibles habitantes de la oscuridad surgirían los temores a los habitantes invisibles, para culminar finalmente en un completo y poderoso mundo invisible. Fa probable que, al crecer la imaginación,

aumentara el temor a la muerte, hasta que los manes de la Horda vinieran a proyectar este temor sobre las tinieblas pobladas de espíritus. Creo que los Hombres del Fuego ya habían empezado a temer a ese aspecto de la oscuridad; nosotros, no. El motivo que impulsó a la Horda a interrumpir su canturía y trepar a los agujeros del peñascal, eran el tigre Diente de Sable, los leones, los chacales los perros salvajes, las manadas de lobos y toda la progenie de los hambrientos devoradores de carne.

CAPITULO XV

0REJA CAÍDA se casó. Fue al segundo invierno después de nuestro viaje de aventuras, y el matrimonio se realizó del modo más inesperado. A mí no se me avisó de nada. Me enteré, de buenas a primeras, un atardecer al trepar a la caverna del escarpado. Me deslicé por la entrada y allí me detuve; no había habitación para mí. Oreja Caída y su esposa habían tomado posesión de la caverna. Y la esposa no era otra que mi hermana, la hija de mi propio padrastro Chachalaca.

Traté de forzar la entrada. Solamente había espacio para dos y ya estaba ocupado. Además, yo llevaba la peor parte, y entre arañazos y tirones de pelo que recibí de los dos, tuve que darme por satisfecho retirándome. Dormí aquella noche y otras sucesivas en el pasadizo que comunicaba las dos cavernas de más abajo. Como los dos habitantes de la Horda habían burlado allí al tigre Diente de Sable y como yo mismo había burlado a Ojo Bermejo, creí que podría escapar así de todos los animales cazadores, yendo y volviendo por el pasadizo.

Únicamente me había olvidado de los perros salvajes, que eran lo suficientemente pequeños para pasar por cualquier pasadizo que me permitiera deslizarme a mí. Una de las noches noté que me olfateaban. Si hubieran entrado los perros al mismo tiempo por ambos extremos del pasadizo me hubieran atrapado indudablemente. Perseguido por uno de ellos a través del pasadizo, tuve que salir al exterior, donde husmeaba el resto de la cuadrilla de perros salvajes. Se lanzaron sobre mí, mientras que yo comenzaba a trepar por el escarpado. Uno de ellos, enjuto y hambriento, me mordió en pleno salto, hincándome el diente en los músculos del muslo, y por poco me hace rodar, arrastrándome hacia abajo de los riscos. Se mantenía bien agarrado, pero no hice ningún esfuerzo para que soltara, y dediqué todas mis energías en trepar fuera del alcance de los demás brutos.

Hasta que no estuve a salvo no me preocupe del vivo dolor que sentía en el muslo, y entonces a doce pies por encima de la gruñidora cuadrilla que saltaba, arañaba contra el muro y rodaba por él cada vez que intentaba trepar, así al perro por la garganta y lo estrangulé. Tardé algún tiempo en hacerlo. Me clavó sus garras y me rasgó la piel con las patas traseras, dando espantosos latigazos con todo el cuerpo para arrastrarme muro abajo en sus sacudidas.

Al fin aflojó los dientes y abrió la boca, soltando la carne rasgada. Me llevé el cadáver hacia lo alto del peñascal y me cobijé aquella noche a la entrada de mi antigua caverna, en cuyo interior dormían Oreja Caída y mi hermana. Pero primero hube de sufrir la tormenta de injurias de la Horda, por haberla despertado y

exasperado. Me vengué cumplidamente. De cuando en cuando, el ruido de la cuadrilla de perros se aplacaba al pie del escarpado, y yo dejaba caer rocas que volvían a sobresaltarlos de nuevo, y otra vez surgían por todas partes las injurias y gruñidos de toda la Horda exasperada. Al llegar la mañana, compartí el perro con Oreja Caída y su esposa, y durante algunos días no fuimos los tres ni vegetarianos ni frugívoros.

Oreja Caída no fue feliz en su matrimonio, pero tuvo el consuelo de que no durase mucho tiempo. Ni él ni yo fuimos felices durante aquella época. Yo vivía solitario. Sufría los inconvenientes de haber sido expulsado de mi caverna y, además, no podía reunirme con ningún otro de los muchachuelos de la Horda. Sospecho que mi larga camaradería con Oreja Calda se había hecho habitual en nosotros.

Podía haberme casado también, es verdad, y de buena gana lo hubiera hecho si no fuera por la escasez de mujeres que sufría la Horda. Fácil es de comprender que las exorbitancias de Ojo Bermejo eran la causa de tal escasez, siendo esto una prueba dé la amenaza que representaba para la existencia de la Horda. Además, yo no había podido olvidar a Dulce Alegría... De todas formas, durante el casamiento de Oreja Caída llamé de puerta en puerta, siempre errante, en peligro todas las noches cuando me acostaba, y sin comodidad nunca. Murió uno de la Horda y su mujer pasó a la caverna de otro. Tome posesión de la caverna abandonada, pero tenía la entra a amplia, y Ojo Bermejo casi me atrapó un día, por lo cual tuve que volver a dormir en las dobles cavernas del pasadizo. Durante e1 verano acostumbraba a errar semanas enteras fuera de las cavernas, durmiendo en unos cobijos que me fabriqué en los árboles, cerca de los pantanos.

Ya he dicho que Oreja Caída no fue feliz. Mi hermana era hija de Chachalaca e hizo miserable y desdichada la vida de Oreja Caída. En ninguna caverna había tanta tremolina como en la suya. Si Ojo Bermejo era un siniestro Barba Azul, Oreja Caída era un bragazas, y me imagino que Ojo Bermejo estaba ardiendo en deseos de poseer a la mujer de Oreja Caída.

Afortunadamente para éste, su mujer murió cuando ocurría aquel verano una cosa inusitada. Estaba terminando la estación y brotó, sin embargo, una segunda cosecha de zanahorias, completamente inesperada, y que ofrecía raíces jugosas y tiernas; así es que fue el pantanal el lugar de comida preferido por la Horda. Una mañana, temprano, estábamos almorzando; a un lado tenía yo a Pelicalvo, y más allá a su padre y a su hijo, Marrow-Bone y Labio Largo, respectivamente. Al otro 1ado estaban Oreja Caída y mi hermana, ella más próxima a mí.

Sin aviso alguno, Pelicalvo y mi hermana apretaron a correr y gritar súbitamente. Al mismo tiempo el silbido de unas flechas que les atravesaron de parte a parte. Un momento después yacían retorciéndose en el suelo, mientras que todos nosotros huíamos a la desbandada hacia los árboles. Un dardo pasó junto a se hincó en el suelo; las plumas de la caña vibraron oscilantes al clavarse en tierra. Recuerdo la desviación que hice dando un inútil rodeo para no pasar junto al dardo clavado, como el caballo que huye del objeto que le atemoriza. Oreja Caída, que corría a mi lado dio un traspié y cayó por el suelo. Un dardo le había atravesado la pierna y le impedía correr. Intentó huir, pero cayó de nuevo. Sentóse entonces,

acurrucándose y temblando de pánico, mientras que me llamaba con voz suplicante. Me volví y me enseñó el dardo. Quise arrancárselo, pero el dolor que esto le producía me contuvo la mano. Otra flecha pasó oscilando entre nosotros. Otra golpeó secamente contra una roca, rebotó y cayó al suelo. Esto era demasiado. Tiré con todas mis fuerzas; Oreja Calda lanzó un alarido de dolor mientras le arrancaba el darlo y dándome yo también un golpe con él a causa del tirón. Unos momentos después estábamos en plena huída.

Miré hacia atrás. El anciano Marrow-Bone, a solas y muy rezagado, iba vacilante y silencioso en su carrera, seguido de cerca por la muerte. A veces tropezaba, y en una ocasión cayó tan largo como era. Ya no se veían venir nuevos dardos. Se alzó débilmente sobre los pies. La edad le pesaba enormemente, pero no quería morir. Los tres Hombres del Fuego que avanzaban corriendo hacia la selva enmarañada podrían haberle alcanzado fácilmente. Ni siquiera lo intentaron. Quizás les parecería demasiado viejo y gastado. Pero sí que se acercaron a Pelicalvo y a mi hermana, porque cuando me volví a mirar desde los árboles vi a los Hombres del Fuego golpeándoles con unas peñas en la cabeza, y uno de ellos era el viejo y rugoso cazador que andaba renqueando...

Seguimos huyendo, entre los árboles, con rumbo a las cavernas, plebe excitada y sin orden, alborotando al paso, camino de los huecos de las peñas, a todos los pequeños seres vivientes de la selva y provocando los chillidos de los abejarucos. Ahora que no era el peligro cosa mayor, Labio Largo aguardó a su abuelo Marrow-Bone, y ambos, el viejo y el joven, nos dieron alcance, dejando en los pantanales al desdichado Pelicalvo, cuya muerte abría entre ellos el vacío de una generación.

Y así fue como Oreja Caída vino de nuevo a ser soltero. Aquella noche me acosté junto a él en la vieja caverna, y comenzó de nuevo nuestra antigua vida de camaradería. Parece que la muerte de su compañera no le causó gran pesar. Al menos no mostraba señales tic dolor ni añoraba su ausencia. Era la herida de la pierna lo que parecía incomodarle, y pasó más de una semana sin que pudiera recobrar su agilidad.

Marrow-Bone era el único anciano la Horda. A veces vuelvo a pensar en aquel hombre primitivo, y cuando la visión del recuerdo se me aclara más, percibo que existe una semblanza sorprendente entre él y el padre de nuestro jardinero. El padre del jardinero era un anciano arrugado y marchito, y me atrevería a jurar que cuando miraba a través de sus diminutos ojos, o cuando mascullaba con sus desdentadas encías, se parecía y obraba igual que el viejo Marrow-Bone. Durante mi infancia me horrorizaba este parecido; no podía menos que echar a correr siempre que veía al pobre viejo que se acercaba vacilante sobre sus dos báculos. El viejo Marrow-Bone tenía también cierto asomo de despoblada barba que me parecía exactamente igual que las ralas patillas del anciano.

Como iba diciendo, Marrow-Bone era el único viejo de la Horda. Representaba una excepción, porque los de la Horda no llegaban nunca a viejos, y tampoco abundaban las edades medias. La muerte violenta era casi siempre el fin que nos aguardaba. Morían como mi padre o como Diente Mellado habían muerto, como Pelicalvo y mi hermana acababan de morir: súbitamente, brutalmente en plena

posesión de sus facultades, en vi pleno vigor y lozanía de la vida. ¿La muerte natural? La muerte violenta era la verdadera muerte natural de aquellos tiempos.

Nadie murió de viejo en la Horda, ni aun el mismo Marrow-Bone; aunque fue el que más suerte tuvo de nidos cuantos vivían en mi generación. Un magullamiento o una mutilación, un oscurecimiento momentáneo de las facultades, equivalían a la inmediata muerte. Generalmente nadie era testigo de semejantes accidentes. Los miembros de la Horda desaparecían de nuestra vista y no sabíamos más de ellos. Dejaban las cavernas al amanecer y no regresaban nunca. Desaparecían... en las garras voraces de las bestias sanguinarias de la selva.

La irrupción de los Hombres del Fuego en los plantanales de las zanahorias había de ser el comienzo del fin de la Horda, aunque nosotros lo ignorábamos. Los cazadores comenzaron a aparecer más frecuentemente cada vez, andando el tiempo. Venían en parejas o en grupos de a tres, se deslizaban arrastrándose sigilosamente por la selva, prestos sus alados dardos para aniquilar las distancias y para derribar a sus víctimas desde la copa de los árboles más altos, sin necesidad de treparlos. Los arcos y las flechas eran corno una extensión enorme de sus músculos, así es que en realidad saltaban alturas inmensas y asesinaban a cien pies de distancia y más aún. Esto les hacía mil veces más terribles que al mismo Diente de Sable. Además, eran muy astutos e inteligentes, poseían un lenguaje que les capacitaba para razonar, y por último, comprendían las ventajas de la cooperación.

Nosotros, los de la Horda, nos hicimos recelosos y desconfiados mientras andábamos por los bosques. Siempre íbamos ojo avizor, vigilantes y tímidos. Ya no eran los árboles el abrigo seguro donde confiarse. Ya no podía ser aquello de colgarse de las ramas y reírse de los animales carniceros enemigos que acechaban en el suelo. Los Hombres del Fuego eran carnívoros, cuyas garras y fauces se alargaban a más de cien pies. No había ninguna fiera tan temible entre las bestias de presa que invadían el mundo primitivo.

Una mañana, antes de que la Horda se dispersara por la selva, cundió el pánico entre los que habían ido a beber al río. Todos huimos a las cavernas. Teníamos entonces la costumbre de huir antes de investigar las causas de la fuga. Esperamos a la boca de las cavernas y observamos. Después de unos instantes, un hombre del Fuego subió cauteloso y comenzó a caminar por el llano. Era el anciano pequeñito y rugoso, el viejo cazador. Permaneció frente a nosotros unos momentos y nos contempló, observando nuestras cavernas y el muro del escarpado de arriba abajo. Descendió después por uno de los barrancos hacia los abrevaderos, volviendo a los pocos minutos por otra barrancada. Aún se detuvo a observarnos atenta y cuidadosamente durante un buen rato. Luego volvió sobre sus pasos y se fue renqueando selva adentro, dejándonos consternados y llamándonos unos a otros desde las cavernas con voz suplicante y dolorida.

CAPITULO XVI

LA ENCONTRÉ en la antigua vivienda, próxima a los pantanales de las bayas, donde mi madre había vivido y donde Oreja Caída y yo construimos nuestro primer abrigo entre los árboles. Fue algo inesperado. Cuando llegué cerca de ella,

bajo el árbol, oí la dulce voz familiar, nunca olvidada, y levanté los ojos. Allí estaba ella, mi Dulce Alegría, sentada sobre una rama balanceando las piernas, mientras me miraba.

Me quedé inmóvil durante algún rato. Al verla me sentí feliz, y luego empezó a invadirme una sensación de inquietud y dolor que ahogaba la felicidad. Comencé a trepar por el árbol y ella iba retirándose lentamente de la rama. Cuando ya la alcanzaba, saltó por el aire fue a parar al árbol próximo. Me miraba asomándose se entre el rumor de las hojas y volvió a emitir sus dulces sonidos. Salté recto hacia ella, y después de una persecución muy empeñada, volvió a repetirse a misma situación; porque allá, entre las hojas, lanzaba ella sus dulces sonidos, mirándome desde las ramas.

Comprendí que había nacido en mí algo diferente a lo que sentí en aquellos pasados días, anteriores a nuestro viaje de aventuras. Yo la deseaba y ella lo sabía. Por eso no daba lugar a que me acercara. Me olvidé por completo de que ella era la ligereza misma y de que había sido mi maestra en el arte de trepar por las ramas. La perseguí de árbol en árbol y siempre me burlaba, mirándome después con sus bondadosos ojos, emitiendo sus dulces sonidos y danzando y columpiándose ante mí, pero fuera de mi alcance. Cuanto más se evadía, más ardientemente deseaba alcanzarla, y las sombras crecientes de la tarde fueron testigos de la inutilidad de mi esfuerzo.

Según la perseguía, o a veces, cuando descansaba en el árbol próximo, contemplándola, observé el cambio que en ella se había operado. Era más alta, más pesada, más crecida. Sus formas se habían redondeado, los músculos eran llenos y fuertes, y había en toda ella un algo inefable que me hablaba de madurez y plenitud nuevas e incitantes. Tres años por lo menos habían pasado por ella, y estos tres años habían dejado su sello. Digo que tres años, aunque no puedo precisar exactamente el tiempo; acaso pudo deslizarse otro año más, cuyos sucesos haya confundido yo con los de los otros tres. Cuanto más medito en ello, más claro me parece que habrían pasado ya cuatro años, por lo menos.

Ignoro por completo dónde había ido, por qué se fue, ni qué le sucedió en ese espacio de tiempo. Ella no tenía medio de decírmelo, así como Oreja Caída y yo no lo teníamos tampoco para contar a la Horda o que habíamos visto en extraños países, Es probable que ella, como nosotros, habría partido para un viaje e aventuras, a solas, consigo misma. Por otra parte, acaso Ojo Bermejo hubiera sido la causa de su partida. Es casi cierto que él la encontraría de vez en cuando vagando por los bosques, y acaso con sus persecuciones fuera motivo del alejamiento de Dulce Alegría. Por sucesos posteriores, he llegado a creer que debió viajar muy lejos, hacia el Sur, cruzando hileras de montañas, y descendiendo después a las riberas de un río desconocido, muy lejos de todos sus semejantes. Allí vivían los Hombres de los Árboles, que la debieron impulsar a regresar a la Horda y a mí. Más tarde explicaré los motivos de estas sospechas mías.

Las sombras de la noche se iban haciendo más densas, y yo seguía persiguiéndola más ardientemente que nunca, y aun no podía alcanzarla. Ella fingía huir de mí desesperadamente, y siempre se las componía de manera que estaba a la distancia precisamente justa para que no pudiera darle alcance. Me olvidé de todo, de la

noche que avanzaba, del tiempo y de los enemigos carniceros y devoradores. Estaba enloquecido de amor y lleno de ira, porque ella no me dejaba aproximarme a su lado. Es extraño el considerar cómo esta ira contra ella parecía parte de mi pasión.

Como iba diciendo, me olvidé de todo. En mi carrera por los descampados me metí entre una nidada de serpientes. No me acobardaron. Estaba loco. Serpearon hacia mí, pero yo me zambullí entre ellas, las esquivé y continué avanzando. Me vi entonces frente a una serpiente pitón que en otras circunstancias me hubiera hecho huir, chillando, a la copa del árbol más alto. Me persiguió; pero Dulce Alegría desaparecía de mi vista, y yo me lancé al suelo y continué camino adelante. La serpiente llegó a rozarme en mi carrera. Después tropecé con mi antigua enemiga: la hiena. Estaría segura de que mi temeridad motivaría algún desenlace agradable para ella, y me persiguió durante una buena hora. Más adelante irritamos a una cuadrilla de jabalíes, que echaron también tras de nosotros. Dulce Alegría se aventuró a dar un salto enorme, excesivo para mí. Yo tenía que tocar al suelo. Abajo estaban los jabalíes. No dudé ni un momento. Me eché a tierra a poco más de una vara del más próximo. Me rozaron en mi carrera y por dos veces me persiguieron hasta dos distintos árboles, desviándome de la ruta de Dulce Alegría. Me aventuré nuevamente a pisar el suelo y crucé un amplio espacio seguido de la banda que gruñía, se erizaba y rechinaba los colmillos junto a mis propios talones.

Un traspié o un simple tropezón y no hubiera habido salvación para mí. Pero no me preocupe de lo que pudiera sucederme. Tal era mi estado emotivo, que hubiera desafiado al propio Diente de Sable y a todos los dardos de los Hombres del Fuego. A tal extremo llegaba mi locura de amor. No le ocurría lo mismo a Dulce Alegría, que era prudente en extremo. No se arriesgaba mucho, y aún recuerdo, volviendo los ojos a través de los siglos ara contemplar aquella persecución, que, cuando los jabalíes me detuvieron, ella aminoraba su marcha y esperaba a que yo volviera a emprender la carrera. Además, era ella la que me conducía, eligiendo siempre la dirección que le convenía más.

Vino por fin la oscuridad. Dulce Alegría me llevó entonces por la musgosa espalda de un desfiladero que surgía entre los árboles. Después penetramos por una densa maleza, que me arañó y despellejó al pasar. Ella al siquiera se enredó un solo cabello. Conocía bien el camino. Un roble grandioso se alzaba medio oculto por la maleza. Yo estaba muy cerca de Dulce Alegría cuando trepaba por el árbol, y allí, entre las horquillas de las ramas, en el nido tan larga e inútilmente buscado, logré alcanzarla, porque ella quiso al fin que fuese.

La hiena había olfateado de nuevo nuestras huellas, y se sentó bajo el árbol entre gruñidos de hambre. No nos preocupamos para nada, sino, al contrario, nos reímos mucho de ella cuando, enseñando sus fauces y gruñendo, se alejó entre los árboles. Era el tiempo de a primavera y en la noche se sentían muchos y variados ruidos. Como de costumbre, en esta estación del año abundaban las luchas entre los animales. Desde el nido podíamos percibir los relinchos de los caballos salvajes, el trompeteo de los elefantes y el rugido de los leones. Pero la luna surgió en el cielo, y nosotros reíamos felices, sin miedo.

A la mañana siguiente vimos dos pájaros machos que reñían tan ciegamente que pude echarme sobre ellos y cogerlos por el cuello sin ninguna dificultad. Así es

como Dulce Alegría y yo hicimos nuestro primer almuerzo de bodas. Nos parecieron deliciosos. Era muy fácil coger pájaros durante la primavera. Otra noche vimos desde nuestro nido a dos antas que luchaban a la luz de la luna, mientras que dos leones se deslizaron hacia ellas, alcanzándolas desprevenidas, en el ardor del combate.

Realmente, no tengo medio de conjeturar cuánto tiempo vivimos en aquel nido de Dulce Alegría. Pero, un día cuando estábamos ausentes, recibió el árbol el golpe del rayo, se rajaron las grandes ramas y quedó completamente destrozado el nido. Comencé a reconstruirlo inútilmente, porque a Dulce Alegría le amedrentaban los rayos y no pude convencerla de que volviera a nuestro árbol. Fue así como después de terminada nuestra luna de miel, regresamos a la vida de las cavernas. Y como Oreja Caída me había echado de la caverna cuando se casó, así yo también le expulsé de ella. Dulce Alegría y yo nos establecimos allí, mientras que Oreja Caída dormía en el pasadizo de la caverna doble.

Con el regreso a las cavernas vino la inquietud de la vida. No sé cuántas esposas había tenido Ojo Bermejo, después de Cantarina, que había seguido la suerte de todas. Actualmente tenía una pobre mujer acobardada, pequeña y tierna, que gimoteaba día y noche, lo mismo cuando le pegaba que cuando no. Su muerte no se hizo esperar mucho. Aun antes de que muriera, ya había puesto Ojo Bermejo sus ojos en mi Dulce Alegría, a la muerte de aquélla comenzó la persecución de ésta.

Menos mal que Dulce Alegría era la ligereza misma, y su sorprendente aptitud para huir a través de los árboles podía librarla de las garras de aquella bestia. Yo no podía ayudarla realmente. Era tan monstruoso Ojo Bermejo, que me hubiera desgarrado miembro a miembro con la mayor facilidad. Hasta mi muerte llevé lisiado un hombro, que se me inutilizaba en las
estaciones de lluvias, muestra de una de las brutalidades de Ojo Bermejo.

Por entonces cayó enferma Dulce Alegría. La enfermedad de mi mujer sería indudablemente algún acceso de paludismo que a veces sufríamos, pero lo cierto es que la dejó torpe y pesada. No tenía la acostumbrada rapidez de sus músculos y estaba en malas condiciones para huir cuando Ojo Bermejo la arrinconó cerca de los cubiles de los perros salvajes, varias millas al Sur de las cavernas. En otra ocasión, antes de que él hubiera podido acercarse, le habría esquivado ella, regresando sin ninguna dificultad al abrigo de nuestras cavernas de estrecha entrada. Pero ahora no podía ser. Estaba pesada, torpe y lenta. Ojo Bermejo la ob1igó a retroceder, hasta arrinconarla donde quiso. Dulce Alegría concentró todas sus energías en librarse de sus garras.

Si no hubiera estado enferma, hubiera sido juego de niños el burlarle; pero ahora era preciso toda su precauci6n y sagacidad. Tenía en su favor el poder huir por las ramas más finas y dar los saltos más arriesgados. También la de ser muy habilidosa en medir las distancias y adivinar la resistencia de las ramas y ramones cariados.

Fue interminable la persecución. Se lanzaron por la se1va en vueltas y más vueltas, avanzando y retrocediendo en carreras tremendas. La Horda estaba

enormemente excitada, prorrumpiendo en un salvaje alarido más vibrante cuando Ojo Bermejo se hallaba lejos y aplacado cuando la persecución lo aproximaba... Eran, como siempre, espectadores pasivos. Las mujeres chillaban, los machos se apuñeaban el pecho en cólera inútil. Cara Grande estaba más indignado que nadie, y aun cuando aplacaba sus gritos al aproximarse Ojo Bermejo, no enmudecía tanto como los otros.

Yo, por mi parte, no hacía ningún brillante papel. Ya sé que tenia de todo menos de héroe. Además, ¿para qué había de servir que me pusiera frente a Ojo Bermejo? Era el monstruo poderoso, la bestia abismática, y no había esperanza para mí en una lucha de fuerza contra fuerza. Me habría matado, sin que hubiera cambiado para nada la situación. Así es que no me tocaba sino desesperarme en impotente y dolorosa ira, desviarme de su camino y aplacar mi cólera cuando se me acercaba.

Pasaron horas. Era ya entrada la tarde y aún continuaba la persecución. Ojo Bermejo iba agotando a Dulce Alegría, cansándola. La perseguía y fatigaba deliberadamente. Después de un buen rato, ella comenzó a cansarse y no podía mantener su huída a voluntad. Procuraba subir a las ramas más delgadas, adonde él no podría seguirla. Necesitaba descansar allí unos instantes para tomar aliento; pero Ojo Bermejo era incansable y estaba feroz. Incapaz de seguirla, le impedía detenerse, sacudiéndola de las ramas delgadas donde Dulce Alegría se refugiaba. Podía balancear con su fuerza y peso las ramas más gruesas y sacudirlas hasta lanzarla por el aire como si fuera una mosca. La primera vez se salvó Dulce Alegría dejándose caer en las ramas inferiores y más gruesas. En otra ocasión, aunque estas ramas no impidieron que se cayera al suelo, aminoraron el golpe. Siguió otra sacudida, tan feroz, que salió lanzada de la rama, atravesando un gran espacio hasta el árbol próximo. Parece increíble cómo se asió y salvó de la caída. Ahora Dulce Alegría buscaba la seguridad de las ramas altas y débiles. Estaba tan cansada, que no podía escaparse de otra manera, y recurría con harta frecuencia a este ardid.

Aún prosiguió la persecución y aún la Horda chillaba, se golpeaba el pecho y rechinaba los dientes. Luego vino el fin. Era casi la hora del crepúsculo. Dulce Alegría, temblando y sin aliento, se asió desesperadamente a una rama, a treinta pies del suelo, sobre el espacio vacío. Ojo Bermejo sacudió la rama, que, como un péndulo, comenzó a oscilar con el enorme peso de aquel bruto. Súbitamente dio un latigazo con el cuerpo, y fue tan brusca la oscilación, que Dulce Alegría salió despedida. Había perdido su asidero y caía en el vacío, lanzando un grito penetrante.

Aún pudo enderezarse en el aire, para caer de pie. En otras circunstancias la agilidad de sus miembros, hubiera evitado el golpe, pero ahora estaba agotada. No podía soportar el salto; sus piernas cedieron, sin hacer más que aplacar el choque, y al caer en tierra, aunque no se hizo daño, el golpe la dejó sin aliento. Quedó tendida en el suelo, desvalida y esforzándose por respirar.

Ojo Bermejo se abalanzó sobre ella y la asió, retorciéndole los cabellos entre sus nudosos dedos, rugiendo triunfante y retando a la Horda, que, aterrorizada, le contemplaba desde los árboles. Entonces enloquecí y, abandoné toda prudencia; olvidando el deseo de vivir en la carne, me arrojé por detrás sobre Ojo Bermejo,

que rugía espantosamente. Tan inesperada fue la acometida, que lo hice rodar, y rodeándole con brazos y, piernas, procuré sostenerlo contra el suelo. Hubiera sido imposible de no haber tenido Ojo Bermejo una de sus manos ocupada en agarrar tensamente a Dulce Alegría por los cabellos.

Envalentonado por mi osadía, Cara Grande se unió a mí inesperadamente. Se echó a la pelea y clavé los dientes en el brazo de Ojo Bermejo, rasgándole y arañándole el rostro al mismo tiempo. Ésta era la ocasión propicia para que la Horda se uniera y acabase con Ojo Bermejo. Pero todos permanecieron inmóviles ocultos en los árboles.

Era inevitable que Ojo Bermejo nos venciera. Si no terminó inmediatamente con nosotros, fue porque Dulce Alegría impedía sus movimientos. Había recobrado su aliento y comenzaba a resistir. Ojo Bermejo no quería soltarla y esto le ponía en condiciones de inferioridad. Tendió la mano libre y me agarró como una tenaza. Era el comienzo de mi fin. Empezó a arrastrarme hacia él para ponerme en posición a propósito para clavarme los dientes en la garganta. Ya había abierto la boca y apretaba las encías. En un apretujón de sus enormes fuerzas, me retorció el hombro de tal forma que conservé el dolor para toda la vida, como recuerdo de aquella lucha.

Pero entonces sucedió algo imprevisto. Un enorme cuerpo cayó sobre el grupo que formábamos los cuatro. No esperábamos el golpe y salimos rodando cada uno por su lado, soltándonos en la repentina sorpresa. En el instante del choque, Cara Grande lanzó un terrible alarido. Yo no podía precisar lo que había pasado, aunque sentí olor de tigre y vislumbré su rayada piel en mi veloz huída hacia los árboles.

Era el viejo Diente de Sable. Le había despertado en su cubil el rumor de la refriega, y acudió sin que nos diéramos cuenta de ello. Dulce Alegría se encaramó al árbol inmediato al mío y me uní a ella enseguida. La rodeé con los brazos y la apretujé contra mi pecho, mientras que ella lloraba desconsoladamente. Del suelo venía un gruñido y un crujir de huesos. Era que Diente de Sable estaba devorando los restos de lo que había sido Cara Grande. Más allá, Ojo Bermejo miraba fijamente entre el reborde de sus inflamados ojos. Había encontrado un monstruo mayor que él. Dulce Alegría y yo huimos entre los árboles, camino de nuestra caverna, mientras que la Horda se amontonaba en las copas más altas, por encima de su viejo enemigo Diente de Sable, arrojándole un chaparrón de ramas y tallos secos. El tigre restallaba la cola y gruñía, pero continuaba devorando.

Y así fue como nos salvamos: por un mero accidente de la más pura casualidad. De otro modo, hubiera perecido entre las garras de Ojo Bermejo y no hubiera existido el puente que enlaza todo aquello con un descendiente que lee periódicos, monta en trenes eléctricos y, ¡ay!, escribe narraciones de sucesos desvanecidos en el pasado, como ésta, por ejemplo.

CAPITULO XVII

LO QUE voy a relataros aconteció al comenzar el otoño del año siguiente. Ojo Bermejo, después de su fracaso, había tomado otra mujer, que, aunque parezca

extraño, aún vivía. Más extraño todavía os parecerá el saber que meses atrás había tenido un hijo: el primer hijo de Ojo Bermejo. Sus mujeres anteriores no vivieron lo suficiente para poder dar a luz. Todos habíamos pasado un buen año. El tiempo había sido excepcionalmente benigno y la cosecha abundante. Recuerdo de una manera especial las zanahorias de aquella temporada. También fue copiosísima la cosecha de nueces y las ciruelas silvestres eran más dulces y más grandes que de costumbre.

En resumen, fue el año de oro. Y luego sucedió... Por la mañana temprano nos sorprendieron en las cavernas. La mayor parte de los nuestros se despertaron de su sueño a la luz fría y gris del amanecer, para encontrar la muerte. A Dulce Alegría y a mí nos había despertado el escándalo de la gran batahola. Era nuestra caverna la más alta del peñascal escarpado. Nos arrastramos a la boca y miramos. El llano estaba rebosante de Hombres del Fuego. Sus alaridos y gritería aumentaban el clamoreo; pero ellos guardaban orden y seguían su plan, y nosotros no. Cada cual obraba por cuenta propia, sin advertir la enorme calamidad que caía sobre todos.

Comenzamos a lanzar piedras sobre los Hombres del Fuego, que se habían reunido al pie del peñascal. Nuestra acometida logró aplastar a algunos de ellos, porque cuando se retiraron, quedaron tres o cuatro tendidos en el suelo. Allí se retorcían y forcejeaban, intentando arrastrarse lejos de los riscos; pero no se lo permitimos. Los varones rugíamos airados y hacíamos llover piedras y más piedras sobre los Hombres de1 Fuego que yacían al pie del muro. Algunos intentaron arrastrarles a sitio seguro; pero nuestros peñascos hacían retroceder a los rescatadores.

Los Hombres del Fuego comenzaron a encolerizarse. También ellos se volvieron precavidos. A pesar de sus alaridos de ira, se mantenían a prudente distancia, y lanzaban granizadas de flechas sobre las cavernas. Esto fue lo suficiente para que cesáramos de arrojar peñascos. Ya media docena de los nuestros habían muerto y muchos estaban heridos; el resto nos retiramos al interior de las cavernas. Yo no estaba fuera de su alcance en mi alta cueva, pero la distancia era suficiente para inutilizar la efectividad de los disparos; así es que los Hombres del Fuego no malgastaban sus dardos contra mí. Además, tenia curiosidad y deseaba ver. Mientras que Dulce Alegría permanecía en lo más hondo de la caverna, temblando de miedo y prorrumpiendo en gemidos porque yo no quería entrar y seguía observando agazapado a la entrada.

El ataque se desarrollaba a intervalos. Se había detenido por un momento; porque habiéndonos refugiado nosotros en el interior de las cavernas, los Hombres del Fuego pensaban cómo nos podrían echar de allí. Ellos no se atrevían a seguirnos, y nosotros no nos atrevíamos a exponernos a sus dardos. De cuando en cuando, si alguien se acercaba al escarpado, alguno de la Horda arrojaba un peñasco aplastador. A cambio de lo cual caía atravesado por media docena de flechas. Así continuaron las cosas durante un buen rato; pero, la Horda terminó por recurrir a no presentar blanco fuera de las cavernas. La tregua era completa.

Más allá de los Hombres del Fuego, detrás de todos ellos, veía yo al viejo y arrugado cazador pequeñito que lo dirigía todo. Los demás lo obedecían ciegamente e iban de un lado a otro, cumpliendo sus órdenes. Corrieron algunos a la selva y volvieron con pesadas maderas secas y grandes montones de maleza; todos los Hombres del Fuego se dedicaron a amontonarla.

Mientras que algunos les defendían, prestos los arcos tensos a disparar sobre el primero de la Horda que se hubiera atrevido a asomarse, otros amontonaban las matas secas a la boca de las filas inferiores de cavernas. Entonces conjuraron al monstruo terrible, que apareció rápido a su poderosa evocación. Y vimos por primera vez el FUEGO. Comenzaron a retorcerse sobre el peñascal mechones de humo ascendente. Luego, las rojas lenguas de las llamas, que se deslizaron como serpientes entre los leños que ardían. El humo se hizo más denso, sepultando a veces todo el frente del peñascal. Pero yo estaba en lo más alto y no me molestaba gran cosa, aunque me escocían los ojos, que frotaba con los nudillos de las manos.

El anciano Marrow-Bone fue el rimero en salir a causa de la sofocación del humo. Un leve soplo de aire desvió la humareda en el instante mismo en que el viejo salía, y lo vi claramente. Apareció entre las nubes de humo, pisó un carbón encendido, y prorrumpiendo en un grito de súbito dolor comenzó a trepar por el peñascal. Los dardos llovían sobre él. Se detuvo al borde de una roca, agarrándose afanoso entre boqueadas, estornudos y sacudimientos de cabeza, mientras que una lluvia de emplumados dardos rebotaban sobre la peña, alrededor suyo. Era viejo, pero no quería morir. Se cimbreaba más cada vez; las rodillas comenzaron a ceder y gemía suplicante, vacilando al borde del peñasco. Perdieron sus manos el asidero y cayó volteando y sacudiéndose, rompiéndose los huesos contra las peñas. Aún prorrumpió en un lamento y se esforzó débilmente por levantarse, pero un Hombre del Fuego se abalanzó sobre él y le desnucó con una porra.

Tal fue la suerte de muchos de los habitantes de la 1a Horda. Incapaces de soportar la sofocación del humo, salían de las cavernas para caer entonces bajo los dardos crueles. Algunas de las mujeres y niños permanecieron en sus cavernas y murieron asfixiados; pero la mayoría encontró la muerte fuera de ellas.

Cuando los Hombres del Fuego hubieron desalojado la primera hilera de cavernas, procedieron a repetir la operación en la segunda. Pero mientras amontonaban las matas y maderas secas, Ojo Bermejo escapó peñas arriba, seguido de su mujer, que llevaba estrechamente abrazado al niño. Los Hombres del Fuego, se habían descuidado, esperando sin duda que permaneceríamos en las cavernas durante el intervalo necesario para preparar el fuego; así es que cuando sus dardos comenzaron a cortar el aire, Ojo Bermejo y su mujer estaban ya en lo alto del escarpado. Al llegar a la cumbre, Ojo Bermejo se volvió a mirarles rugiendo y golpeándose el pecho. Los Hombres del Fuego, tendieron sus arcos amenazantes, y aunque las flechas no lo tocaron, Ojo Bermejo huyó despavorido.

Aún observé por tercera y cuarta vez entre la humareda. Algunos habitantes de la Horda conseguían escapar encaramándose sobre las peñas, pero los más caían atravesados por las flechas. Recuerdo a Labio Largo: llegó hasta cerca de mí gritando dolorosamente; un dardo le había atravesado el pecho, y la caña emplumada vibraba por el dorso mientras que la punta de hueso salía por delante. La flecha le había entrado por la espalda mientras trepaba. Cayó junto a la entrada de mi caverna, sangrando profusamente por la boca.

En aquel momento las hileras superiores de cavernas se vaciaron de súbito. Casi todos los de la Horda que no estaban asfixiados salieron al mismo tiempo y huyeron penas arriba. Ésta fue la salvación de muchos de ellos. Los Hombres del

Fuego no podían disparar sus flechas con tanta rapidez. Llenaron el aire de dardos, y muchos de los nuestros cayeron heridos y tambaleándose; pero algunos consiguieron ganar la cumbre y desaparecieron.

No era tan grande mi impulso de huir como el de la curiosidad. Los dardos habían terminado de silbar. Parecía como si hubieran huido los últimos miembros de la Horda, pero aún debía de haber algunos ocultos en las cavernas superiores. Dulce Alegría y yo nos dispusimos a hacer una salida hacia la cumbre del acantilado. Al vernos prorrumpieron en una exclamación los Hombres del Fuego. No era yo la causa, sino Dulce Alegría. Todos hablaban desaforadamente y la señalaban. No intentaron disparar ni un solo dardo. Comenzaron a llamarnos en voz baja, dulce y atrayente. Yo me detuve y miré hacia abajo. Ella, horrorizada, gemía y me impulsaba a seguir adelante. Subimos a la cumbre y poco después desaparecíamos entre los árboles.

Este acontecimiento me ha hecho preguntarme muchas veces si Dulce Alegría sería de su raza, si se habría extraviado de ellos cuando era muy niña aun, para que se acordara, porque en otro caso no les habría temido. También pudiera ser que, aunque fuera de su raza, no se hubiera perdido; que fuera hija de Hombres del fuego que hubieran renegado de su especie y que naciera en la selva entre los de la Horda. ¿Quién podrá saberlo? Estas cosas están más allá de mi alcance y Dulce Alegría no sabía de ellas más que yo.

Pasamos un día de agonía y terror. La mayor parte de los supervivientes huyeron hacia los pantanos y buscaron refugio en las vecinas selvas. Y durante todo el día nos persiguieron las cuadrillas de Hombres del Fuego, que nos asesinaban dondequiera que nos encontrasen. Debían tener fijado su plan de antemano. Como ya no cabían en su pequeño territorio, decidieron sin duda conquistar el nuestro. ¡Oh dolor de la conquista! No podíamos afrontarles. Fue una carnicería, una matanza cruel que no perdonó a nadie: jóvenes y viejos cayeron a su paso, hasta que el país quedó libre por completo de nuestra presencia.

Aquello equivalía al fin del mundo, al menos para nosotros. Huimos al último asilo de los árboles acogedores, para que allí nos cercaran y asesinaran, familia tras familia. Nuestros ojos no cesaban de ver tales horrores en tan aciago día, y yo, por otra parte, sentía sed de contemplarlos. Dulce Alegría y yo no permanecíamos mucho tiempo en cada árbol, evitando de esta manera la posibilidad de que nos cercaran. Mas no había lugar donde acogerse. Por todas partes brotaban Hombres del Fuego, ebrios de su tarea exterminadora. Los encontrábamos dondequiera que dirigiéramos nuestros pasos, y así pudimos presenciar muchas de sus hazañas.

No recuerdo haber visto lo que le ocurriera a mi madre; pero sí haber contemplado a Chachalaca en su antiguo árbol, de donde cayó mortalmente herido atravesado por una flecha. Me horroriza pensar que sentí entonces un estremecimiento de alegría, columpiándome gozoso en mi árbol. Antes de terminar esta parte de mi narración, quiero hablaros de Ojo Bermejo. Le encontraron en uno de los árboles próximos a los pantanos, en unión de su esposa y su hijo. Dulce Alegría y yo nos detuvimos a contemplarle, deteniéndonos un momento en nuestra huída. Los Hombres del Fuego estaban demasiado atentos a su labor y no

repararon en nosotros, que, por otra parte, nos resguardábamos medio ocultos entre la maleza por donde nos deslizábamos.

Un grupo de Hombres del Fuego rodeaba al árbol y disparaban flechas, recogiéndolas cuando volvían a caer al suelo. Yo no podía distinguir a Ojo Bermejo pero le oía gruñir oculto entre las ramas del árbol. Poco después se apagaban sus gruñidos; debía haberse refugiado en algún hueco del tronco. Pero su esposa no consiguió alcanzar semejante abrigo y un dardo la hizo caer a tierra, al parecer gravemente herida, puesto que no se esforzó en escapar. Se arrastró hacia su hijo, cubriéndole protectora bajo su regazo adonde se asía apretadamente, hizo signos suplicantes prorrumpió en ruegos a los Hombres del Fuego. Éstos se agruparon a su alrededor y se burlaban de ella, lo mismo que Oreja Caída y yo nos habíamos reído del anciano que pertenecía a los Hombres de los Árboles. Así como nosotros le punzábamos y azuzábamos con ramitas y tallos secos, así también hacían los Hombres del Fuego con la mujer de Ojo Bermejo: la pinchaban con la punta de sus flechas. Pero la infeliz no quería luchar, y la broma resultaba aburrida para los cazadores No quería encolerizarse aquella mujer, que se limitaba a cubrir a su hijo indefenso y rogar lastimeramente. Uno de los Hombres del Fuego se acercó con una porra en la mano. Ella lo vio y lo comprendió todo; pero no hizo más que dirigirle voces suplicantes, hasta que recibió el duro golpe.

Ojo Bermejo continuaba en su hueco, a salvo de los dardos. Los cazadores deliberaron unos instantes, y luego uno de ellos trepó al árbol. No puedo de(iros lo que sucediera en lo alto; sólo recuerdo que le oí lanzar un rito y percibí la excitación de los que estaban abajo. Unos minutos después, un cuerpo caía aplastado contra el suelo. No hizo el movimiento más leve. Los demás lo contemplaron y le alzaron la cabeza inerte, que cayó fláccida al abandonarle. Ojo Bermejo había dado buena cuenta del Hombre del Fuego.

Los demás cazadores se encolerizaron. Junto al suelo, en el tronco de árbol, se abría una grieta, y acumularon allí hierbas secas y madera y le prendieron fuego. Dulce Alegría y yo, estrechamente abrazados, esperábamos entre la maleza. De cuando en cuando los Hombres del Fuego arrojaban a la hoguera grandes ramas que humeaban abundantemente.

De pronto los vimos retirarse lejos del árbol. No habían sido bastante rápidos, y la veloz masa corpulenta de Ojo Bermejo bajó a tierra, cayendo sobre ellos. En su ira salvaje, comenzó a despachurrarles a diestro y siniestro, entre sus membrudos brazos. A uno de los cazadores le despellejó la cara con los atenazados dedos nudosos y de tan tremendos músculos. A otro le destrozó el cuello de un mordisco. Los Hombres del Fuego se retiraron lanzando feroces alaridos, para abalanzarse de nuevo sobre Ojo Bermejo; pero éste asió un leño y comenzó a aplastarles la cabeza a cuantos se acercaban. Era demasiado enemigo para ellos. Los Hombres del Fuego se vieron obligados a retirarse nuevamente. Ojo Bermejo aprovechó la oportunidad, les volvió la espalda y huyó ululando enfurecido. Cayeron unos cuantos dardos veloces junto a él; pero se internó entre las breñas espesas y desapareció.

Dulce Alegría y yo nos alejamos entonces, deslizándonos suavemente, pero con tan mala fortuna, que tropezamos con otra partida de Hombres del Fuego. Nos

persiguieron por los matorrales y pantanos; pero conocíamos los senderos arbóreos que cruzaban los tremedales y las lagunas por donde no podían perseguirnos, y escapamos ilesos. Pasamos a la orilla opuesta, hacia una estrecha faja de bosque que separaba el pantanal de las bayas y la gran laguna extendida hacia Poniente. Allí nos encontramos a Oreja Caída. Ignoro de qué manera se habría escapado, a no ser que no hubiera dormido en las cavernas la noche anterior.

Allí, en la estrecha faja de bosques, podríamos haber construido tres cobijos entre las ramas de los árboles, donde establecemos; pero los Hombres del Fuego continuaban su obra de exterminio por todas partes. A la hora del atardecer, vimos a Cara Barbuda y su mujer que huían sigilosamente entre la maraña del bosque, hacia Oriente; pasaron junto a nosotros y desaparecieron a lo lejos. Huían rápidos y silenciosos, pintada la alarma en la faz. Oíamos en la dirección por donde habían llegado los gritos de los cazadores y el estridor de alguno de los nuestros. Los Hombres del Fuego habían encontrado el paso de los pantanos.

Dulce Alegría, Oreja Caída y yo seguimos las huellas de Cara Barbuda y su mujer. Nos detuvimos al llegar al borde de la laguna grande. No conocíamos sus pasos. Estaba fuera del linde de nuestra comarca y siempre la Horda había evitado penetrar allí. Ninguno de lops1 que se aventuraron a hacerlo regresó jamás a las cavernas. Nuestras almas veían en aquel lugar misterio y horrores, lo terrible desconocido. Nos detuvimos, pues, al borde. Estábamos despavoridos. Los gritos de los Hombres del Fuego se acercaban más cada vez... Nos miramos consternados. Cara Barbuda corrió por la ciénaga y logró poner pie firme sobre un montecillo de hierba a unos quince pasos más allá. Su mujer no pudo seguirle. Quiso intentarlo, pero retrocedió asustada ante la engañosa superficie de la ciénaga.

Dulce Alegría no pudo esperarme, ni se detuvo hasta que hubo pisado en firme sobre otro montículo mayor, unos cuantos Metros más allá de Cara Barbuda. Los Hombres del Fuego aparecieron entre los árboles en el preciso instante en que Oreja Caída y yo habíamos conseguido llegar a su lado. La mujer de Cara Barbuda, aterrorizada al verlos, se lanzó tras de nosotros; pero pisé aturdida, rompió la costra que cubría la ciénaga y se hundió en el barro. La vimos bajo el fuego tic los dardos, luchando desesperadamente mientras que se iba sumergiendo. Las flechas comenzaron a llover en lomo nuestro. Cara Barbuda se había reunido con nosotros y nos lanzamos adelante, no sabíamos adónde, penetrando en lo más profundo del pantano.

CAPíTULO XVIII

N0 TENGO recuerdo alguno de nuestros errantes pasos a través de los grandes pantanos. Un enjambre de sueltas desligadas impresiones, con pérdida total de la noción del tiempo, forman mis confusos recuerdos. No sé cuántos días vagaríamos por aquella vasta extensión, desierto húmedo y empapado, donde nos atacaban las venenosas serpientes, nos rugían los animales feroces y donde el suelo de barro se abría devorador bajo nuestras plantas, siempre presto a sepultarnos.

Recuerdo que volvimos sobre nuestros pasos innumerables veces y que recorrimos las riberas de los ríos y, las de los lagos, que eran como viscosos mares.

Otras veces, la tormenta hacía ascender las aguas, y al inundar las grandes extensiones de tierras bajas, venían períodos de hambre y miseria, cuando quedábamos prisioneros en los árboles, sitiados por las aguas.

Conservo el intenso recuerdo de unos grandes árboles que nos rodeaban; de sus ramas pendían filamentos de musgo gris y grandes lianas que se arrastraban en torno de ellos y se revolvían y entretejían por el aire. Debajo se extendía el barrizal, el barrizal blanducho que exhala burbujas de gases y palpita y suspira con interna agitación. Y en medio de todo esto, estamos una docena de los nuestros. Escuálidos y enfermos, los huesos se clarean bajo la piel tensa. No cantamos; no charlamos; no reímos. No podemos divertirnos con inocentes juegos. Nuestra alegría ingenua y exuberante se ha desvanecido sin esperanza de renacer. Nuestros gritos son quejas, súplicas, lamentos; nos miramos lastimosamente y nos apiñamos temerosos. Parecía el abrazo de los supervivientes el día del fin del mundo.

Este cuadro no tiene relación alguna con todas las demás impresiones de los sucesos que ocurrieron en el pantano. No sé cómo nos las arreglaríamos para cruzarlo; pero lo cierto es que al fin conseguimos salir de él junto a una hilera de pequeñas colinas que descendían hacia el río. Era nuestro río, que, como nosotros, se libertaba allí del pantano. Encontramos muchas pequeñas cavernas abiertas en la piedra sedimentaria, junto a la ribera Sur, donde el rio se abría paso a través de las colinas. Más allá, bramaba el mar contra la barra tendida por la desemboca dura del río. Y allí nos asentamos, en las cavernas que nos brindaban albergue, cerca del mar.

No quedábamos muchos de la Horda. De cuando en cuando, en el transcurso de los días, iban apareciendo algunos mas que venían arrastrándose por el pantano inmenso. Llegaban extenuados, como esqueletos que caminasen. Así nos reunimos hasta unos treinta individuos de la destrozada Horda. Ya no llegaron más y Ojo Bermejo no estaba entre nosotros. Ni un solo niño sobrevivió a las tremendas jornadas.

No os diré nada de los años que pasamos junto al mar. No era albergue propicio y feliz. No podíamos vivir mucho tiempo en semejante medio. Tuvimos hijos, verdad es, pero no tenían asidero en la vida morían prematuramente y nosotros íbamos muriendo sin dejar simiente nueva. Nuestro número decrecía sin cesar.

El cambio de alimentación no nos era apropiado ni conveniente. Encontrábamos pocos vegetales y frutas escasas y habíamos de comer necesariamente pescado. Abundaban las almejas, las ostras roqueñas y los grandes cangrejos marinos, que el mar arrojaba sobre las playas los días tormentosos. También las algas marinas, que nos parecían apetitosas. Pero el cambio de régimen alimenticio nos producía continuos dolores de estómago y estábamos todos delgados y consumidos. Oreja Caída desapareció una mañana, cuando iba en busca de abalones. Uno se cerró, atrapándole los dedos, durante la marea baja, y dejándole sujeto. Al subir el oleaje, no pudo evadirse y pereció ahogado. Encontramos al siguiente día su cuerpo exánime y nos sirvió de escarmiento y lección. Ninguno de nosotros volvió a quedar cogido en la concha cerrada de un abalone.

Dulce Alegría y yo conseguimos sacar adelante a una hija de ambos. A lo menos durante algunos años;
pero tengo el convencimiento de que no hubiera, sobrevivido mucho tiempo en aquel clima tan insano
para nosotros. Y luego, un día aparecieron otra vez los hombres del Fuego; no vinieron río abajo sobre un rudo catamarán, sino en una gran canoa de tres remeros, uno de los cuales era el viejo y siniestro cazador. Tomaron tierra en nuestra playa y el viejo cazador anduvo examinando nuestras cavernas, renqueando todavía.

Se fueron inmediatamente. Dulce Alegría quedó más aterrorizada que ninguno de nosotros. Pasó la noche inquieta, entre llantos y gemidos, y a la mañana siguiente cogió la niña entre sus brazos, y con agudos gritos y gestos me obligó a emprender una segunda huída. Ocho miembros, los únicos que quedaban de la antigua Horda, se quedaron en las cavernas. No había esperanza para ellos. Aunque los Hombres del Fuego no volvieran a aproximarse, perecerían al poco tiempo bajo el influjo maligno del clima. La Horda no estaba constituida para vivir en las costas.

Viajamos hacia el Sur, bordeando el gran pantano, pero sin aventurarnos jamás por el interior. Atravesamos una hilera de montañas que descendían hacia la costa, y como no había albergue para nosotros, ni árboles donde cobijarnos, huimos nuevamente hacia el Sur. Llegamos a orillas de un río, muy familiar, al parecer, a Dulce Alegría.. Sin duda allí se habría refugiado durante los cuatro años de ausencia de la Horda. Lo cruzamos sobre unos leños, y en la orilla opuesta, en la cumbre de un enorme acantilado, encontramos un nuevo hogar, una caverna bien defendida y oculta por completo a los ojos de cuantos miraran desde abajo.

Poco me queda ya que relatar de mi larga historia. Allí moramos Dulce Alegría y yo mucho tiempo y allí hicimos prosperar una familia. Con esto terminan mis recuerdos. No tuvimos que emprender nuevas emigraciones y no he soñado nunca más allá de esta alta e inaccesible caverna. Allí debió nacer aquel hijo mío que heredó la trama de mis sueños, que se moldeó llevando en su seno todas las impresiones de mi vida, o, por mejor decir, de la vida de Diente Largo, mi otro yo que no es en realidad mi yo; pero que es, no obstante, tan real para mí, que no sé mucho,, veces en qué edad estoy viviendo realmente.

A menudo me pregunto algo acerca de mi línea de descendencia. Yo, el moderno yo, soy indiscutiblemente hombre; pero yo, Diente Largo, el primitivo yo, no soy, sin embargo, hombre. Estos dos componentes de mi doble personalidad deben conectarse en alguna parte y por línea directa de descendencia. ¿No estaría la Horda, en el momento de ser destruida, recorriendo el proceso de su humanización? ¿No habríamos llevado a cabo nosotros, yo y los míos, este proceso hasta realizarlo por completo? Por otra parte, ¿no podría ser que alguno de mis descendientes se hubiera unido a los Hombres del Fuego, convirtiéndose en uno de los suyos? No lo sé ni hay modo humano de saberlo. Sólo hay una cosa cierta: que Diente Largo estampó en la constitución cerebral de su progenie todas las impresiones de su vida, tan indeleblemente, que la muchedumbre de descendientes que separan unen ambas generaciones, la suya y la mía, no consiguieron borrarlas.

Aún debo contar otra cosa antes de poner punto final. Es un sueño que he tenido muchas veces y que debió ocurrir, realmente, en la época de mi vida en la alta caverna del acantilado. Recuerdo que erraba sin rumbo, hacia Occidente, por una selva espesa y enmarañada. Allí tropecé con una tribu de Hombres de los Árboles. Me agazapé entre unas matas y observé sus juegos. Celebraban un concilio de risas, piruetas y coros de chillonas canturías monótonas.

De pronto, cesaron en sus cánticos y cabriolas. Se retiraron amedrentados, escudriñando con ansiosos ojos para hallar un camino de retirada. Luego, Ojo Bermejo avanzó entre los que se alejaban temerosos. Ojo Bermejo no intentó hacerles mal alguno. Era uno de los suyos. Detrás, sobre las piernas nudosas y encogidas, apoyándose con los nudillos a ambos lados, venía una hembra vieja de los Hombres de los Árboles: era su última esposa. Ojo Bermejo se sentó en medio del circulo. Aún le veo al escribir estas líneas; gruñe, sus ojos se inflaman mientras que contempla en torno al círculo de los Hombres de los Árboles. En tanto, levanta la enorme pierna ganchuda y con los retorcidos dedos se rasca la panza... Es Ojo Bermejo. Es el atavismo...

FIN